

El fuego perpetuo

Gabriel Jiménez Emán



Centro de Estudios
**Simón
Bolívar**



El fuego perpetuo

GABRIEL JIMÉNEZ EMÁN



© Centro de Estudios Simón Bolívar, 2022

CUIDADO DE LA EDICIÓN Y CORRECCIÓN:

Yessica La Cruz

DISEÑO Y DIAGRAMCIÓN:

Alejo

ISBN: 978-980-7975-06-3

Depósito legal: DC2022000820

Caracas, Venezuela 2022

El fuego perpetuo

GABRIEL JIMÉNEZ EMÁN

ÍNDICE

Presentación	7
EL FUEGO PERPETUO	11
Dedicatoria	13
Poema con Bolívar	15
CAPÍTULO I. El ideal	19
CAPÍTULO II. Preludio en San Carlos	29
CAPÍTULO III. Monólogo a voces	37
CAPÍTULO IV. Vislumbres de América	49
CAPÍTULO V. Leyes y periodismo en Angostura	57
CAPÍTULO VI. Preparación a la epopeya	65
CAPÍTULO VII. Batalla de Carabobo	73
CAPÍTULO VIII. Quito, Perú y Manuela Sáenz	107
CAPÍTULO IX. Delirio supremo y triunfo en Ayacucho	123
CAPÍTULO X. Conjuras y retos	133
CAPÍTULO XI. Días en Ocaña y Bucaramanga	145
CAPÍTULO XII. Anécdotas e infidencias	159
CAPÍTULO XIII. Final en Santa Marta	171
Posdata	189
Noticia sobre el autor	193

PRESENTACIÓN

PATRIA: EL FUEGO PERPETUO **DE GABRIEL JIMÉNEZ EMÁN**

Estaba en un viaje de trabajo en la ciudad de Quito, Ecuador, en el año 2007, cuando casi por azar cayó en mis manos la obra *Sueños y guerras del Mariscal*, escrita por Gabriel Jiménez Emán en 1995. Yo desconocía de su existencia y la leí de un solo jalón —como decimos— cautivado por aquella prosa directa y coloquial que armoniosamente abocetaba la fascinante vida de nuestro Antonio José de Sucre. Realmente disfruté inmensamente esa lectura; una creación literaria que toca el corazón, construida sobre hechos de nuestra historia. “Hacen faltan más libros como este” le comenté a Farruco Sesto, compañero de viaje en la bella capital ecuatoriana, mientras le planteaba la necesidad de crear un centro o instituto dedicado a la historia para la potente ofensiva cultural liberadora que ya desde entonces desplegábamos. En octubre de ese mismo año, 2007, el presidente Chávez decretó la creación de la Fundación Centro Nacional de Historia.

Diez años después la mencionada institución hace pasar por las prensas *Ezequiel y sus batallas*, nueva aventura literaria e histórica de Jiménez Emán. En esa obra el autor corrobora su sensibilidad e inteligencia para contar los eventos históricos bajo formas y tonalidades gratas y amables. La vida y la acción heroica del General del Pueblo Soberano transcurre a través de las páginas del libro propulsado por una fecunda imaginación sin llegar por ello a traicionar lo central del desempeño histórico del héroe. Fue quizás la obra más original que se escribiera y publicara entonces en ocasión de conmemorarse el bicentenario del natalicio del revolucionario en el año 2017.

Persistente en su pulsión creadora de escritor comprometido con los desafíos de su pueblo y su tiempo, Gabriel entrega ahora a manos del generoso lector *El fuego perpetuo*. Nos encontramos en el transitar del bicentenario de la Batalla de Carabobo, motivo que desencadenó las energías investigativas y creadoras del escritor. Si abrió el juego con Sucre, si se aventura con Zamora, ahora se las juega todas con Bolívar, el Libertador. Pone a prueba toda la experiencia acumulada a prueba con el personaje más grande entre los grandes. *El fuego perpetuo*, buen título para nombrar un relato que nos cuenta la pasión patria, aquella lumbre que atraviesa en toda su extensión el alma angustiada de Bolívar con Carabobo como vórtice gregario de un pueblo y una generación que dramáticamente renunció a todo lo anterior para apostar a un mundo nuevo.

La patria buena, la historia buena, así también *El fuego perpetuo* es un libro bueno. No un *buen libro* —que lo es— es un *libro bueno* porque descifra uno de los instantes primigenios, genésicos y fundacionales del pueblo venezolano. Forjados sobre textos, cartas, documentos y testimonios de la época, los párrafos que lo componen fracturan la tiesura del relato histórico académico y aproxima cálidamente al lector a la sensibilidad y a los hechos que hicieron fraguar la patria. Bolívar al centro, pivote, punto de gravedad; y de su mano, de su angustia vamos a Carabobo... Es un libro bueno porque nos

sirve para pensar en el presente, para caminar las calles hoy, sin perder el azimut, porque motiva, inspira, enorgullece, emociona, sobre lo que fuimos y somos como pueblo. Es un libro bueno que nos ayuda a descifrar la razón amorosa sin la cual nada es perdurable, nada es posible, la misma razón que nos llevó a Carabobo, la misma que llevó a Bolívar a hacer todo lo que hizo. Aquella, la misma razón que nos mueve hoy: amor patrio, llama patria, patria perpetua, brasa perpetua... Es un libro bueno porque lo encoraja a uno y lo alista para salir al frente a dar contienda a los colonialistas, imperialistas y traidores que se han coaligado hoy otra vez contra el pueblo venezolano y pretenden nuevamente rendirnos.

Mientras lo leía recordaba debates y polémicas acerca de la relación entre historia y literatura, entre historiadores y narradores. Los historiadores siempre alegando ser lo guardianes de la verdad histórica y reclamando exclusividad en la administración y uso de los hechos del pasado... y los literatos defendiendo el derecho de contar, recrear y fabular a partir de los hechos del pasado. Luego de leerlo queda cada vez más claro que ambos relatos son imprescindibles para acometer la tarea de fraguar conciencia e identidad.

Sumo mi voz al pláceme, al júbilo a la alegría por la escritura e impresión de este libro bueno. Dejo constancia de mi admiración y respeto al maestro Gabriel Jiménez Emán. Felicito al Centro de Estudios Simón Bolívar por su corta y fructífera labor y en particular por la feliz decisión de imprimir *El fuego perpetuo*.

PEDRO CALZADILLA

EL FUEGO PERPETUO

DEDICATORIA

A todos los hombres y mujeres,
trabajadores, campesinos, obreros,
maestros, educadores, científicos,
profesionales, líderes sociales y comunitarios,
pensadores, artistas y escritores que con sus creaciones
han enaltecido el espíritu,
y a aquellos que han dedicado sus vidas
a las causas de la paz y de la libertad
en América y el mundo, dedico este libro,
en humilde tributo y memoria
al padre de la patria venezolana, Bolívar.

G A B R I E L J I M É N E Z E M Á N

POEMA CON BOLÍVAR

No murió desterrado.
Murió en un punto de sus profundas posesiones,
de las vibrantes zonas que hoy comparte con todos su largueza,
propiedades de piedras, palmas, ritmo,
maravillalas de altivo sufrido abismo,
impregnadas de cruz y habla por el soñar aventurado.
En el día de su morir
suyas son las arenas y el terminal de olas de la buscada orilla,
la sosegada puerta del mar
para inventar semidormido los tumbos del renuevo,
las rodantes bravías pulsaciones,
fuerte vigor humano, que le siguieron hasta el límite,
y suyas ahí, en su postrer suelo vivido,
cifradas y anhelantes, las frentes sin conjura.
No murió desterrado.
Revolaron burlonas mariposas
sobre quienes dijeron: no entres a lo tuyo
Borremos su peor herida del ocaso.
Santa Marta es suya, lugar de sus potencias y sentidos,
azul y cuerpo de su amor de América.

ENRIQUETA ARVELO LARRIVA

Los más de los políticos europeos y americanos que han previsto la independencia del Nuevo Mundo han presentado que la mayor dificultad para obtenerla consiste en la diferencia de las castas que componen la población de este inmenso país. Yo me aventuro a examinar esta cuestión, aplicando reglas diferentes, deducidas de los conocimientos positivos y de la experiencia que nos ha suministrado el curso de nuestra revolución.

De quince a veinte millones de habitantes que se hallan esparcidos en este gran continente de naciones indígenas, africanas, españolas y razas cruzadas, la menor parte es ciertamente de blancos; pero también es cierto que esta posee cualidades intelectuales que la dan una igualdad relativa y una influencia que parecerá supuesta a cuantos no hayan podido juzgar, por sí mismos, del carácter moral y de las circunstancias físicas, cuyo compuesto produce una opinión lo más favorable a la unión y armonía entre todos los habitantes; no obstante la desproporción numérica entre un color y otro.

Observamos que, al presentarse los españoles en el Nuevo Mundo, los indios los consideraron como una especie de mortales superiores a los hombres; idea que no ha sido enteramente borrada, habiéndonos mantenido por los prestigios de la superstición, por el temor de la fuerza, la preponderancia de la fortuna, el ejercicio de la autoridad, la cultura del espíritu y cuantos accidentes pueden producir ventajas. Jamás estos han podido ver a los blancos sino al través de una grande veneración, como seres favorecidos del cielo.

SIMÓN BOLÍVAR, 1815

CAPÍTULO I

EL IDEAL

—¿Será este un sueño o alguien nos estará soñando a nosotros? —se preguntó Bolívar en medio de aquellas cavilaciones nocturnas, que no le dejaban un momento para el reposo—. La lucha ha sido dura —se dijo—, es verdad, pero todo esto ha valido la pena, pues la mayor parte de las batallas libradas han sido ganadas y a estas alturas no podemos permitirnos perder; nos encontramos a pocos pasos de la victoria definitiva para liberarnos, para ver una patria libre.

Miraba en perspectiva el camino recorrido y le parecía que todo aquello era parte de un destino que no estaba decidido por él, era una fuerza más poderosa, un designio que iba más allá de la voluntad de una sola persona o de un grupo de hombres arrojados o valientes, que un buen día habían decidido luchar por una causa común.

Simón Bolívar no se sentía héroe ni mártir; solo era un hombre moviéndose en un mar de dificultades; cada vez que algunas de estas dificultades

ya superadas le llegaban a la memoria, hacía un gesto que deseaba atrapar una cierta alegría a través de una sonrisa, un sueño elevado en medio de tanto esfuerzo, de desafíos que se acumulaban uno tras otro como si anduviesen entre los pliegues de su memoria, y parecían batirse ahora con el viento que entraba a través de la ventana, en plena madrugada.

En medio de un vaivén de pensamientos y estrategias que lo condujeron de una situación a otra, de una pugna y de una decisión a otra, Bolívar se pasea por la habitación, cavilando. La brisa entra de golpe mientras decide si llama al secretario para dictarle algo, o si vuelve a tomar su lugar en la hamaca, a balancearse en ella a recordar el amor de las mujeres, de las féminas que tantos ratos maravillosos le habían brindado, los cálidos besos y caricias, los momentos de pasión que le habían prodigado en medio de aquella refriega, y eran acaso las mejores recompensas que recibía a cambio de tanto esfuerzo.

Pensaba también en el pueblo, en los hombres y mujeres que habían ganado y perdido batallas o esperanzas, pensaba en la cantidad de personas que lo habían acompañado en sus campañas; los aliados y los enemigos, los fieles amigos y los traidores, en las vueltas que daba la vida, en los giros del azar y del destino que a veces parecían convertirse en una misma cosa, en un solo sentimiento.

No había vuelta atrás; las cosas habían llegado a un punto límite, a un camino de no retorno. Se remontó a aquel momento en que había jurado en el Monte Sacro en Roma, junto a su maestro Simón Rodríguez, en no cejar en luchar para hacer a América libre de las garras del yugo español, y en cómo su maestro lo había felicitado por la firmeza con que había pronunciado aquellas palabras, poniéndose al servicio de aquel ideal, y ello lo llevaría a colaborar con él en todo momento, en la educación del pueblo, diseñando el maestro Rodríguez un método propio, desapegado de los conocidos preceptos de Europa, para lograr una educación que ayudara al

pueblo a emanciparse no solo en lo militar y lo político, sino también cultural e históricamente.

De ahí en adelante los acontecimientos se sucederían en tropel, desarrollándose en el tiempo como impulsados por una fuerza gigantesca, indetenible, que rodaba montaña abajo. El Monte Sacro no era nada comparado al Chimborazo, en aquella revelación que le hizo ver en toda su grandeza la libertad de América, sumisa ahora al yugo español. Ya habían ocurrido varios acontecimientos que hablaban de los primeros intentos para rebelarse contra las decisiones de los reyes europeos, que venían enviando sus ejércitos desde el siglo quince a colonizar la Tierra de Gracia, bajo las figuras políticas de virreinos o capitanías generales. Primero, en el proceso de la conquista, llegaron a exterminar las naciones aborígenes que aquí convivían: Perú, Chile, Venezuela, Ecuador, todos nuestros países han sufrido los embates agresores que acabaron con buena parte de su población indígena. Sometieron a los negros a la esclavitud, mientras ellos vivían en grandes haciendas, comprando enormes extensiones de tierra en componendas con tiranos y déspotas, con comerciantes, leguleyos y socios de otros países, a cambio de algunos modales y de una supuesta civilización.

Bolívar bien sabía cómo funcionaba todo aquello, pues él mismo provenía de una familia acomodada de mantuanos caraqueños, con privilegios y holgura social. Desde el mismo seno familiar Bolívar había presenciado, desde niño, todos los desmanes perpetrados por los aristócratas hacia los negros y los indios, y cómo se los humillaba. Luego de la muerte de su joven madre María Concepción, Simón fue cobijado por el afecto de su aya la negra Hipólita y por otra, la negra Matea, quienes lo cuidaban en sus correrías infantiles. También presenció Simón desde niño el mal trato dado a los esclavos, y preguntó varias veces a sus mayores por qué aquellas personas recibían ese tratamiento solo por el color de su tez, sin obtener nunca una respuesta satisfactoria.

A medida que fue creciendo, el niño Simón se percataba de que muchas cosas funcionaban mal o sencillamente no funcionaban; o funcionaban a costa de otros, ejerciendo demasiadas presiones sobre determinados seres humanos. Nadie protestaba; apenas se resignaban a una vida monótona que transcurría de manera dócil pero fatigosa, presa de preocupaciones. El pueblo estaba sumido en una quietud que no era paz, sino una calma crispante, propiciada por los dominadores de una sociedad erigida sobre el vassallaje de tres siglos.

A medida que Simón observa todo esto, y aunque no puede explicarlo todavía, van surgiendo ante sus ojos las verdaderas realidades. A medida que lee, investiga y estudia se van revelando en su conciencia las verdaderas realidades; mientras más busca en los libros, investiga y estudia, se van revelando a su conciencia todos los derechos que asisten al pueblo, cerciorándose de que la ignorancia es una de las razones principales de aquella pasividad. La gente comienza a despertar a la verdadera realidad que se cierne sobre toda la sociedad; comienzan a cargarse de nuevas fuerzas las decisiones que tienen lugar en las casas y en las calles donde se percibe la sacudida de las ideas, las exclamaciones efusivas, el ansia de cambios. Ya no es posible que el imperio español continúe ejerciendo sobre América su poder durante tanto tiempo, con la complicidad de algunos criollos y mestizos, terratenientes, comerciantes o traficantes, ha llegado la hora de despertar; ha llegado el momento de hacer crecer las ideas y de irlas ventilando.

Bolívar recuerda las aspiraciones de Gual y España en 1797, cuando compartieron sus sueños de independencia y de libertad. Identifica perfectamente bien aquellas ideas liberales; en aquel entonces solo era un niño cuando oyó hablar de Manuel Gual y de José María España en su ciudad natal, y cómo echaban del poder a Emparan, que estaba a la cabeza de la Capitanía General de Venezuela, y de cómo invitan a las demás provincias nuestras a sumarse a estas nuevas ideas. Pero no todas las provincias

responden afirmativamente a la aspiración libertaria. Coro y Maracaibo protestan; poco a poco van aislando a los revolucionarios, hasta el punto de verse obligados a solicitar la ayuda del gobierno de Inglaterra, y es entonces cuando piden el apoyo de un hombre: ese hombre viene a ser él mismo, Bolívar, y él casi no puede creer que haya sido la persona señalada por la providencia para cumplir aquella alta misión, para que vaya junto a López Méndez a buscar protección en la Gran Bretaña para aquellos nobles fines, pues ya se ve venir la lucha. Un tal brigadier Ceballos, en Coro, es uno de quienes amenazan detener a los patriotas revolucionarios, para que la guerra estalle en Caracas cuanto antes.

Recuerda Bolívar a su tío, el marqués del Toro, que es uno de los primeros patriotas en responder, comandante como era de los ejércitos republicanos, y quien intenta una primera campaña.

“Yo estaba jovencito entonces”, rumora Bolívar para sí mismo, meciéndose en la hamaca y tratando de organizar sus pensamientos, para luego poder dar la batalla definitiva en el campo de Carabobo. Debe armar urgentemente el plan y llamar a los generales, a los comandantes y a todos aquellos que puedan dar combate en el terreno, para hacer frente a las tropas realistas que vienen a jugarse el todo por el todo, que vienen a enfrentarse a los criollos buscando apoderarse del territorio.

* * *

Bolívar se dirige a un tinajero cercano; se sirve una buena totuma de agua clara, bebe cuatro largos tragos de la totuma, emitiendo después un suspiro de satisfacción; tiene una barba de días, se pasa el dorso de la mano por la piel de la cara y los labios, apreciando los vellos que sobresalen de sus poros. Va por una navaja de afeitar para rasurarse, se planta frente a un pequeño espejo clavado en la pared del cuarto, y comienza a rasurarse, mientras va depositando los vellos empapados en una pequeña vasija de peltre. Cuando termina de hacer la operación, se quita la ropa y se introduce desnudo en una bañera de

barro templado, donde el agua lo refresca; Simón extiende su cuerpo y deja que el agua fluya por su costado, en pequeñas cascadas que se deslizan por su espalda, relajándolo. Cierra los ojos y da varios suspiros de alivio; se levanta, toma un paño para secarse y coloca sus pies en unas alpargatas de cuero; va secando su piel con lentitud y luego se coloca la ropa interior, una franela de algodón y regresa a la hamaca; toma impulso con el pie derecho desde el piso, y el chinchorro describe su vaivén entre dos pilares. Bolívar se siente como flotando, libre, fresco, va y viene como en un viaje por el cielo, sus recuerdos se mezclan a sus anhelos, sus cavilaciones a sus sueños, como casi siempre ocurre en su mente: sus convicciones se imponen sobre sus dudas, sus estrategias a sus incertidumbres; posee una mente alerta, en prospectiva, sus ideales se suman a las realidades políticas que viven los pueblos.

Nunca pensó de veras en convertirse en estratega militar, pero debió hacerlo por el bien de la patria; la patria para él no es solamente un sueño utópico, sino una realidad política afincada en un conjunto de leyes, un congreso, ciudadanos organizados e íntegros, y no un simple justificativo para proclamarse héroe o padre de la patria. En el fondo Bolívar estaría dispuesto a renunciar a cualquier cargo para dejarlo todo en manos de un congreso de ciudadanos justos y virtuosos, que puedan dar ejemplo a las personas. Su mente se fuga hacia otras campañas o batallas que han permitido en Venezuela el avance de la revolución.

Se acuerda, sobre todo, de Francisco de Miranda, que tanto defendió la unión de una patria americana, llevando esta idea a varios países, Francia, Inglaterra, Rusia, donde solicitó apoyo de aquellos gobiernos para evitar que los españoles se apoderaran no solo del territorio venezolano, sino de toda América, y en este sentido Bolívar piensa que Miranda tiene bien merecido el título de Precursor, pues no desmayó nunca en la búsqueda de su ideal, siendo víctima al final de una tramoya militar con Monteverde, quien lo convenció de capitular diciéndole que las fuerzas patriotas no podrían

vencer nunca a las españolas, que estas eran más poderosas; debido a lo cual los generales venezolanos querían fusilarlo; en vez de eso, fue entregado a sus oponentes españoles. Bolívar no puede olvidar la creación, junto a Miranda, de la Sociedad Patriótica y el Congreso, cuya misión sería la declaración urgente de nuestra independencia: tal era el objetivo buscado, hasta lograrlo el 5 de julio de 1811. Ese fue el primer paso para salir del atraso de la Colonia. Ese era el proyecto, pero pronto comienzan a moverse las fuerzas realistas, que insisten en imponer la autoridad de Fernando VII, proclamándose rey de todas nuestras provincias. Recuerda Bolívar que el marqués del Toro y Francisco de Miranda, con un pequeño ejército, avanzan hacia el centro del país, hacia Valencia y Maracay, ganando esa primera pero significativa batalla. Después los españoles lograrán salir de la cárcel donde se los había puesto, ya que habían quedado armados, y obligaron después a retroceder a las tropas republicanas, cometiendo actos sanguinarios a su paso, degollaron a enfermos y heridos. Sin embargo, Miranda reacciona y logra someterlos y los entrega para que sean juzgados.

Después la política absorbe los espacios, pasando de la Colonia al Federalismo de un solo golpe, lo cual no resultó nada bueno. Además de ello, en 1812, un terremoto asola las principales ciudades de Venezuela. En aquellos años el protagonismo de Francisco de Miranda es indudable, piensa Bolívar, sobre todo cuando enfrenta al terrible Monteverde en Valencia. Y es aquí donde aparece el primer elemento que perturba en Bolívar el recuerdo de Miranda, cuando se insta al generalísimo a que continúe la refriega en los llanos, en Calabozo y en San Juan de los Morros. Acaece una insurrección en el llano y los generales realistas obtienen triunfos en estas ciudades. Un general apellidado Antoñanzas degüella a muchos habitantes de aquel pueblo, mientras Monteverde ataca en La Victoria el avance del general Miranda. Sin embargo, no logran el triunfo y ruegan que se les permita perseguir a Monteverde para atraparlo, cosa a la que Miranda se

opone. Y entonces esta indecisión de Miranda es tomada como signo de debilidad y torpeza. Comienzan las intrigas contra su persona, recuerda bien Bolívar aquella situación, cuando el cuartel general en pleno se opone a la autoridad de Miranda; todos le critican. Le tildan de incapaz y hasta de cobarde. Bolívar recuerda su posición por aquel entonces. Se encontraba en Puerto Cabello y debe abandonar aquella plaza, debido a las inconsistencias militares de Miranda. Entonces Monteverde figura allí como el gran vencedor.

De ahí en adelante, se recrudecen los enañamientos contra Miranda. Cuando Bolívar piensa en ello, lamenta hasta lo insoportable lo ocurrido al gran hombre, obligándolo a Simón a tomar partido en el momento de juzgarlo por aquella capitulación acaecida el 12 de julio en La Victoria, donde sus propios compañeros de armas lo juzgan, y hasta lo calumnian los tenientes y comandantes que estaban bajo su mando, se sienten traicionados y solicitan un juicio, están ciegos de rencor hacia Miranda y corren hacia él para apresarlo: lo capturan en el puerto de La Guaira, lo juzgan, lo condenan y entregan a su vencedor, enviándolo a una prisión en España. Pasa por muchas cárceles espantosas, hasta que va a dar a La Carraca, en Cádiz, donde fallece.

Todas estas imágenes del Generalísimo impresionan a Bolívar en demasía, sus inflamados discursos, su participación en la Revolución Francesa, sus viajes por todo el mundo donde fue a abogar por la unión americana, su fama de amante apasionado, generan en Bolívar una admiración incalculable, y en sus adversarios una envidia desatada; hasta la traición de sus colaboradores más cercanos.

Se yergue entonces la figura de Monteverde, que empieza a sumir al país en una cadena de desgracias. Bolívar rememora con claridad aquellos momentos aciagos, donde tantos oficiales abandonaron el país temiendo ser perseguidos y asesinados. Monteverde no reconoce más autoridad que la

suya. Se hace rico. Se va apoderando de regiones y de comarcas y es nombrado por la corona capitán general de Venezuela. Manda a prisión a coroneles, abogados y canónigos, sin ninguna contemplación los encierra. Más de un año permanece en el poder oprimiendo a numerosos venezolanos. Bolívar recuerda bien aquellos desmanes; estaba entonces en plena juventud, y se pone a trabajar para sacar a la República del lamentable estado donde se halla metida. Se pone a escribir, a reflexionar y a relacionarse con los mejores hombres y mujeres de la república. Viaja hacia Barcelona, en el oriente del país, y hacia Cumaná, viaja también hacia Colombia, hacia las ciudades de Cúcuta y Pamplona, organizando desde allí un ejército de quinientos soldados. En el oriente venezolano se encuentra con Bermúdez, Piar y Mariño, exploran los terrenos de Maturín, Güiría y Chacachacare. Se enfrentan por allá a Monteverde por primera vez, recuerda Bolívar, cuando también el valeroso Piar defiende la ciudad.

Bolívar recuerda, en ese entonces, sus primeras campañas como militar, que debió cubrir alternativamente las ciudades andinas de Trujillo y Mérida, y de inmediato va a la busca de Monteverde, que huye a esconderse en la fortaleza de Puerto Cabello. “No le di tregua,” piensa Bolívar. Ahí comenzó todo, en verdad, con al asedio a Monteverde, pensó para sus adentros, si no lo hacía no daba ningún ejemplo, lo acorralé, como tenía que hacerlo. Creo que también Miranda pudo haberlo hecho, si se lo hubiese propuesto lo hubiese logrado,” piensa.

“Pero las cosas son como son. Lo hecho, hecho está y hay que seguir adelante. Lo logré después de todo, porque de Monteverde surgieron otros bárbaros como José Tomás Boves. La única opción para eso es dar la batalla y organizarse, llenarse de bríos, pues esta lucha siempre ha sido a muerte, carajo, si ellos vienen por nosotros tenemos que demostrarles que no les tememos, no podemos creer en su superioridad, porque aquí en Venezuela no vivimos cobardes, sino hombres y mujeres llenos de coraje.”

“Me acuerdo con claridad de esos años de 1813 y 1814”, se dijo Bolívar hablando para sus adentros, “fue cuando surgieron esas nuevas oportunidades; no podíamos entonces mostrar debilidades. Ahora vamos a enfrentarlos en Carabobo, se dice Bolívar para darse coraje, pero en aquel año catorce teníamos los retos de La Victoria y de Maturín, que iban a dar inicio a la guerra más formidable que se daría en nuestro país, contra las fuerzas opresoras de España”.

CAPÍTULO II

PRELUDIO EN SAN CARLOS

En San Carlos —donde está situado el cuartel general— el calor es abrasador. En medio de sus cavilaciones, Bolívar se encuentra descansando en una hamaca. Ya se ha dado un buen baño y está fresco. Algunos pajaritos han volado hacia al patio y se ponen a emitir sonidos musicales; algunos cristofués, turpiales y arrendajos saltan por las ramas en los árboles; se detienen dando pequeños saltos, y algunos pasan hacia los corredores de la casa y se colocan cerca del tinajero; por ahí anda un gato pendiente de saltar sobre algunos de los pájaros, asomando sus bigotes entre las varas de los sillones y las patas del tinajero; una mata de azahar suelta los pétalos que corren con el viento a ras de tierra, y por ahí ya se percibe el aroma del café recién colado, preparado por una mujer gruesa que también ha comenzado a poner yucas en una olla de agua hirviendo. Más allá se oyen los relinchos de algunos potros amarrados en las caballerizas. La mujer hace una reverencia a Bolívar sin decir palabra; Bolívar se la contesta de igual modo. Su edecán se aparece poco después, a ponerse a sus órdenes.

Hay en el aspecto físico de Bolívar una desproporción entre su baja estatura y la vivacidad enérgica de las facciones de su rostro moreno; sus ojos oscuros destacan bajo el arco de las cejas; en su piel se advierte un tono aciunado producto de las inclemencias del sol y de los vientos tropicales, que han arrojado sobre su cuerpo infinitas emanaciones. Su frente se encuentra surcada por una multitud de arrugas que se apiñan como si hablaran por sí mismas, usando otro lenguaje; por instantes se estampan en su frente muchas rugosidades, pero pronto desaparecen e impregnan su rostro de un halo dramático, que parece estar a punto de dar el paso a un aire trágico, pero se detiene al aparecer la expresión de sus labios finos, acosados también por pequeñas líneas casi invisibles. Su mentón es considerable, pero se equilibra con una nariz delgada y elegante, como calcada de una pintura romántica, prestando a su rostro un equilibrio que no permite a quien le observa hacer conclusiones definitivas, mientras su interlocutor no lo exprese con palabras más ponderadas que las suyas. Cuando Bolívar se dirige hacia sus interlocutores aparece en él una majestad, más que una autoridad, complementada por el suave movimiento de sus manos, de dedos largos y de uñas completamente pulcras, delicadas, unas manos con un lenguaje propio que parecen emitir mensajes gestuales cuando se dirigen a su propio rostro para acariciar su mentón, lo cual le presta a Bolívar un aire recio, de pensador o de filósofo.

El edecán de Bolívar aparece y se pone a sus órdenes. Bolívar le dice:

—Recuerde que más tarde voy a dictarle unas cartas.

—De acuerdo, Su Excelencia —dice, y luego se retira.

La cocinera sostiene en sus manos una bola de masa de maíz, la cual va moldeando con sus palmas, para darle forma y luego colocarla en el budare. Al rato llega un jovencito con una tapara de queso cuajado, para acompañar las arepas. Bolívar se sienta a tomar el desayuno ahí mismo en una mesa de la cocina, sin trasladarse al recibo. La señora Inocencia le sirve las arepas y un

huevo frito con un trozo de queso, acompañados de una taza grande de café tinto, y mira al niño que acaba de llegar sin decir palabra, mientras mastica los alimentos. La cara del niño es hermosa, un niño venezolano con unos ojos despiertos y una sonrisa inocente, de piel sonrosada por el sol. Bolívar lo observa y ve en ese rostro una gran esperanza, como si fuera un símbolo de toda su lucha. Le acaricia la cabeza con su mano derecha y después le da un beso en la frente. Su piel huele a trabajo, a sacrificio, a amor de madre abnegada. El niño sale corriendo a continuar sus juegos. Bolívar termina su desayuno y da las gracias aquella mujer recia, de manos amplias, como esculpidas en bronce, que podrían alimentar a todo un ejército.

Regresa a la hamaca a leer algunos panfletos y cartas. Ahí se queda por un momento antes de entrar al recibo principal de la casa, donde le esperan un grupo de hombres que conversan, oficiales, civiles. Con ellos va a seguir elaborando la estrategia a seguir en la Batalla de Carabobo. Vuelven a acudir a su memoria las escenas de guerra; por ejemplo, aquella de La Victoria. José Tomás Boves era entonces el general más temido entre las filas realistas, él y sus hombres deambulan por los territorios de Venezuela buscando la venganza y la muerte. Boves y sus hombres aparecen y desaparecen de las poblaciones como si fuesen fantasmas perversos, demonios sedientos de botines, la sangre baña los caminos. Las gentes sencillas del pueblo tiemblan ante el estrépito infernal de aquellas hordas. Bolívar se dirigió al general Campo Elías para detener a aquel monstruo, pero en vano, pues Campo Elías es vencido por Boves en La Puerta, y acuchillado junto a sus soldados. En casi todos los lugares donde hay resistencia venezolana, esta es depuesta por la brutal acción de Boves, que pasa por Caracas y por el centro del país, y Bolívar debe ingeniárselas para hacerle frente.

Bolívar llama a Rafael Urdaneta para que lo ayude a alistar jóvenes para el ejército; se ponen en comunicación con José Félix Ribas, y otros como él se unirán a la lucha. Ribas ocupa La Victoria con mil jinetes, muchachos

en su mayoría, estudiantes de la Universidad, quienes abandonan sus aulas para tomar el fusil, marchan los rostros impregnados de dignidad y se enfrentarán a los hombres de Boves que son crueles, viciosos, buscadores de botines, marchaban algunos casi desnudos sobre los caballos, y así ya habían diezmado varios ejércitos. Pero no esperaban la presencia de José Antonio Páez, que viene con sus lanceros de los llanos, de Villa de Cura, el lugar donde se lanzan las bestias de Boves contra los muchachos de La Victoria. Boves hace huir hacia la plaza a los patriotas Montilla, Rivas Dávila, Soubllette, Ayala, Adrián Blanco, Maza, Canelón, todos jóvenes guerreros predestinados a aquel momento que resultó una de las más dolorosas masacres, donde los muertos sirvieron de barricadas a los vivos. Boves fue en su momento comparado con un jaguar; solo tiene como contrincante feroz a Morales, equiparado a un chacal por los mismos soldados. Después de la mortandad, el gorro frigio que lleva puesto José Félix Ribas resplandece como el símbolo de un paladín, donde se reflejan los sacrificios de la República.

Recuerda Bolívar la Batalla de San Mateo en el mismo año catorce, cuando todavía parece estar vigente el recuerdo devastador de Monteverde, y debe entonces el prohombre caraqueño crear nuevas esperanzas para la revolución de independencia que, titubeante, a veces se consumía en la anarquía de muchos, y la ruina amenazaba a todo el territorio venezolano. El país se encontraba sumido en el marasmo de la colonia, y el pueblo se hallaba amenazado por la presencia del antiguo régimen. Bolívar debió entonces tomar una decisión radical: se vio obligado, lo recuerda bien, a emitir un decreto con un nombre atemorizante: *El decreto de guerra a muerte*, allá en la ciudad de Trujillo en 1813, para poder avanzar con perseverancia hacia la libertad de la patria: es el primer gran reto de Bolívar contra los usurpadores españoles, un manifiesto político clarividente.

Monteverde aún tiene a sus generales posicionados en ciudades claves, y ahora Bolívar debe urdir una estrategia para deshacerse de ellos. Para

colmo, aparece también Boves, el destructor. Corre la sangre en todo el país, pero debe enfrentarlos también a sangre y fuego, no tiene otra salida, aunque se encuentra en clara desventaja. Aún recuerda el redoble de los tambores que anunciaban la batalla y a sus amigos oficiales de entonces: Florencio Palacio, Lino de Clemente, Campo Elías, Carlos Soubllette, Muñoz Tébar y Martín Tovar, que logran la primera victoria. Después de vencer a Boves en una encarnizada lucha, se dirige a Valencia y va consolidando el ejército poco a poco: Matasiete, Maturín, Ocumare; las imágenes de aquellas batallas le llegan nítidas, especialmente las de Casa Fuerte en Barcelona en el año 1817, donde los orientales Mariño y Bermúdez se insubordinan, y desde España siguen llegando los refuerzos para las tropas realistas, viendo que ya se les estaba dando buena resistencia en nuestra tierra. La Batalla de San Félix, en el año 1817, aparece estampada en su memoria con la figura del gran Manuel Piar. La mente de Bolívar es como un mar de leva, como un torbellino donde concurren sacrificios, derrotas, triunfos, soldados valientes que se deslizan por laderas, montañas y llanos, para luchar por un ideal de libertad. De pronto se le aparecen indios lanzando sus flechas y haciendo sonar sus gaitas y tamboriles, rebosan el paisaje con sus alaridos, la noble raza indígena se suma al ardor de la revolución.

Pero nada de ello le impide apreciar la fuerza de las tropas realistas, su manera de organizarse y el modo en que arman en fila sus batallones. En cada batalla hay un olor distinto, son distintos los gritos y las exclamaciones, hasta el olor de la tierra es diferente en cada paisaje, los colores del cielo en cada región, el sudor de las bestias y la sangre, sobre todo la sangre derramada en los campos de batalla y ese largo silencio que sigue a las derrotas o los triunfos, el código ético que rige la lucha cuerpo a cuerpo, todo se mezcla en un inmenso estrépito de imágenes, de ayes y de murmullos quemados, en iridiscencias agónicas que se cierran en cada atardecer o en cada crepúsculo, en una suerte de amarga dulzura, y estos sentimientos encontrados

lo conducían a una reflexión profunda de la existencia, a una filosofía de la vida que estaba por crearse desde América.

Las batallas físicas hay que darlas para demostrar coraje al enemigo, pero las batallas físicas son secundarias cuando se piensa en la reconstrucción moral del país, al amparo de leyes y de una organización social, relaciones con otros países, con naciones hermanas de América que también están sintiendo los embates del imperio español. Perú, la Banda Oriental, Uruguay, Chile, Ecuador, Venezuela, países que se hallan penetrados por fuerzas imperiales y que necesitan organizar ejércitos para defenderse. Sobre todo, en Perú la invasión ha sido atroz, lo que ha ejecutado el imperio español en la tierra de los incas ha sido una verdadera carnicería. La acción de Francisco Pizarro allí ha sido la de manipular la buena voluntad de los guerreros incas, la nobleza de ese pueblo arraigado a sus tradiciones ancestrales. Les han engañado con tretas occidentales, con artimañas bajas, para imponerles una religión. Ya Bolívar se había proclamado vencedor en varias batallas, y celebrado otras tantas de sus generales, como la memorable Batalla de las Queseras del Medio, librada por los llaneros teniendo como líder al bravo José Antonio Páez en el mes de abril del año 1819, en donde derrotaron a más de siete mil soldados de España, usando una fuerza soldadesca cincuenta veces menor. Páez usó la táctica de fingir que huía, y en un momento dado, después de cruzar el río, les dijo a sus soldados: “¡Vuelvan caras!”, y clavó contra la selva a seis mil mercenarios comandados por Morillo. Bolívar reconoce el poder guerrero de Páez, y debe proseguir, ese mismo año 1819 hacia Boyacá, cuando en el mes de agosto los hombres se aprestan a dar la batalla, avisados de una invasión por Casanare.

A Barreiro, el contrincante, no se le podía dar tregua ni tiempo para la defensa por los tortuosos caminos de la sierra, había que cruzar el páramo de Pisba. Los generales Anzoátegui, Soubllette y Santander acompañan a Bolívar en la estrategia y emprenden una peregrinación, con gran fatiga,

durante quince días. Pasan El Tasco y el ejército se va debilitando; son tres mil peones y quinientos caballos: se van acercando al ejército enemigo comandado por Barreiro. Llega primero a un sitio llamado los Corrales de Bonza, y luego se apodera de los campos y villorios cercanos, cuyos habitantes les ofrecen cuanto poseen. Recuerda Bolívar cuando en cada pueblo ocupado hacía una proclama, o un discurso encendido para estimular a sus moradores. Comienza a crear destacamentos y a fundar un nuevo ejército, toma siempre la ofensiva y adelanta operaciones. Sufre una primera derrota en el campo. El ejército se debilita y toma doce días para rehacerse, le cuesta mucho, pero luego lo supera todo y se va una vez más contra el ejército español. Ocupa Tunja sin disparar un solo tiro y hace prisionera a la primera guarnición, interponiéndose entre los dos ejércitos más fuertes del enemigo, cortando sus comunicaciones y obligándolos a combatir por separado, para más adelante caer sobre las tropas realistas de Barreiro, en la que constituyó seguramente la más difícil de las batallas suyas, y fue la perfecta escuela de armas para aquellos soldados liderados por Bolívar, quienes ya habían escrito una de las páginas memorables de nuestra historia militar, donde se dieron cita la táctica y la estrategia más equilibradas de las vistas hasta ahora, hasta lograr que la vanguardia enemiga se retire. Anzoátegui, reforzado con los bravos de Páez, había entrado en acción para asegurar el triunfo. Al recordar esto, Bolívar se llena de orgullo. Es el primer paso para arribar victorioso a Colombia, el sueño realizado en una primera etapa, el anhelo de una patria unida, la Gran Colombia, pues si el pueblo neogranadino es libre, ello podría influir en toda América.

CAPÍTULO III

MONÓLOGO A VOCES

Bolívar venía observando desde hacía tiempo lo que había estado sucediendo en América desde los tiempos de la conquista; verdades históricas irrefutables que habían sido refrendadas en cientos de documentos, que reposaban en los archivos y anales de Europa y América. Hechos certificados: atrocidades y genocidios, masacres, matanzas de sociedades indígenas a lo largo de casi todos los países de América. Desde finales del siglo XV y comienzos del XVI se había emprendido una cruzada desde Europa hacia otras tierras desconocidas, con el objeto de apropiárselas; al parecer ya no les bastaban los territorios descubiertos, sino que aspiraban hollar otras partes del planeta con el fin de apoderarse de nuevas riquezas. Hasta ahora, el poderío armamentista de los españoles les permitía dirigirse por mar y por tierra hacia otras regiones ignotas, de las cuales sabían poco, pero inventaban sobre ellas todas las especulaciones posibles e imposibles.

A partir del primer desembarco de Cristóbal Colón, habían tenido lugar una serie de acontecimientos que demostraban la crueldad y la voluntad de

exterminar de los españoles hacia los seres humanos que habitaban nuestro continente. Entonces recordó Bolívar aquel año de 1815, cuando Henry Cullen le solicitó una información acerca de la situación de América. Pero esta pregunta era muy difícil de contestar; los datos disponibles no eran exactos ni estaban certificados por nadie en especial, ni siquiera por el mismísimo barón de Humboldt. Cualquier cifra aportada era solo aproximativa. Pero por algún testimonio tendría que comenzarse, sobre todo por el magnífico libro *Relación de la destrucción de las Indias* que había hecho el padre De las Casas, del que Bolívar era un admirador; tanto de la obra como de la persona de este digno fraile; también había informes en el Archivo de Sevilla y testimonios de tiranos enviados a otros tiranos, los cuales permitían aproximarse a la realidad de cada momento en cuanto a males y penurias sociales se refería y habían sido consultados por Bolívar. En efecto, la monarquía española estaba empeñada en seguir echando sombras sobre nuestras tierras.

Por ejemplo, en Chile más de ochocientas mil personas estaban luchando con enemigos que pretendían humillarlos, y en Perú millón y medio de habitantes fueron desarraigados de sus tierras para servir sumisamente al rey de España, sin poder oponerse al torrente maligno que amenazaba a sus provincias; mientras en la Nueva Granada se obedece a un gobierno general. Quito, en cambio, sí ha sabido resistir, condenando a los enemigos de la patria. Panamá y Santa Marta sufren la tiranía. Casi tres millones de habitantes se distribuyen en aquel territorio, defendiéndose contra el ejército español que comanda el general Pablo Morillo, a quien le va a costar mucho trabajo lograr esa penosa proeza.

Bolívar está convencido: a Venezuela se han empeñado en convertirla en un desierto, a toda costa quieren reducirla a la indigencia, un territorio cuya belleza natural sobrepasa a cualquier otro, desean oprimirlo cueste lo que cueste, a tal punto se halla inmerso en la desolación que por las calles solo se ven unos pocos ancianos, mujeres y niños. Muchos de los hombres han

muerto en Venezuela por negarse a ser esclavos, y los que quedan combaten con furia en los campos y en los pueblos. Casi un millón de habitantes se contaban en Venezuela, y casi una cuarta parte ha muerto en el terremoto de 1812; otros han fallecido de hambre o en la guerra, debido a las pestes y a las peregrinaciones.

Bolívar observa que el barón de Humboldt informó en 1808 que en México y Guatemala vivían casi ocho millones de personas. Desde entonces la insurrección ha agitado casi todas las provincias. La lucha se ha mantenido a fuerza de sacrificios. Los españoles, con tal de lograr sus fines, someten a todos los nativos. Pero los mexicanos han de ser libres porque son patriotas y han resuelto vengar a sus antepasados, pues ya sabemos lo que ocurrió en México: fue arrasada por Hernán Cortés en la época de la conquista. Primero fue Miguel Hidalgo y luego José María Morelos quienes decidieron poner fin a toda esa barbarie, y comandaron las valientes rebeliones de esos pueblos, los cuales tendrían un sucesor en Centroamérica: Francisco Morazán. Bolívar reconoce que los directores de la independencia de México han proclamado a la virgen de Guadalupe reina de los patriotas, llevando su imagen en las banderas de combate, usándolas como símbolos para movilizar a sus hombres y a su pueblo.

También reconoce Bolívar a José Gervasio Artigas en el Uruguay, nacido en una de las familias fundadoras de la capital de aquel país. Montevideo, cuyas unidades patriotas lograron victorias importantes frente a los españoles durante la primera mitad del año 1811, siguió organizando durante los años sucesivos una lucha para establecer un sistema federal de gobierno. Artigas devolvió las tierras al pueblo y fundó la llamada Banda Oriental. Lo mismo que San Martín en los países de la Banda Oriental y O'Higgins en Chile, que fueron comandantes natos y revolucionarios naturales, con destrezas para organizar ejércitos. San Martín había luchado contra los franceses en la Guerra de Convención, participó en las trifulcas civiles contra

Portugal en 1801, y otras heroicas batallas. Viajó a Londres, y a su regreso a Buenos Aires, fue nombrado comandante del Escuadrón de Granaderos, y además designado gobernador de Cuyo, hasta que obtuvo una victoria extraordinaria contra los realistas en Chacabuco, lo cual le permitió entrar en Santiago de Chile, nombrando allí a su amigo Bernardo O'Higgins director supremo.

Bolívar hacía memoria de todos aquellos sucesos trascendentales para él, mientras revisaba la deplorable situación de América en aquel momento. Había investigado cuanto podía, hasta averiguar que Puerto Rico y Cuba estaban sumidas en un letargo por hallarse desconectadas debido a su situación geográfica, como islas que eran, de los demás movimientos independentistas. Ello equivalía a decir que en aquel momento dieciséis millones de americanos se encontraban oprimidos por España, un imperio en franca decadencia, y a juicio de Bolívar impotentes para mantenerse ellos mismos en Europa; lejos de ser una región civilizada, España muestra signos de debilidad moral. Bolívar piensa que el imperio español está realmente demente, pues no posee marina, ni tesoros ni suficientes soldados. ¡Por ello hay que combatirlos! Europa le haría un bien a España si la convence de no llevar a cabo su obstinada temeridad. Nadie consciente comprende por qué razón habría que continuar alimentando aquella descabellada idea de apropiarse de tierras ajenas por la fuerza, masacrando a una población, en una época donde las Luces de la Razón han creado las condiciones para fundar sociedades libres y civilizadas. ¿Cómo un país sin ciencia, sin política, sin artes, sin manufactura, sin producción, quiere lograr esta loca empresa?

Más bien cree Bolívar que la propia Europa no se piensa civilizada, y debería ella misma haber diseñado y ejecutado el proyecto de la independencia americana, pues el equilibrio del mundo así lo exige, es la única manera de adquirir establecimientos de comercio con ultramar. España fractura la civilidad europea con su codicia y ambición.

Estas son las razones por las que Bolívar espera que todas las naciones cultas puedan ayudarnos a adquirir bienes propios a ambos continentes. Y no solo los europeos, sino también los hermanos del norte, que en vez de ayudarnos se han convertido en espectadores pasivos de esta contienda. El Libertador siempre se ufana en las estadísticas, en que los datos que proporciona en sus cartas a sus colaboradores sean lo más exactos, para no andar por ahí exagerando sobre los efectos nocivos de los europeos, solo para llenarse la boca. Por ello siempre buscaba informaciones serias y fidedignas, que recibían con prevención de oficiales y generales por vía directa de los otros países. Siempre crispado por los efectos de las fuerzas opresoras sobre nosotros, Bolívar se ufana en recomendar lecturas y a anticiparse a acontecimientos que podían ser nefastos para nosotros, por lo cual veía como necesaria una unión de los americanos, y poder hacer frente a los peligros.

Ahora debía buscar nuevas alianzas, conversaciones y entrevistas con los líderes de aquellos países. Los americanos, para el sistema español, no seríamos más que simples consumidores, con restricciones y prohibiciones chocantes, con monopolios de productos e impedimentos en las fábricas y hasta de privilegios exclusivos de objetos de primera necesidad, trabas en la provincia: ese era el ejemplo que daban a diario. Antes de embarcarse en su próxima batalla contra los españoles, Bolívar no puede dejar de pensar en los datos provenientes de México durante aquella sangrienta conquista, cuando Hernán Cortés hizo preso al monarca de México, Moctezuma, observando la gran diferencia entre ellos, y al sucesor de Moctezuma, llamado Guatimocín, que Cortés puso allí para llenar una vacante irrisoria. Recuerda también a otros reyes de América como Catzontzin en Michoacán y Zida en Bogotá. En fin, una cantidad considerable de incas, toquis y ulmenes chilenos que sucumbieron al poder español. Así al rey Ulmen chileno de Coriapó le tocó seguir ese destino de ver usurpado su trono, y luego echado a las llamas por el español Almagro. Y todo esto tiene su origen en las

administraciones absolutas de los imperios, que no reconocen límites en el ejercicio de las facultades gubernativas; entonces el despotismo se convierte en una ley suprema ejecutada por sátrapas que organizan una opresión sistemática: a ellos les está encargada toda la administración civil, militar y política, las rentas y hasta la religión. Llegado un momento, en situaciones de dominio absoluto, la gente no tiene ni siquiera el control de las situaciones domésticas.

Recuerda entonces Bolívar que en el año de 1815 hizo una serie de aclaraciones al señor Henry Cullen en Jamaica, cuando le tocó marchar a ese país a bordo de un bergantín inglés. Ya es su tercer exilio. Y aquella vez ha decidido retirarse de la jefatura de su ejército por saberse víctima de una traición de sus propios paisanos, quienes publican contra él panfletos difamatorios, además de habersele negado las ayudas que requería para dar inicio a la campaña donde se iba a adelantar sobre Maracaibo y Santa Marta, justo cuando el gobierno español había enviado una gran expedición armada contra los movimientos independentistas que se estaban fraguando en Venezuela. A la cabeza de aquella expedición estaba el general Pablo Morillo, amenazante. Era una verdadera guerra civil. El ejército patriota no recibía ninguna ayuda y ello ocurrió porque el ejército estaba bajo su mando, él mismo era la causa principal. Entonces no tuvo más salida que separarse de sus compañeros de armas, de todos aquellos que lo habían seguido en sus combates; el gobernador de Cartagena había interceptado toda su correspondencia con el gobierno general; de modo que, si se dirigía hacia allá, iba a encontrar una muerte segura en Santa Marta. Sus demandas de amistad habían sido desoídas; ya no había armas para combatir, y se dio perfecta cuenta de que, de seguir en el territorio, Nueva Granada se dividiría en partidos, lo cual no sería nada positivo para la patria. La guerra sería eterna.

Ha hecho esfuerzos para acercarse a sus adversarios, incluyendo en ellos al brigadier Manuel del Castillo y Rada. Hasta el mismísimo Pedro Gual le

propone la posibilidad de una conciliación, y es entonces cuando Bolívar le responde que no puede posponer los intereses de la patria a las pasiones violentas, que él sigue la carrera de las armas para obtener de ellas honor, pues ellas permiten la liberación: no va a arriesgar los triunfos hasta ahora logrados solo para hacer un pacto. Pero sus intentos fueron inútiles. Bolívar pensó que, si aceptara gobierno, eso sería solo para romper las cadenas de los esclavos en las provincias de Coro, Maracaibo, Caracas y Santa Marta. Las armas están destinadas a destruir a los tiranos. En ese momento renunciaba temporalmente al honor de conducir el pueblo a la victoria. Pero la lucha continuaba, debía seguir por el bien del ejército y de la salvación de la patria.

América no está preparada para separarse de la metrópoli, pensó Bolívar, debido sobre todo a una guerra inútil que la Regencia había declarado, sin derecho alguno para hacerlo; era injusto, pero sobre todo ilegítimo. Los gobiernos españoles emitían toda clase de decretos hostiles; a la par de ello, los ciudadanos americanos tampoco tenían la preparación necesaria para los negocios públicos, ni para representarnos como legisladores, magistrados o administradores, ni tenían los atributos diplomáticos ni conocían las autoridades que forman la jerarquía de un Estado. Y si no se puede conformar un Estado, tampoco se puede conformar un gobierno, piensa Bolívar. Y esta es la razón por la cual nuestros enemigos pretenden burlarse de nosotros. La revolución por sí sola no es nada, si no está sostenida por una filosofía adecuada a nuestra situación.

Después de triunfar las armas de la revolución, sería necesario establecer juntas populares para hacer reglamentos y convocar congresos. Mientras Venezuela puede erigir un gobierno democrático y federal, y declarar los derechos humanos, manteniendo un equilibrio de poderes y estatuyendo leyes en favor de la libertad civil, luego constituir un gobierno independiente. La Nueva Granada puso como base fundamental de su Constitución un

sistema federal exagerado, que tuvo que ser mejorado, pues sobrepasaba al poder ejecutivo, como se había hecho en Chile y Buenos Aires.

Las cosas en América estuvieron sucediendo demasiado rápido, y se fueron complicando sin que se pudiera evitar. Así ocurrió en México. En 1810 tuvo lugar una insurrección, y un año después ya tenían centralizado a su gobierno e instalada una Junta Nacional en Zitácuaro, con los auspicios de Fernando VII. La Junta se trasladó a diferentes lugares, se conservó y luego se creó el cargo de Generalísimo para José María Morelos, y esto fue seguido de cerca por Bolívar. En el caso de la gran nación mexicana, en marzo de 1812 el gobierno residente presentó un plan de paz y de guerra al virrey de México, hecho con gran sabiduría. Al parecer este esquema resultó bueno al principio, pero después fue fallando debido a que no se adecuaba a nuestro carácter, costumbres y conocimientos. Las elecciones y asambleas populares sirvieron para conformar los partidos, y estos a su vez nos llevaron a la esclavitud. Por eso Bolívar siempre se oponía al excesivo poder de los partidos políticos. Además de ello, los gobiernos provinciales concentraron demasiado poder en sí mismos, y entonces el gobierno central se fue debilitando, los enemigos en cada provincia se multiplicaron, se van conformando, cobran vida, y las personas no adquieren talentos y virtudes jurídicas. Para lograrlo deben abocarse al estudio, prepararse como lo hacen en el norte; cree que allá los ciudadanos con responsabilidades en el gobierno son estadistas, juristas, abogados doctos, y por ello las cosas de ellos salen mejor. Los sistemas enteramente populares tampoco funcionan solos, mientras no estén asesorados por personas doctas. Bolívar cree, como creía Miranda, que España está dominada por la improvisación y la desbocada ambición: estas se convierten en vicios, en mera codicia y en vasallaje.

Bolívar también cree en los filósofos iluministas como Rousseau y Montesquieu. Cuando una nación está sometida al yugo, es más difícil sacarla de

donde está, que subyugar a una libre, según piensa Montesquieu, lo cual se comparece con el instinto humano de aspirar a una mayor felicidad cada día. Y ello solo puede alcanzarse si la sociedad tiene sus cimientos en bases de justicia, libertad e igualdad.

“¿Cuál sería el reto, entonces?”, se pregunta Bolívar, mientras deja que el flujo de su mente le ofrezca una respuesta concisa. Y entonces se responde: fundar una república equilibrada. No puede lanzarse de modo desbocado a la esfera de la libertad recién rotas las cadenas de su opresión, sino que debe razonar de manera justa para poder levantar un edificio de ideas libres. De ahí que Bolívar desee ver en América una sola nación. Acaso, como Miranda, esté acariciando una utopía, pero nunca un sueño estático y perfecto, imposible. Primero habría que curar numerosas heridas causadas por el despotismo y la guerra. De modo que ese sueño tiene sus bemoles. Y esos bemoles o detalles pueden ser más importantes que el todo, pues desde que nacieron las utopías en Europa en el siglo dieciséis con la obra *Utopía* de sir Thomas Moore —que fue una sátira de don Thomas a la sociedad inglesa de su tiempo— surgió esa idea de *tierra en ninguna parte*, esa tierra donde podían convivir los seres humanos en una sociedad justa, plena y armónica, casi edénica y por lo tanto irreal. Lo que ocurre es que después ese mundo de utopías fue retomado por otros escritores en casi todos los países de Europa como Campanella en Italia, Cyrano en Francia y Morris en Inglaterra, para llevar a cabo diseños utópicos más complejos. Pero el término utopía, lo sabe bien Bolívar, continuó usándose para designar un tipo de sociedad ideal donde todo funciona bien, casi perfecto, en todo caso no era propiamente una utopía lo que se proponían Miranda y Bolívar. Don Francisco, si se quiere, era más idealista que yo, piensa Simón, don Francisco era un soñador incorregible que tuvo que hacer frente a una sociedad apática y enfrentar a muchos envidiosos de su momento; Bolívar soñaba, en todo caso, con una república regida por leyes virtuosas donde

los seres humanos pudieran disfrutar de un mayor bienestar, pero tomando en cuenta también las inclinaciones negativas de esos seres, las cuales también forman parte de nuestra naturaleza, como bien lo habían esbozado los empíricos ingleses como Hobbes, Locke o Hume, a quienes Bolívar había leído mucho, y resaltaban en su filosofía la naturaleza destructiva o maléfica de la especie humana, cuando intenta convivir en sociedad; a menudo resaltan en el ser humano sus rasgos de egoísmo, vileza, envidia, odio irracional, todo aquello lo sabía Bolívar y por ello se aferraba con fuerza a las ideas propugnadas en el Siglo de las Luces, Montesquieu, Voltaire, Rousseau y otros, para aplicarlas algunas de ellas al Nuevo Mundo, al *Orbis Novo* o Tierra de Gracia que era como la habían llamado a este lado del mundo los primeros viajeros de Indias, como Cristóbal Colón.

La mente del Libertador se perdía en medio de aquellas consideraciones, de aquellas elucubraciones posibles. De ellas sacaba fuerzas para continuar en su lucha, sobre todo cuando seguía ponderando todas las falencias de nuestro continente en materia social y política, cuando recordaba que América no podía caer en manos de una monarquía universal, que también podía ser un proyecto imposible. Los abusos que actualmente existen no se reformarían y nuestra regeneración sería infructuosa. Los Estados americanos necesitan de los cuidados de gobiernos que curen las llagas y las heridas del despotismo y de la guerra. Habría que buscar ejemplos en este caso, como el de México, que es la única nación que puede serlo por su poder intrínseco, sin el cual no hay metrópoli. Pero supongamos que fuese el istmo de Panamá, se decía Bolívar como si estuviese dictando una clase a una audiencia real, pero se lo está diciendo a los interlocutores de su tiempo: Panamá es un punto céntrico para todos los extremos de este vasto continente ¿no continuarían estos en la languidez y en el desorden actual? Para que un solo gobierno dé vida, anime y ponga en acción los dos resortes de la prosperidad pública; corrija, illustre y perfeccione el Nuevo Mundo, sería

necesario que tuviese las facultades de un Dios, y cuando menos las luces y virtudes de todos los hombres.

Otra cuestión que preocupa altamente a Bolívar es el asunto de los partidos, no se cansa de repetirlo una y otra vez. Cree que los magnates de las capitales no sufrirán la preponderancia de los metropolitanos, a quienes considerarían también tiranos, hasta el punto de compararlos a causa de los celos con los odiosos españoles. Una monarquía con esa característica crearía una especie de coloso deforme, un monstruo, un leviatán. ¿Monarquías americanas? ¿Crear más naciones? Sí, sería posible quizá, pero inútil. El interés bien entendido de una República se reduce a la esfera de su conservación, prosperidad y gloria. Una libertad basada en un concepto de imperio es absurda, pues va en detrimento de sus propios medios, y su único objeto sería hacer participar a sus vecinos en una Constitución liberal; por ello ningún derecho adquieren y ninguna ventaja sacan vencéndolos, a menos que los reduzcan a colonias, siguiendo el ejemplo de Roma, creando un impedimento directo con los sistemas de justicia de los republicanos, oponiéndose de manera manifiesta a los intereses de sus ciudadanos. Un Estado muy extenso, al final, cae en la decadencia y convierte su forma libre en otra forma tiránica, debilitando los principios que deben conservarla, ocurriendo luego el fenómeno del despotismo. El distintivo de las pequeñas repúblicas —piensa Bolívar en su monólogo a voces— es la permanencia, mientras el de las grandes siempre se inclina al imperio.

CAPÍTULO IV

VISLUMBRES DE AMÉRICA

El monólogo se hace diálogo y vislumbre. Bolívar se concentra, en este momento, en el fenómeno de la realeza. Los intereses de los reyes se inclinan al aumento de sus posesiones y riquezas, pues su autoridad crece con estas adquisiciones, tanto en relación a sus vasallos como a sus vecinos, que ven el formidable poder del mismo tamaño de su imperio, el cual se conserva por medio de la guerra y las conquistas. Por esta razón, piensa Bolívar, los americanos ansiosos de paz, ciencias, artes, y también de comercio y agricultura, prefieren las repúblicas a los reinos.

Sin embargo, Bolívar tiene sus reservas hacia el sistema federal, es una idea insistente en él, pues este sistema exige virtudes y talentos políticos muy superiores, casi perfectos, y también rechaza la monarquía mixta de aristocracia y democracia, como la practicada en Inglaterra, pues en lo posible habría que evitar caer en anarquías demagógicas o en tiranías autócratas. Piensa que hay que lograr un estado intermedio, y en el centro de su

cavilación cree que habría que optar, entonces, no precisamente por lo más perfecto, sino por lo más posible. No le ha resultado nada sencillo llegar a esta conclusión. Debe luchar con todas sus fuerzas, y conjugar sus potencias físicas a las morales.

Piensa otra vez en México, piensa en Panamá. Piensa en Nueva Granada y Venezuela, en todo el continente, en la situación de países como Chile y Perú. Se ha informado lo mejor que ha podido de cuanto ocurre en estos países, debe sacar sus conclusiones al respecto y de ser posible ponerse en contacto con sus autoridades, para calibrar su plan de acción. Quizá los mexicanos intentarán al principio establecer una república representativa, en la cual tenga grandes atribuciones el poder ejecutivo, concentrándolo en un individuo. Y si ese individuo desempeña sus funciones con acierto y justicia, conservará su autoridad vitalicia. Por el contrario, si su incapacidad o administración son indebidas, desembocarán en una conmoción popular, y ese mismo poder ejecutivo terminará en una asamblea. Si en México el partido preponderante es militar o aristocrático, exigirá probablemente una monarquía, que al principio será limitada e institucional, y después inevitablemente declinará en el absolutismo: nada es más difícil en el orden político que la conservación de una monarquía mixta.

Al poner su pensamiento en Panamá y en Guatemala, Bolívar cree que tal vez se asociarán ambos países y ello pudiera convertirse en el futuro en un emporio, ya que sus dos canales acortarán distancias en el mundo y estrecharán los lazos comerciales entre Europa, América y Asia, atrayendo hacia ellos riquezas. Y esa privilegiada posición tal vez, piensa Bolívar, la convertirá en una de las principales capitales del orbe. Del mismo modo Nueva Granada se unirá a Venezuela, ese es su sueño, y se convertirá en una república central cuya capital será Maracaibo. O tal vez sería posible soñar más allá: fundar una nueva ciudad con el nombre De las Casas, en honor a este gran filántropo, el padre De las Casas. El acceso a esta ciudad es fácil y

su situación tan fuerte, que puede hacerse inexpugnable. El territorio posee un clima puro y saludable y es propicio para la agricultura y el ganado, con abundancia de maderas para la construcción. La Goajira se anexará a ella, con sus indígenas, y se llamará Colombia, en tributo de justicia y gratitud al viajero europeo que vio por vez primera, desde una embarcación, nuestro territorio: Cristóbal Colón. El gobierno de Colombia pudiera imitar al de Inglaterra, con la diferencia de que, en lugar de un rey, habrá un poder ejecutivo de libre elección, vitalicio y jamás hereditario, si lo que se busca es una república. O bien pudiera ser un Senado legislativo hereditario, que en momentos de dificultad sepa ponderar. Bolívar y Miranda compartían su admiración por el buen funcionamiento de las cámaras legislativas de Inglaterra, y en tal sentido pudiera imitarlas Colombia.

“Tengo derecho a desearle todo lo que en mi opinión es mejor, porque es mi patria,” pensaba Bolívar, y hasta sería posible pensar que no le convenga un gobierno central —adicta como es a la federación— y hasta quizá formar por sí sola un Estado que, si el tiempo le confiere su suerte, podría ser muy dichosa, con recursos de todo tipo.

Bolívar no cesa en su costumbre de vislumbrar, de proyectar visiones, no puede evitarlo. Ahora piensa en Buenos Aires, de la cual se sabe poco, y poco puede decirse hasta aquel momento. A primera vista, habrá un gobierno central en ese inmenso país conducido por militares, a causa de sus divisiones internas y guerras externas, eso es lo que observa. Cree Bolívar que la Constitución en Buenos Aires degenerará en una oligarquía o en una monocracia con más o menos restricciones, pero sería muy temerario hacer afirmaciones sólidas sobre ese particular. También muy doloroso sería que algo así ocurriese en Buenos Aires.

En cuanto a Chile, el Libertador piensa que, por la naturaleza de su situación, por las bellas costumbres y virtudes de sus habitantes y la cercanía de sus vecinos los araucanos, está llamado a disfrutar de las bendiciones de las

leyes. Bolívar tiene fe en ello, sabe que en Chile nunca se ha extinguido el espíritu de libertad. Los vicios de Europa llegaron allí tarde y no pudieron corromper sus costumbres, pues el territorio de Chile está fuera del contacto de las malas influencias, y no alterará los usos y prácticas de sus leyes, preservando su uniformidad en las opiniones políticas y religiosas. Por lo tanto, puede ser libre.

Lo mismo no puede decirse del Perú, donde hay dos elementos enemigos de todo régimen justo y liberal: oro y esclavos. El oro corrompe todo, y la esclavitud ya está corrompida en sí misma. El alma de un esclavo está incapacitada para apreciar la libertad. Aunque Lima las merece más, Bolívar cree que estas ideas pueden ser aplicadas a toda América, pero tal vez Lima las necesita por sobre todas, pues es evidente que allá no tolerarán los ricos a la democracia, ni los esclavos y pardos ya liberados tolerarán a la aristocracia. Los ricos prefieren siempre la tiranía de uno solo. En el fondo, todas las provincias americanas se encuentran lidiando por emanciparse. Unas se constituirán de un modo regular en repúblicas federales o centrales; en otras se fundarán monarquías casi inevitablemente, mientras otras serán tan infelices que devorarán sus elementos hoy mismo, o en futuras revoluciones. Una gran monarquía no será nada fácil de construir: una república enorme pero imposible.

“Y hablando de imposibles —se dice Bolívar en su extenso vislumbrar a voces—, sé que es imposible también pretender de todo el Mundo Nuevo una sola nación con un solo vínculo,” y ello desea decírselo al mundo, que logre unificar sus partes entre sí, y con el todo. El Nuevo Mundo tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, y por todo eso merece tener un solo gobierno que aglutine los diferentes Estados por formarse. Pero al ser más objetivos en la visión, hay que aceptar que eso no es posible, por ahora: situaciones opuestas, intereses diversos, caracteres distintos dividen a América. Pero soñando y yendo más allá: “¡Qué bello sería

que el istmo de Panamá fuera para nosotros lo que el de Corinto para los griegos!”, exclama. “¡Ojalá algún día tengamos la fortuna de instalar allí un augusto congreso de los representantes de las repúblicas, reinos e imperios, que discutan sobre los altos intereses de la paz, con las naciones de las otras partes del mundo!”, exclama, creyendo en la posibilidad cierta de crear una corporación que pueda lograr nuestra regeneración. Otra esperanza sería infundada, como la concebida por el abate francés Charles Castel, que concibió el delirio de reunir un congreso europeo para decidir la suerte de los intereses en aquellas naciones.

Y remontándose más allá, Bolívar piensa que los americanos meridionales tienen una tradición que dice: cuando Quetzalcóatl abandonó a sus hijos, les prometió que volvería después que los siglos designados hubiesen pasado, él restablecería su gobierno y renovarían su felicidad. Quetzalcóatl en este caso sería para nosotros una especie de Buda o un Mercurio, un nexo con la deidad superior que se ha hecho respetar por las otras naciones. Ello sería magnífico, pues la unión es lo primero que se necesita para hacernos conscientes de que hay que expulsar de aquí a los españoles y sus tropas, y a todos aquellos partidarios de la conocida España, para hacernos capaces de establecer un gobierno libre y leyes benévolas.

Bolívar está exhausto en ese momento. Viene de estar al mando en las batallas de las Queseras del Medio y de atravesar Tunja, y aún le falta mucho por hacer; pero no puede detener su accionar ni su pensamiento, pues el primero está condicionado por el segundo; su estrategia y su práctica están fogueadas por ideas nobles. Cuando ha pensado en Quetzalcóatl, está pensando en que los grandes historiadores y literatos se han preocupado cuidadosamente de investigar su origen y sus profecías. No se sabe a ciencia cierta si Quetzalcóatl fue un apóstol de Cristo o una entidad pagana. Su nombre quiere decir “culebra emplumada,” y otros sostienen que es el profeta de Yucatán o el mismísimo Santo Tomás. En todo caso este dios estableció una

religión cuyos ritos, dogmas y misterios tenían una admirable afinidad con la de Jesús, y quizás es la más semejante a ella. Muchos escritores católicos han procurado alejarse de la idea de que este profeta fuese verdadero, sin reconocer a él, a Santo Tomás, como lo afirman otros autores. Pero se ha impuesto la opinión de que Quetzalcóatl es un legislador divino entre los pueblos paganos del Anáhuac, del que era lugarteniente el gran Moctezuma, derivando de él su autoridad.

Bolívar se ha puesto a pensar en este Dios mexicano, preocupado como está por las creencias espirituales profundas de los pueblos de América, pues sabe que en todo caso quienes dirigen la inteligencia de América se han aprovechado del fanatismo de los fieles con el mejor acierto, presentando a la famosa Virgen de Guadalupe como reina de los patriotas, invocándola y llevándola representada en sus banderas. Con esto, el entusiasmo político ha formado una mezcla con la religión, que ha producido un fervor vehemente por la sagrada causa de la libertad. Y en este sentido, cree Bolívar, los mexicanos han superado en devoción a cualquier otro pueblo, inspirados por esta virgen donde confluyen tantas fuerzas. Solo fuerzas como aquellas, poderosas y profundas, sería lo que necesitamos para procurar la unión. Pero nos empeñamos en dividirnos. Así lo hemos hecho a lo largo de las guerras civiles, formadas entre el partido conservador y el partido reformador. El primer partido, por lo común, es más numeroso, pues la costumbre produce el efecto de la obediencia a las potestades establecidas; mientras que los reformadores son siempre menos numerosos, aunque más vehementes e ilustrados. Nunca van a llegar a un acuerdo duradero. La contienda entre ambos se prolonga y lo único que puede equilibrarlos es la fuerza moral. Pero Bolívar tiene fe, y piensa que en nuestro caso la masa ha seguido a la inteligencia. Hasta ahora hemos tenido suerte.

Aunque hay otros elementos que ponderar, Bolívar insiste en el de la unión; una unión que no llegará a nosotros por sí sola, sino a través de esfuerzos bien

dirigidos. América se encuentra abandonada en ese momento por todas las naciones, aislada, sin relaciones diplomáticas ni auxilios militares, atacada por una España que más posee elementos para la guerra que nosotros, pero se halla arruinada ante los ojos de Europa, y sus hombres son menos feroces en la batalla que los nuestros. Bolívar, desde su extensa reflexión, piensa que cuando el Estado es débil y los objetivos trazados son remotos, los hombres vacilan y las opiniones se dividen, las pasiones se agitan y los enemigos los animan para triunfar, lo cual es más sencillo. Debemos ser fuertes con los auspicios de una nación liberal que nos preste su protección, y entonces quizás sí podamos cultivar las virtudes y los talentos que conducen a la gloria.

Bolívar piensa: continuaremos nuestra marcha hacia la prosperidad a la que está destinada la América meridional. Cuando ello ocurre, las ciencias y las artes que nacieron en todas partes del mundo, en el Oriente y en Europa, volarán a América y a Colombia libres, donde serán recibidas con orgullo. Bolívar tiene ese sueño en el pecho y en la cabeza, girando siempre, y entonces ahora debe compartirlo con todos: mujeres, hombres, jóvenes, letrados científicos, legisladores, soldados, oficiales, campesinos, comerciantes, religiosos, políticos, con todos aquellos que aspiren a la libertad como al ideal más sagrado.

CAPÍTULO V

LEYES Y PERIODISMO EN ANGOSTURA

Antes de Boyacá, en ese mismo año de 1819, en el mes de febrero, Bolívar sabe que también el destino le obliga a dar la batalla de las ideas, a dirigir con buen tino la artillería del pensamiento, y tal pensamiento debe ser canalizado a través de un concurso de personas capaces, de pensadores, intelectuales, legisladores, abogados, juristas. Es urgente crear un cuerpo de leyes. Entonces convoca a un congreso en Angostura, al sur de Venezuela, para poner las armas al servicio de las autoridades civiles, de los representantes del pueblo de Venezuela, que deben ser depositarios de la voluntad popular para un mejor destino de la nación. Bolívar está decidido a traspasarles el mando si fuese necesario, pues no puede hacer las dos cosas a la vez: ser presidente de Venezuela y dirigir la guerra. Invitó entonces a las naciones del Congreso a que designaran a un presidente. Se hizo la elección y la mayoría de los votos favoreció a Francisco Antonio Zea. Bolívar en persona lo condujo a la silla presidencial, y luego, dirigiéndose a los asistentes les dijo:

—Nosotros no somos más que unos simples ciudadanos hasta que el Congreso Soberano se digne emplearnos en la clase y grado que a bien tenga. Contando con vuestra sumisión voy a darle, en mi nombre y en el vuestro, las pruebas más claras de nuestra obediencia, entregando el mando del que yo estaba encargado.

Por su parte, Francisco Antonio Zea creía que los momentos de peligro para la causa de la Independencia ya habían pasado, pero Bolívar no pensaba lo mismo. Bolívar quería seguir librando una guerra que él creía podía aún perderse. Faltaba mucho para liberar por completo a Venezuela, y mucho más para liberar a Nueva Granada, Ecuador y Perú, y Bolívar estaba dispuesto a proseguir, haciendo gala de su proverbial perseverancia. De hecho, Bolívar propuso a los legisladores del Congreso de Angostura la unión de Venezuela y la Nueva Granada, reconociendo el inmenso apoyo de los extranjeros que habían venido a ayudarnos en nuestra independencia. De paso, solicitó la total emancipación de los esclavos.

El presidente Zea se reunió con las demás autoridades del congreso y acordaron, al día siguiente, que era necesario que Bolívar continuara al frente del país, y aunque Bolívar se negó de nuevo diciendo que jamás volvería a aceptar una autoridad, a la que había renunciado de todo corazón, por principios y por sentimientos, sabía bien que grupos y partidos improvisados habían surgido y causarían daños a la causa de Independencia, pues sus ambiciones eran personales y podían perjudicar la unidad del pueblo.

Todos los diputados del Congreso rogaron a Bolívar que aceptara ser de nuevo presidente, y designar a Zea vicepresidente. Volvió a renunciar Bolívar con otra nota dirigida al secretario del congreso, pero fue en vano. Entonces el Congreso facultó al vicepresidente para desempeñar la primera magistratura, en ausencia de Bolívar. Nombraron como tercero en el mando al marabino Rafael Urdaneta, quien a los veintitrés años ya era general.

Durante su estadía en Angostura, Bolívar se empeña en adquirir una imprenta y fundar un periódico, el *Correo del Orinoco*, para contrarrestar las noticias falsas y opiniones exageradas que los realistas publicaban en la *Gaceta de Caracas*, dirigida por José Domingo Díaz, donde se acusaba a los ejércitos de la patria de entrar a saco a las poblaciones a cometer crímenes, y publicaba noticias falsas de las derrotas de los patriotas. La crueldad de los realistas era ocultada, mientras se magnificaba negativamente el desempeño de los venezolanos. Anunció, por ejemplo, la muerte de los oficiales patriotas Torres y McGregor, y hasta la del obispo José Ventura Cabello.

Bolívar se empeñó en darle al periódico difusión internacional, logrando posicionar las ideas libertarias en varios países de América y Europa. Lo hacía mediante reparticiones del diario en bodegas, usando para ello sacos de alimentos en cuyo fondo venían los impresos; en el exterior, lo lograba mediante los barcos que zarpaban hacia otros países desde Angostura por el río Orinoco, y permitían la difusión de la propaganda en favor de la emancipación.

Para su impresión, Bolívar le encomendó esta tarea a Andrés Roderick en una primera etapa, para sus primeros cien números, hasta 1820. Además, publica en esa imprenta varias leyes importantes. A Roderick siguieron otros editores como Thomas Bredshaw y William Bourrell, quienes continuaron la publicación del periódico hasta 1822. La imprenta estuvo ubicada en varios sitios; primero, en una casa particular; luego en la calle de La Muralla en Angostura, y finalmente en un edificio de la Plaza de la Catedral, el mismo donde quedó instalado el Congreso de Angostura. La máquina tenía casi dos metros de alto y un metro de ancho; era de fabricación estadounidense y permitía la impresión de un diario cuyo tamaño era de 35 por 20 centímetros aproximados. Bolívar nombró como directores de redacción en varias etapas a Francisco Antonio Zea, José Rafael Revenega y Juan Germán Roscio; publicó trabajos de los más eminentes escritores

de la época en los géneros de cartas, discursos, boletines, proclamas, periódicos y folletos; reprodujo también trabajos y proclamas de otros países, especialmente provenientes de Washington, Londres y París. Bolívar estaba convencido de que, sin un medio de comunicación para expresar las ideas y el pensamiento, era imposible ganar la batalla.

Bolívar pensaba que, en este caso, lo mejor era fortalecer el territorio de la república y seguir ampliándolo. Necesitaba de tiempo para ello. Tenía razón, pues de inmediato, en el mes de agosto de ese mismo año, tuvo que dar la Batalla de Boyacá, ganándola. Entonces el Libertador se convirtió en una amenaza para los aristócratas de España, mas no de Inglaterra, que en ese momento quería adueñarse del monopolio comercial español, lo cual explicaba que a Venezuela comenzaran a llegar armas y municiones de los británicos, y cientos de legionarios de distintos países europeos. Mientras tanto, el presidente James Monroe en Estados Unidos se mantuvo neutral en esta contienda, y envió a Angostura un agente secreto, a decirle a Bolívar que Washington era favorable a la independencia de Venezuela.

Esto le permitió a Bolívar una mayor amplitud de visión. No se engañaba. Sabía que la situación en Europa estaba más que complicada y debía aprovechar los conflictos internos de esos países para darle un giro a su estrategia militar, comenzando por Nueva Granada y Venezuela y seguir hacia Guayaquil y Quito, y luego entrar al Perú. Mostrando una vez más su sagacidad, Bolívar había pedido a sus oficiales que anunciaran en las poblaciones que ya estaban listas para la lucha, repartiendo cartas y proclamas suyas por todas partes.

El mundo contempla asombrado cómo un puñado de hombres valientes, los venezolanos, resisten y vencen la fuerza de España; han empleado los iberos cuantiosos recursos contra Venezuela, y no han podido dominarla. No hay nada que puedan hacer al respecto: excepto el ridículo, frente a las otras naciones de Europa. Además de eso, Bolívar le dice al mundo de ma-

nera patética que ya en España el dominio del rey Fernando está acabado, los corsarios aniquilan su comercio marítimo y sus campos no producen nada; sus tesoros están agotados por tantos años de guerra; la Inquisición, el despotismo y los impuestos auguran la catástrofe para España. Las proclamas de Bolívar han levantado los ánimos de los ciudadanos en casi toda América. Francisco de Paula Santander en Nueva Granada apoya sus proclamas.

* * *

La situación interna era otra. Bolívar no había hablado con José Antonio Páez claramente sobre estos asuntos, y debía convencerlo, pues era uno de los generales más aguerridos, pero también más renuentes a recibir órdenes. Debía decidir entre Páez y Santander para que lo acompañaran en la decisión, y optó por Santander. Tampoco sabía que esa decisión iba a ser, a la postre, negativa. Surgieron entonces malos entendidos, complots, traiciones; no se sabía a ciencia cierta cuáles eran los verdaderos planes.

El plan, realmente, era llevar a cabo la Campaña de los Andes y cruzar un macizo montañoso inmenso para ir al encuentro con Santander, que se convirtió en una de las mayores hazañas militares de la historia: el Paso de los Andes. Nunca había sufrido Bolívar tantas penurias en una travesía para llegar a ningún sitio, justo antes de marchar a Boyacá a dar la otra pelea. Al fin de largos días que parecían años, llegaron a Tame, cuartel general de Santander, que los estaba esperando allí para continuar la lucha de liberación. Nadie lo podía creer, cuando al fin de una ruda travesía por selvas y bosques helados, llegaron desfallecidos, hambrientos, enfermos. Se quedaron allí varias horas, bien abrigados y tomando alimentos, para seguir después con más fuerzas; y cuando se dispusieron a continuar al siguiente día, el hambre se había acumulado en sus cuerpos de tal manera, que muchos de ellos murieron al intentar seguir camino.

A solo dos meses del paso por el páramo de Pisba con sus hombres, Bolívar se enfrentaría —como lo había recordado hace rato bamboleándose en

su hamaca— la Batalla de Boyacá. Ambos sucesos eran el prelude al nuevo reto que tenía al frente, ahora mismo: Carabobo. Sin embargo, su memoria no cesa de atrapar otros momentos de su vida militar. Con Boyacá, Bolívar pasaría a formar parte del reino de Santa Fe de Bogotá, nombrando a Santander con idénticas facultades a las que el Congreso había dictado para Venezuela. En una ceremonia, entregó medallas de oro a cada uno de los que habían peleado en Boyacá, que llevaban inscritas las leyendas: *Liberadores de la Nueva Granada*. Les comunicó a todos que su deseo era ver a Venezuela y a la Nueva Granada juntas. Al marcharse pasó por Tunja y Pamplona, y en el camino vio a las multitudes aclamándolo, en cada pueblo la gente lo saludaba con emoción y orgullo.

—¡Viva Bolívar, viva Santander! —gritaban.

Estaba muy emocionado con las respuestas del pueblo neogranadino. Antes de irse, suprimió los impuestos a las poblaciones más pobres, dio pensiones de su fortuna privada a viudas y a huérfanos causados por la guerra. Pero también se enteró de varias acciones bochornosas en Venezuela, cuestión que lo llenó de decepción.

La situación en el oriente de Venezuela no marchaba bien. El general Arismendi, en Margarita, comenzó a decir públicamente que la estrategia de Bolívar estaba condenada al fracaso, y que el vicepresidente era un títere, incapaz de enfrentar a los realistas. Se designó él mismo jefe del gobierno y empezó a reclutar hombres para la guerra, apartándose de las decisiones de Bolívar. Quitó a Bermúdez y puso a Mariño al mando del ejército de oriente, regresando triunfalmente a Angostura a finales del año 1819.

Cuando Bolívar se entera de estos acontecimientos, en vez de molestarse, nombró al general Mariño jefe militar de Margarita, sin aludir nunca a Arismendi, así como tampoco se refirió jamás a las grandes ausencias militares de Páez, a quien se le subían frecuentemente los humos a la cabeza creyéndose superior a Bolívar en el campo de batalla, violando con

frecuencia sus órdenes y poniendo en peligro la campaña. Algo parecido a lo que sucedió con Piar por desobedecer sus órdenes en el plano militar, y Bolívar se vio obligado a hacerlo fusilar para dar ejemplo a los soldados. Bolívar se sintió muy afectado después de haber tenido que dar aquella orden, y no quiso referirse nunca más a eso, porque el recuerdo de Piar y el dolor de haberlo perdido de esa manera, eran lamentables pero necesarios para dar el ejemplo de autoridad en ese momento.

Sin embargo, a Bolívar no le tembló el pulso para crear el 17 de diciembre de 1819, la República de la Gran Colombia, con los ánimos que traía por el triunfo en Boyacá. La nación estaría integrada por Venezuela, Cundinamarca, Quito, las provincias unidas de Nueva Granada y Guayaquil, teniendo como capitales a Caracas, Bogotá y Quito. Bolívar fue elegido presidente; Juan Germán Roscio vicepresidente y Francisco de Paula Santander vicepresidente de Cundinamarca, mientras Zea cumpliría funciones de organizador de la Hacienda Nacional. Comenzó a lograr acuerdos, entre ellos, el de *Regularización de la guerra*. Este tratado fue una de las mejores estrategias no solo militares o políticas, sino también psicológicas, pues exhorta a los españoles a cumplirlo, pese a todos los males que nos han causado. Muestra sagacidad y un oportuno manejo del momento histórico y su difícil situación en Europa, debido al descrédito de su ejército frente al nuestro. Bolívar ha observado el torpe manejo de las tropas realistas en Boyacá y espera, con esta treta del armisticio, que vuelvan a incurrir en los mismos errores para asegurar así su victoria.

* * *

Todos estos recuerdos han cruzado por la mente de Simón Bolívar como en una proyección de imágenes que le llegan nítidas, como si su mente y su cerebro funcionaran al unísono, atendiendo una orden universal, como si su destino estuviera escrito de antemano por alguna deidad que mueve los hilos invisibles desde allá arriba, alguien o una entidad que puede llamarse

Dios, Destino o Tiempo. Bolívar ha sido conducido ahí por los acontecimientos, por los hechos históricos de su país, pero también por el pensamiento de tantos hombres ilustres que le precedieron, por tantas obras literarias, filosóficas y jurídicas que ha leído y ha querido imitar, los prosistas ingleses y franceses, los filósofos y poetas griegos y latinos antiguos, por los empíricos y los ilustrados, por los grandes poetas que le prestaron el desenvolvimiento de su lenguaje, donde debe encajar su pensamiento y su sentimiento, su capacidad analítica y su visión de lo que puede ocurrir en esta parte del mundo.

CAPÍTULO VI

PREPARACIÓN A LA EPOPEYA

Bolívar es un hombre joven, con treinta y ocho años, en plenas facultades intelectivas. Ha escrito cientos de cartas, proclamas, manifiestos, ha disfrutado del cariño y la pasión de bellas mujeres, se ha divertido con sus amigos en su juventud, ha reído y disfrutado de charlas y amoríos, sus recuerdos lo reciben bien, van también sus pensamientos hacia la casa natal de Caracas, a los cuidados que le prodigó su noble familia, a sus correrías por el patio infantil sembrado de naranjos y geranios, granados y azahares, los cariños de su madre María Concepción, tan delicada, que la muerte visitó a tan tierna edad; a los cuidados de la negra Matea y de la negra Hipólita; a los afanes de sus tíos, de sus padrinos, a todos les tiene en un pedestal de ternura, los ve ubicados a veces entre nubes, coronados de una aureola; también ve a su joven esposa que abandonó este mundo siendo tan lozana; su cutis lo comparaba con la suavidad del pétalo de una flor, la misma que palideció hasta caer víctima de una terrible enfermedad, la tisis, lo cual sumió a Simón en una tristeza prolongada, en una melancolía intemporal.

Mientras deja la adolescencia, Simón se percata, poco a poco, de las cosas que ocurren a su alrededor, de los maltratos de los negros esclavos, del desprecio hacia los humildes, las injusticias que se cometen a diario con las personas desprotegidas e inocentes, víctimas de enfermedades funestas. Él, en cambio, tiene una posición privilegiada, viste ropas elegantes, no le falta el alimento, disfruta de una educación fina y de paseos a bosques y ríos, montañas y plazas; en su casa lee libros de versos, filosofía y epopeyas, casi todo lo tiene al alcance de la mano, pero casi nada de aquello lo podía compartir con el pueblo oprimido, sumido en carestías de todo tipo. Recordaba bien a sus maestros y tutores, Andrés Bello y Simón Rodríguez, que le educaron en primeras letras e historia universal y le fueron guiando en sus primeras destrezas literarias, ideas y pensamientos, ejercidos mediante una libertad de espíritu que, finalmente, cuando ya Simón no es un adolescente sino una mente cultivada, permite que su espíritu se encamine decididamente hacia la acción política y militar. Siempre agradeció esas primeras enseñanzas, tanto del amor familiar como de sus tutores. Andrés Bello se había marchado a Londres y luego a Chile; en cambio Simón Rodríguez siempre estuvo cercano y le acompañó en varios proyectos para educar al pueblo.

* * *

Bolívar se dirige al fogón donde se calienta el café y se sirve una taza, aprecia el aroma de la infusión y luego sorbe la estimulante bebida; su rostro refleja serenidad, pese a la preocupación que le embarga y las decisiones puntuales que debe tomar para armar la estrategia de la batalla. Lo urgente ahora es hacer coincidir en un punto las fuerzas patriotas, pues el reino de España, humillado por los soldados venezolanos en Boyacá, se prepara a dar otra batalla y esa batalla hay que darla cueste lo que cueste, pues ese triunfo debe sellar la dignidad de nuestros soldados, de nuestros ciudadanos y de nuestro pueblo que ya no tolera más humillaciones. Ya habían transcurrido

once años de combates permanentes, ya se había instalado el Congreso de Angostura, entonces no hay tiempo que perder. Hay que aprovechar el declive moral de España y su pérdida de poder en Europa, mientras que los soldados venezolanos son bravíos, gente del pueblo con ideales y la moral en pie, siempre.

Bolívar dispone todo para fundar su primer cuartel general en San Cristóbal. Reanuda las negociaciones para cumplir el armisticio con las debidas garantías y seguridades para Colombia. Pablo Morillo acepta encontrarse entonces con Bolívar. Se interna Morillo hacia Carache y Bolívar luego se desplaza hacia Sabana Larga. Eran territorios neutrales. Al fin se encuentran y se saludaron respetuosamente, de acuerdo con los códigos éticos de la guerra, e hicieron el pacto, firmaron el armisticio. Luego se separaron, llevando cada uno un orgullo diferente.

En diciembre de 1820 Morillo abandonó el país, lo cual fue un duro golpe para la Corona española. Entonces nombraron a otro en el puesto de Morillo: el general Miguel de La Torre, hombre fuerte, de espíritu decidido pero que no podía compararse con Pablo Morillo, ni en veteranía ni en resistencia. Bolívar está convencido de que ahora, mucho menos, se podía llegar a un acuerdo con De La Torre para lograr que se cumpliese cabalmente el armisticio. De hecho, este queda roto, lo cual da ventaja al ejército venezolano. Entonces las hostilidades de ambas partes se reactivan justo un día de abril del año 1821.

Las tropas del general Miguel de La Torre superan a las de Bolívar, por lo cual Bolívar se empeña en hacer converger a todas las divisiones de su ejército. Desde su cuartel general en Boconó imparte órdenes para que el ejército de oriente, comandado por Bermúdez, entre en la campaña sobre la capital, invadiendo por Barlovento. Por otra parte, a Monagas y a Zaraza, al frente de las caballerías del alto llano, les pide llevar la guerra a las comarcas de Calabozo y Orituco; mientras que al general Rafael Urdaneta le ordena

organizar su división en Maracaibo para acometer Coro, y al coronel Carrillo en Trujillo le informa que debe apoderarse de Barquisimeto y El Tocuyo.

Una vez de dictadas todas estas órdenes, Bolívar se dirige a Barinas.

—Ahora debo marchar a Barinas a inspeccionar las tropas acantonadas —les dice.

Al llegar allí logra el cometido y baja a Achaguas a encontrarse con José Antonio Páez, para movilizar pronto al ejército de Apure.

—Le felicito una vez más por esta iniciativa, general Bolívar —dice Páez—. Solo así podemos vencer al enemigo, con la unión de todos.

—¿Cómo se encuentran sus soldados, general Páez?

—Al pelo, mi general, esos soldados están deseosos de pelear otra vez, y están conscientes de la responsabilidad enorme que tienen ahora. Mírelos nomás, parecen unas fieras...

—Sí, general Páez, ya veo soldados conscientes. Eso es lo que necesitamos. Ahora hay que avisar a la gente que está en Nueva Granada para que se vayan organizando —confirma Bolívar.

—Por la tarde tenemos aquí una buena carne en vara, y una yuca suavecita como una seda, con ají, que da bríos —invita Páez.

—Estaré con ustedes, Páez, nos vemos por la tarde —dice Bolívar.

Bolívar estará ocupado escribiendo las comunicaciones a Carreño, Montilla, Torres y Santander, que están en Nueva Granada. Y también a Antonio José de Sucre, que se encuentra en Guayaquil. Después va a cumplir la cita con Páez, a comer carne con los llaneros. Los hombres del regimiento de Páez, los lanceros, parecen gigantes mitológicos, se sirven los trozos de carne casi cruda, comen de pie, desgarran los jirones de carne succulenta como si fuesen fieras, ríen, hacen chistes gordos que solo entienden ellos; luego se emborrachan y no toman en cuenta para nada la presencia de los demás. Los soldados ingleses que acompañan a Bolívar los miran y

arrugan la cara, no pueden entender de dónde sacan tantas fuerzas, como si hubieran sido paridos directamente de la tierra y estuviesen amamantados por el cielo, que se hartaran de montañas y ríos, son unos hombres que han nacido para dar batalla y hablan en un lenguaje incomprensible, gestos ariscos, sus risas estrepitosas atraviesan las demás conversaciones y ponen un cerco a los otros asistentes al almuerzo. Nadie dice nada de ellos. Los ingleses los miran de reojo y sonríen de soslayo.

Mientras Bolívar está en lo suyo, los generales españoles De La Torre y Morales ocupaban Calabozo con cinco mil soldados, mientras otras divisiones suyas iban para San Carlos, Araure y Caracas. De La Torre había montado su cuartel general en San Carlos.

En aquel momento, Carlos Soubllette había sido nombrado presidente de Venezuela. Bolívar está en contacto permanente con él, mientras decide regresar a Barinas con algunos batallones, pendiente siempre de los movimientos del enemigo; tomando él la ofensiva, nunca a la defensiva.

En el mes de mayo, el general De La Torre sale para San Carlos encabezando a dos mil combatientes, para luego incorporar a Araure, ordenando a su primer oficial no perder de vista a Páez, para él muy peligroso.

—Al general Páez hay que ponerlo siempre en jaque —recalca De La Torre al general Morales—. Este hombre es muy sagaz. Hay que atravesar como sea el río Apure.

En efecto, De La Torre marcha hacia Barinas con la idea de combatir a Bolívar primero y luego a Páez, a las tropas del llanero que se encuentran en la Plaza de Barcelona y se mueven de improviso.

Mientras tanto, en las tropas patriotas, Bermúdez sigue las instrucciones del presidente Soubllette de invadir Barlovento desde el valle de Caracas, para obligar a las tropas realistas a atrincherarse. En efecto así lo hace: las persigue y les da alcance en un sitio llamado El Guapo, destroza sus refuerzos y

se apodera de la capital. Los enemigos españoles huyen hacia Aragua, y ahí mismo cae de nuevo sobre las tropas del brigadier enemigo, Correa. Entonces las tropas realistas se desesperan.

Por esta sola acción, que demandaba tanta estrategia, fortaleza y valor, Bermúdez es considerado un héroe. En La Victoria y San Mateo es aclamado como tal.

Pero los realistas no se quedan quietos. De La Torre y Morales responden a la acción patriota, para quitarse de encima la sorpresa de que han sido víctimas: responden contraatacando a Bermúdez que se repliega, pues está agotado después de once horas de lucha y movimientos, retirándose, contrariado. Pero Morales no le da tregua y lo persigue. De pronto recibe una orden del general Soublotte que le pide retirarse y dirigirse a Guarenas, donde su coterráneo Arismendi lo está aguardando con refuerzos.

Entonces con esta acción los realistas recuperan Caracas.

A todas estas, Bolívar se encuentra en Guanare dando tiempo a que el ejército de Páez se incorpore. Pero el general De La Torre ya había llegado al pueblo de Araure. Se venían tejiendo las operaciones decisivas en ambos bandos. De inmediato Bolívar ordena al general Cedeño apoderarse de San Carlos, ciudad que ha quedado sola. Cedeño obedece, ejecuta la orden exitosamente, toma a San Carlos y entonces Bolívar decide establecer en esa ciudad el cuartel general para dar la batalla que decidirá la suerte de Venezuela.

De La Torre se desconcierta otra vez. Quiere reunir a todas sus fuerzas para enfrentar a Bolívar y sale directamente de donde se encuentra, El Pao, hacia Valencia para ahí mismo, en las sabanas de Carabobo, establecerse para el enfrentamiento que se avecina. La decisión de los ejércitos enemigos ya estaba tomada: aquel lugar, aquellas arenas soleadas, amplias, serían el lugar para dar la batalla determinante.

Era un lugar sagrado para la gesta revolucionaria venezolana, pues allí había tenido lugar el llamado Sitio de Valencia en los meses de junio y julio del año 1814, donde los venezolanos habían salido victoriosos. ¿Querían dar de nuevo la batalla en el mismo paisaje, en la misma tierra? ¿Querían quizá una venganza por un triunfo que los atormentaba? Aquello tenía todos los rasgos de un acto de arrogancia por parte de los españoles. Pues ahí mismo De La Torre se puso a esperar divisiones de ayuda provenientes de Araure, dando así a sus contrarios una ventaja. ¿Estaban conscientes de ello o solo era un ardid? Ahí se quedaron, sin hacer ningún otro movimiento, mientras Bolívar estaba aguardando en San Carlos la incorporación de otros cuerpos a su ejército. Los campamentos de uno y de otro se hallaban distanciados por unas once leguas aproximadamente, y la gente, al pasar cerca de ahí, podía ver con claridad cada uno de estos campamentos, que en cualquier momento iban a entrar en choque.

CAPÍTULO VII

BATALLA DE CARABOBO

1

A comienzos de junio se produce un suceso digno de espectáculo: José Antonio Páez llega con un ejército desde Achaguas hasta San Carlos con un contingente de mil quinientos jinetes, mil infantes, dos mil caballos y cuatro mil novillos como aporte al ejército de la patria. Poco a poco comenzaron a incorporarse las divisiones de Urdaneta y Carrillo. Bolívar entonces estaba sumido en una espera que parecía interminable, y metido en una nube de recuerdos, y al presenciar la llegada de Páez su espíritu militar se aviva, se prestó a recibir a todos aquellos que van donar sus esfuerzos para avanzar sobre el enemigo. El ejército crece, se organiza, y Bolívar contempla con orgullo todo el contingente de hombres, armas y bastimentos. Primero arriba Bermúdez, después José Laurencio Silva, y así, sigue recibiendo la llanura de Taguanes a hombres que suman seis mil soldados, a quienes da ánimos y bríos, pasando revista a todos ellos, con el pecho inflamado de orgullo.

Los oficiales y soldados vistieron sus mejores ropas; a Bolívar se le aguaron los ojos de emoción presenciando todo aquel desfile de dignidad en aquellos hombres, que durante tantos años habían luchado por su emancipación: estaban allí puntuales cumpliendo con su deber. El sol inclemente caía sobre los sables, las banderolas, las divisas, las bayonetas, los botones dorados de los uniformes, los penachos de colores, las banderas, las bandas marciales de los batallones que dejaron oír sus acordes mientras se efectuaba aquella marcha popular, que tantas veces les infundió ánimos para lograr la victoria; los ecos de aquellos arpegios vibraban en el aire de aquel grito popular, que repitió su eco por todo el ejército:

—¡Viva la libertad! —se elevó el gran coro de voces recias.

Al oír esto Bolívar contuvo como pudo sus lágrimas, orgulloso. Bien había valido la pena aquel esfuerzo para luchar ahora por la victoria de nuestro pueblo, de nuestro país y quizás de nuestro continente, libres todos algún día no muy lejano. Luego, al lado de sus oficiales y generales, se dio a la tarea de componer el ejército en divisiones bien definidas. Estas eran:

Primera división, general de división José Antonio Páez, compuesta por:

1. Batallón “Bravos de Apure”, teniente coronel Juan José Conde.
2. Batallón “Cazadores Británicos”, coronel Tomás Farriar.
3. Regimiento de Caballería “Honor”, teniente coronel José Cornelio Muñoz.
4. Regimiento de Caballería “Muerte de Guasdalito”, coronel Juan Pablo Burgos.
5. Regimiento de Caballería “Venganza de Mantecal”, coronel Juan Briceño.
6. Regimiento de Caballería “Cazadores Valientes de Apure”, teniente coronel José María Angulo.
7. Escuadrón de Caballería “Húsares de Apure”, coronel Guillermo Iribarren.

8. Regimiento de Caballería “Guías de Apure”, teniente coronel Facundo Mirabal.

Los escuadrones llaneros estaban dotados de mil quinientas lanzas llevadas por los mismos héroes de Mucuritas, la Mata de Miel y las Queseras: ahí estaban otra vez Mellado, Figueredo, Iribarren, Gómez, Muñoz Tébar, Bravo y Pedro Camejo, conocido también como “Negro Primero”.

Segunda división, general de división Manuel Cedeño, integrada por:

1. Batallón “Tiradores”, teniente coronel Rafael de Las Heras.
2. Batallón “Boyacá”, teniente coronel Ludwig Flegel.
3. Batallón “Vargas”, teniente coronel Antonio Gravete.
4. Escuadrón de Caballería “Sagrado”, coronel Francisco Arismendi.

Tercera división, coronel Ambrosio Plaza:

1. Batallón “Rifles”, teniente coronel Arthur Sandes.
2. Batallón “Granaderos de la Guardia”, teniente coronel Juan Pantaleón.
3. Batallón “Vencedor de Boyacá”, coronel Johannes Uslar.
4. Batallón “Granaderos de Colombia”, coronel Francisco de Paula Vélez Carbonell.
5. Batallón “Anzoátegui”, teniente coronel José María Arguindegui.
6. Regimiento de Caballería “Guardia de Honor”, coronel José Rondón.

Esta división recién había llegado de combatir en Santa Marta y Cartagena, al mando de Arthur Sandes.

A todas estas divisiones Bolívar las visitó una por una, mirando a los ojos de cada uno de los generales, oficiales y jefes, estrechándoles las manos y transmitiéndoles confianza, uno a uno. Los soldados veían a Bolívar con respeto y admiración y él les correspondía con una mirada penetrante, una palmada en el hombro y un apretón de manos a través de los cuales les comunicaba lo mejor de sus sentimientos.

Bolívar era un hombre delgado y de baja estatura, pero su personalidad moral e intelectual se elevaba por encima de su ser físico, caminaba con reciedumbre y nunca daba traspies; a veces se quitaba el sombrero para que el viento lo refrescara y para estar más despierto, aunque el sol estaba recio, los rayos caían implacables en aquella llanura pelada por donde se deslizaban lagartos, culebras y bichos de toda especie.

La presencia de los caballos constituía un espectáculo aparte: las bestias bufaban y sus ojos saltaban de sus órbitas enormes, los párpados de los potros, yeguas y mulas se abrían y cerraban con mínimos movimientos, con esa ternura peculiar de los caballos, animales sin cuya presencia los seres humanos eran casi nada, y le otorgaban a la lucha un sentido completo, como si fuesen presencias enviadas por dioses para ayudar a hombres y mujeres a hacer el mundo más llevadero: símbolos inefables de designios aun no conocidos.

Bolívar se reunió luego con los oficiales para trazar las primeras estrategias, adjudicándole a cada uno de ellos sus responsabilidades. El general Mariño era jefe de las provincias de Oriente; el coronel Briceño Méndez era secretario de Guerra y fungía como jefe del Estado Mayor General del Ejército; el coronel Andrés Ibarra sería el edecán del Libertador. También estaban ahí el general Juan José Conde; los comandantes Ibáñez y Umaña, mientras que el capitán O'Leary cumplía funciones de ayudante de campo. Bolívar no podía recordar el nombre exacto de cada uno de los soldados, pero a vuelo de pájaro distinguió a Acevedo, Calderón, Briceño, Andrade, Meyer, Flinter Asdown, Minchi, Day Gonell, Alcántara, Sagarzasu, Celis, Zárraga, Rangel, Arráiz, Ramos, Melián y Flores.

En el bando contrario el ejército, comandado por el general Miguel de La Torre, estaba compuesto de la siguiente manera:

Escuadrón del general, teniente coronel Jacinto Perera.

División de Vanguardia (refuerzo del flanco), brigadier Francisco Tomás Morales:

1. Batallón expedicionario “Burgos”, teniente coronel Joaquín Dalmau.
2. Batallón del país “Cazadores del Infante Francisco de Paula”, teniente coronel Simón Sicilia.
3. Regimiento de Caballería “Húsares de Fernando VII”, teniente coronel Ramón Calderón.
4. Regimiento de Caballería “Lanceros del Rey”, teniente coronel Tomas de Renovales.

Primera división, teniente coronel Tomás García:

1. Batallón expedicionario “1.º de Valencey”, teniente coronel Andrés Riesco.
2. Batallón expedicionario “Barbastro”, teniente coronel Juan Nepomuceno Montero.
3. Batallón expedicionario “Hostalrich” (refuerzo del flanco), teniente coronel Josef Istúriz.

Quinta división, coronel José María Herrera:

1. Batallón del país “Príncipe”, teniente coronel Diego Fragoso.
2. Escuadrón de Caballería “Cazadores de Guías del General”, teniente coronel Domingo Loyola.
3. Regimiento de Caballería “Dragones Leales a Fernando VII”, teniente coronel Antonio Gómez.
4. 6.º Escuadrón de “Artillería Volante” (dos piezas), capitán Inocencio Mercadillo.

* * *

El ejército patriota desfiló hasta horas de la noche; horas que transcurren lentas, como si las mordieran las sombras, como si las tinieblas las azuzaran para que fluyeran raudas, y dejaran ver el esperado día de la gran batalla.

El día despuntó en medio de una enorme brisa, que arrasaba a su paso con mogotes de paja y ramas secas, cenizas, virutas formando pequeños remolinos en los patios; las lagartijas corren a ras de tierra y se encaraman en los yabos, cujjes y dividives; por allá un grupo enjuto de cardones parece implorar algo al cielo; las ventiscas baten un polvillo que se mete en todas partes, hasta en los ojos de los soldados, emitiendo soplidos que hacen sonidos agudos, como minúsculos silbidos que vuelan hacia los oídos de los soldados.

El ejército se va poniendo en movimiento. Los soldados dejan en el campamento los equipajes para ir a buscar las armas; van recorriendo las distancias que separan una llanura de la otra, y parecen no experimentar ningún temor, más bien la llanura los incita, los llama a la pelea. Los caballos relinchan, las mulas se encabritan. Los hombres del ejército patrio ya conocen ese terreno; han ganado batallas ahí y se sienten por ello más seguros. Al irse incorporando más y más soldados, empiezan a dar vivas, a proferir gritos de alegría acompañados de muecas grotescas o cómicas, como si estuvieran en medio de una representación concebida de antemano por la historia, o como si la historia se hiciera o se escribiera por sí misma, con sus propias leyes indescifrables.

Unos entonan coplas cantadas a sus pasados héroes, a los triunfos que habían tenido antes, y con ello se daban ánimo; el pueblo siempre ha sabido ingeniárselas para comunicarse la fuerza y el orgullo, como si estuviesen celebrando un triunfo anticipado con gritos de contento, gastándose bromas entre ellos en un lenguaje cifrado, con modismos y dichos que solo el pueblo puede comprender.

* * *

Miguel De La Torre distribuye sus fuerzas de modo que cubran al oeste el camino a San Carlos, y por el sur el de El Pao. La primera línea defensiva de los realistas va a ser dirigida por el teniente coronel Tomás García, organizada en tres batallones principales: el primero, Valencey, está a cargo del

teniente coronel Andrés Riesco, por el sur; mientras a la derecha se sitúa el batallón “Hostalrich” comandado por Francisco Illas; más dos piezas de artillería colocadas en una altura delante de la línea formada por Valencey y el Barbastro. En la vía de El Pao los realistas colocaron a la dirección de vanguardia, comandada por el brigadier Tomás Morales, quien contaba con dos batallones principales y de reserva. El batallón primero del Infante, a cargo del coronel Simón Sicilia, y detrás de ella se situó un batallón llamado El Príncipe, mientras la reserva quedó integrada por cuatro regimientos del batallón Burgos, cerca del cuartel general realista.

Por su parte, Bolívar reorganizó su ejército en tres divisiones, la primera a cargo de José Antonio Páez formada por los batallones “Bravos de Apure” —comandado por Francisco Torres—, y el batallón inglés conformado por cazadores británicos comandados por Thomas Farriar, y siete regimientos de caballería. La segunda división iba a la cabeza Manuel Cedeño, se constituía por los batallones “Tiradores” —bajo el mando del polaco Ludwig Flegel— y Vargas, conducida por el coronel Antonio Gravete. Una tercera caballería, bajo las órdenes de Ambrosio Plaza, está constituida por cuatro batallones: “Rifles”; “Granaderos” de Colombia, a donde iba Francisco de Paula Vélez; uno llamado “Vencedor” dirigido por el coronel alemán Johann Von Uslar; y el “Anzoátegui” comandado por el coronel irlandés Arthur Samdes.

El día de la batalla, Bolívar arrojó una mirada de reconocimiento para ver cómo se habían ubicado los realistas y concluyó que su posición por el frente y por el sur era inexpugnable, y que más bien avanzaran sus divisiones por el flanco derecho, que estaba descubierto, con el fin de desbordar el ala izquierda de sus contrincantes, mientras la división de Plaza continuaba por el centro en posición de ataque.

Después de haber estudiado bien la estrategia para la batalla, Bolívar determina con precisión las características del terreno donde se va a librar la lucha. Para llegar a este terreno, se debía pasar primero por varios

obstáculos naturales que se convertían en inconvenientes de primera magnitud: complicadas quebradas situadas en una sierra, llamada la Serranía de las Hermanas, y luego penetrar por un desfiladero llamado Buena Vista, donde desde el punto de vista de Bolívar, se podía contener a todo un ejército, para luego tomar un camino muy tortuoso poblado de bosques de zarza.

El general español De La Torre se fijó en aquellos detalles del terreno por donde debía avanzar para acceder al sitio de la batalla, y entonces Bolívar le dejó libre la vía, conformándose con defender la entrada del llano. De La Torre entonces cayó en la celada. El general español venía de defender un destacamento en Tinaquillo, por lo cual decidió concentrar allí todas sus fuerzas. Se replegaron todos allí y entonces nuestro ejército patriota pudo ver el despliegue completo de sus contrarios. Fue así como de súbito se escuchó un enorme alarido colectivo, surgido de la garganta de nuestros soldados, cuyos ecos llegaron a los oídos del ejército enemigo, un grito al unísono de seis mil combatientes, que signó para siempre aquel trascendental momento.

Mientras tanto, Bolívar estudiaba la situación del enemigo, analizando los detalles de la posición que ocupaba la llanura de Carabobo, la cual se ofrecía como una gran extensión a una distancia de seis leguas de la ciudad de Valencia. Por ahí mismo hay también otro camino que conduce a San Carlos, mucho más lejos, y más adelante, hacia el oriente, otra ruta conduce hacia El Pao. Ambas despegan de Carabobo, pero primero hay que arrasar la planicie repleta de matorrales intrincados, donde serpentean también pequeñas colinas. El acceso hasta allí es arduo, pero ese trabajo hay que hacerlo, pensó Bolívar, es ineludible, ya De La Torre se habrá dado cuenta de eso. De hecho, Bolívar más tarde se apercibió de que De La Torre disponía los regimientos escalonadamente, para poder apoyar sus artillerías.

Los oficiales venezolanos podían apreciar bien los regimientos del ejército contrario: sus batallones y escuadrones de húsares. Sus carabineros

reforzaban las líneas tras de las cuales se hallaban otros regimientos, como el Burgos y el resto de su caballería. Al fondo de la planicie, se divisaban las tiendas de campaña y el parque donde habían puesto sus provisiones. Bolívar y el resto de los generales patriotas consideraban que el enemigo tenía un plan bien trazado, que De La Torre y todos los jefes españoles confiaban en la superioridad de su poderosa infantería, que desea salir a combate en el terreno, y así sacáramos la totalidad de nuestras armas, para batirnos de una buena vez, ya que carecíamos de una artillería. Entonces, en ese sentido, nos llevaban ventaja.

Sin embargo, De La Torre ya había desmembrado en una ocasión a su ejército para ir en busca de un auxiliar suyo, que estaba varado en San Felipe, el coronel Lorenzo. Pero de cualquier modo nos superaban en número, con más de cien mil combatientes y segmentos bien organizados. El ejército venezolano alcanzaba una cifra similar, pero ellos estaban mejor resguardados por las colinas y podían accionar la artillería primero que nosotros, razón por la cual nos veíamos obligados a llegar al campo de batalla antes que ellos.

El Libertador tenía una duda a este respecto: no sabía si forzar las fuerzas contrarias a colocarse en el frente o retardar la operación, una vez ubicados los diferentes cuerpos de batalla; o si por el contrario, De La Torre esperaba un primer ataque de Bolívar, y ante esta dubitación Bolívar tenía que decidir una de las dos: entonces decidió envolver al enemigo por uno solo de los flancos, asumiendo todas las consecuencias de esta acción, responsabilizándose de los peligros que esto conllevaba. Ahora lo urgente era acercarse a la posición enemiga, intentando ganar el camino de un bosque situado al oeste de la vía hacia San Carlos, cuya entrada no estaba tan lejos del terreno principal, defendido por el ejército realista. Había entonces que atravesar el pequeño bosque, para poder llegar hasta la cima de una colina donde también estaban aguardándolo las fuerzas enemigas; en fin, no había otra salida

que la de seguir por esta sin ninguna protección, hasta penetrar por el cauce de una quebrada angosta y pedregosa, que dificultaba el acceso al llano.

Entonces la división de José Antonio Páez asume el reto de internarse por esta trocha, mientras el resto del ejército amenaza de frente en sus posiciones a De La Torre. Se produce en este momento el primer fuego de la batalla: la artillería realista dispara sobre la primera división. La batalla está por comenzar.

Páez continúa adentrándose por la trocha, venciendo todos los obstáculos que se oponen a su marcha, mientras que los otros cuerpos de soldados permanecen en el camino principal, cuidándose de los nuevos ataques del enemigo. Los generales Plaza y Cedeño aguardan el momento oportuno, listos, con los sables en sus manos, para precipitarse al frente de sus respectivas divisiones y dar inicio al combate.

Simón Bolívar, desde su caballo Palomo Blanco, sigue atento a los movimientos de Páez a través de aquel dificultoso terreno. En un momento de suma expectación, no obstante, permanece sereno, confiado en sus hombres aguerridos y aguardando el momento justo para moverse con sus tropas. El tiempo pasa lento, cada segundo se alarga; cada minuto late entre la sístole y la diástole de los soldados; el tiempo mismo se convierte en un campo de batalla: ya no existen segundos o minutos sino una palpitación crispada ante la cual hay que tener nervios de acero. Cuarenta, cincuenta, sesenta minutos han transcurrido, que no se parecen al tiempo medible.

Ahora, por fin, se escuchan a lo lejos los fuegos de la artillería realista, inconfundibles, tronando profundamente. Bolívar debe aguardar aún más. Los soldados están impacientes, muchos de ellos no entienden el porqué de tanta espera. Ya casi es mediodía, y una quietud parecida al desasosiego se apodera de todo. Bolívar confía en Páez, en su fortaleza para las acometidas de vanguardia. Siguen los rugidos de los cañones, continúa el estrépito de las descargas enemigas, y más allá de estos sonidos graves se percibe un ruido

como cortado a trozos, un murmullo de voces creciendo poco a poco que se hace más vivo y crece, crece, se dilata, aumenta hasta mezclarse a una energía electrizante, emotiva, que celebra otra victoria de Páez al frente de la vanguardia. Entonces los soldados vitorean, lanzan exclamaciones de triunfo. Justo en ese momento Bolívar da la orden a las divisiones de Plaza y Cedeño de abalanzarse para que tomen la trocha abierta por Páez y vayan a sumarse a los combatientes triunfadores. Se había logrado proteger la entrada a la llanura. Los habíamos tomado por sorpresa una vez más.

Pero De La Torre no se rinde: ahora es cuando hay batalla por librar; entonces el español cambia las posiciones de su ejército, colocándose él mismo a la cabeza del batallón “Burgos” para ir velozmente a quitar a Páez de la entrada, que es muy angosta. Entonces Páez, delante de su batallón “Apure” marcha de nuevo a la vanguardia por el cauce de una quebrada, mientras el enemigo hace fuego sobre él buscando reducir su marcha, permanece varado ahí por unos instantes avanzando solo a pasos cortos, y sin poder contestar el fuego por carecer de frente; pero ahí va, usando sus artimañas, junto a su coronel Torres y sus hombres. Tampoco cuenta con la opción de retirarse, pues tiene en frente suyo al ejército español, ve cómo los batallones de ese ejército “Barbastro” y “Burgos” vienen al refuerzo mientras el batallón venezolano les hace frente, le responden con fuego cerrado. El batallón “Apure” se defiende del batallón “Burgos” cruzando bayonetas y rechazándolo; es atacado por segunda vez por los batallones “Hostalrich” y “Barbastro” y así permanece en un vaivén de ganar y de perder altura, no se sabe qué puede pasar, pero insiste en vencer sin saber a ciencia cierta si puede lograrlo. Es una lucha dura, encarnizada, donde las dos líneas de hombres se confrontan en una sola, se anudan con furia, las bayonetas se cruzan, caen soldados de lado y lado; llegado un momento se han acabado las municiones de ambas partes y entonces se caen a culatazos, a puños, a cachetadas, nada puede contener la cólera de los hombres. Páez está desesperado, los hombres se han desalentado por

completo y no se sabe qué puede suceder; los hombres del batallón “Apure” pierden terreno, reculan, se pierde la estructura de combate; en ese instante justamente hacen aparición, los hombres de la Legión Británica organizados por el coronel Farriar, que de inmediato se interpone entre ambos batallones enemigos que, ya exhaustos, se van disgregando y yéndose a otros sitios.

Poco después el mismo regimiento entraría en lucha, se propone fijar su línea de batalla usando el típico método inglés del orden: reposado, consciente, calculado. Entonando su marcha al ritmo de sus flautas hijas de su antigua Sajonia, la vieja Inglaterra, una melodía envolvente, maravillosa, que habla de antiquísimos triunfos. Ya los españoles han abierto fuego y los ingleses siguen impertérritos llevando el estandarte venezolano, que en este momento se convierte en un símbolo de esta epopeya. De La Torre ha ordenado disparar sobre la legión británica toda su furia, como si quisiera vengarse de aquel país, pero el coronel Farriar no parece dispuesto a permitirlo; no les da tregua y entonces se apea del caballo y les dice a sus hombres que arrojen al suelo sus morrales, les ordena que adopten la posición de rodilla en tierra.

—¡Rodilla en tierra! —grita Farriar.

Entonces los soldados ejecutan la orden con admirable precisión: de ahí en adelante la legión inglesa ejecuta su rol de muralla contenedora, de fortaleza inexpugnable. Aunque las balas enemigas caen sobre ellos y los aniquilan, parecen convertirse al mismo tiempo, por una suerte de transfiguración, en una montaña de cimientos humanos. Los nuevos soldados que se acercan a disparar lo hacen con mayor furia, aun sabiendo que la muerte les ha llegado. El coronel Farriar les grita:

—¡Firmes!

Pero al momento cae, muerto.

Varios comandantes toman el cuerpo inerte de Farriar, pero no pueden evitar ser abolidos, una y otra vez. Aquella acción no ha resultado en vano,

pues, pues los movimientos de la Legión Británica han servido para que el general Páez pueda organizar a su regimiento “Apure” y lo conduzca de nuevo a la pelea, a objeto de construir nuevas ventajas para la batalla. Se une Páez entonces a las otras dos Compañías “Tiradores” —encabezada por Heras— y adelantarse también a la División que ha de tomar parte en el combate, y entonces “Apure” va a juntarse a los ingleses justo cuando Páez les ha ordenado cargar otra vez las bayonetas.

El joven capitán inglés Milchin recibe directamente la orden de José Antonio Páez. Milchin en ese instante parece haber resucitado de entre sus hermanos ingleses para actuar y acometer con arrojo la orden impartida. Continúa la batalla hasta que sucesivos oficiales británicos yacen en el campo. Pero no todos han caído. Muchos de ellos han sobrevivido y vuelven a incorporarse, prosiguen en el ataque, pero más adelante van siendo abatidos hasta que la mitad de ellos caen al suelo, yertos.

Entonces los tres regimientos que vienen al rescate “La legión británica”, “Apure” y “Tiradores” avanzan al unísono con las bayonetas dispuestas: disparan con furia, hacen fuego, y así continúan los disparos como zumbidos gigantescos, causando estragos en ambas partes. Mientras esto tiene lugar en el seno de la infantería, un grupo de jinetes del regimiento de Páez, a donde corre el coronel Muñoz a la cabeza, llegan directamente a hacer frente a los “Húsares de Fernando VII” y a otros llamados Los Carabineros de la Unión a quienes el general De La Torre ha ordenado que ataquen la línea izquierda de nuestro cuerpo, que se hace efectiva y hace mucho daño y a la cual se suman los demás cuerpos del ejército español. Van con tanta furia, que Páez no puede oponerles demasiada resistencia con las armas de fuego, viéndose obligado a utilizar sus terribles lanceros. Al producirse el patético enfrentamiento, hace salir también a las bestias, los caballos y mulas que corren asustados en estampidas; unos solos, sin jinetes y otros conducidos por todos los jefes y oficiales de su plana mayor. Se precipitan

contra el ejército enemigo a rienda suelta, desbocados, como si los caballos también tuvieran voluntad militar y comprendieses todo cuanto ocurría en la llanura sangrienta, bufan y relinchan, abren los ojos desorbitados, allá van, enfrentados a la caballería enemiga en un violento encontronazo que produce un estrépito inmenso y se funde a la atmósfera, al aire trepando por los cielos, la luz del sol espléndida, como si hiriera el espacio. Es un momento decisivo que define el rumbo de cada uno de los dos bandos y se queda estampado en los gestos de los soldados, impregna la expresión de sus caras, pues la sangre ha manado a borbotones de sus cuerpos y los cadáveres tapizan el terreno de Carabobo y se acrecientan aún más, cuando algunos de los hombres de la infantería se incorporan del suelo para ver lo que sigue ocurriendo ante sus atónitos ojos, cuando toda la atmósfera, turbia de tierra revuelta, huele a pólvora y los bojotes de ramas arrastrados por el viento se unen a la sangre, el sudor de las bestias, y los alaridos de dolor van describiendo un aterrador panorama. De pronto se construye un silencio inquietante, una mudez trágica que emerge del paisaje, cuando el sol cae como un inmenso cuchillo implacable sobre la humanidad de los soldados vivos, y los soldados muertos.

Páez reacciona ante este panorama infernal para hacerse de su caballería, que ha salido a la llanura y quiere estar con sus hombres para darles ánimos. Son momentos de confusión coronados por gigantescas humaredas, nubarrones de polvo desde donde Páez ve salir, detrás de una gran nube de tierra negra, a la figura del teniente Pedro Camejo, el “Negro Primero”, uno de sus mejores hombres, que galopa con bríos hacia donde se encuentra Páez, pero el general llanero advierte que el caballo de Camejo va perdiendo velocidad, aprecia que el trote se hace más lento, los pasos de la bestia son cortos y las riendas caen de las manos de su jinete; a medida que se acerca con paso lento, Páez ve que la cabeza de Pedro Camejo está herida y de su nariz fluyen chorros sanguinolentos que manchan la piel del caballo y la

cabalgadura, destilando hacia la tierra. Camejo tiene los pies calzados en los estribos; su cuerpo se bambolea sobre la silla, pero no cae; el caballo ahora no corre, apenas trota; entonces el general Páez sale a su encuentro.

—¿Qué ocurrió, Negro Primero? ¿No quedan enemigos? —pregunta Páez como si a Camejo no le ocurriera nada, una pregunta puramente militar para levantarle la moral.

El caballo de Camejo se detiene, el cuerpo de Pedro se balancea en la silla, en la mano derecha aun sostiene la lanza de guerrero, abre los ojos por un momento, arroja la lanza a tierra, desgarrá su camisa con ambas manos para mostrar su pecho donde las graves heridas están abiertas, y nada de esto le impide articular sus últimas palabras dirigidas a Páez.

—¡Mi general! ¡Vengo a decirle adiós...! ¡Porque estoy muerto!

Caballo y jinete caen sobre el suelo, levantando una nube terrosa que va disipándose poco a poco, hasta dejar ver a los llaneros que se acercan haciendo gestos de triunfo, mientras los escuadrones españoles huyen como si hubiesen visto al mismísimo diablo.

Páez observa el cuerpo inerte de su amigo; su mente atrapa fragmentos de imágenes de lucha, de amistad, de combates, atrapa su semblante recio de hombre de pueblo, de la noble raza negra, de los indestructibles africanos que han sabido resistir los embates de la esclavitud, sojuzgados cientos de años por la supremacía blanca, y vendidos como mercancías para el trabajo duro y ahora se rebelan contra la opresión, cuando la historia escrita por los ganadores da un vuelco inesperado y ellos obtienen una migaja de libertad, y se libran así del oscurantismo occidental y ven esplender la luz de su justicia muy de vez en cuando; en una de esas oportunidades el gran Pedro Camejo llegó a simbolizar todo aquello para sus compañeros, para los criollos, para los indios, para los mestizos y para los blancos de orilla e incluso para los de extracción mantuana como Bolívar, que tomaron conciencia de las atrocidades de la esclavitud, para darles a los negros la oportunidad de

expresarse, de vivir, de respirar libres, de tener sus familias y de compartir de igual a igual con sus semejantes.

Páez, furioso, se yergue y mira en derredor como buscando una respuesta inmediata al dolor que le ha embargado por la muerte del gran soldado. Monta de nuevo su caballo y se pone al frente de su regimiento para embestir contra los “Dragones” y los “Húsares” del ejército enemigo, el cual huye desconcertado ante tal iracundia; los lanceros del general español Morales se baten en retirada en cuanto ven al centauro de los llanos arremeter contra ellos, como un demonio de otro mundo.

“El general Bolívar es un genio de la estrategia,” piensa Páez, ese señor hasta habría pensado los movimientos que yo estoy haciendo ahora en la batalla, ni yo mismo me imaginaba cuan furioso podía reaccionar ante la muerte de Pedro Camejo,” y que los generales españoles iban a huir como unos conejos. La enorme cantidad de caballos que había llevado Páez obstruyen ahora la entrada de la vereda donde se hallan internados, impidiendo el paso de nuevos escuadrones de patriotas.

* * *

Había tenido lugar el primer triunfo de la Batalla de Carabobo, logrado el primer objetivo. En vista de ello, Bolívar ordena a Plaza y a Cedeño no continuar por el camino que llevan, si no romper las densas malezas y seguir hasta las colinas, para darle a Páez más seguridad de su primera victoria. Ya De La Torre no cuenta con su caballería, y los batallones patriotas retroceden de improviso y de manera táctica. De La Torre continúa dando órdenes que sus soldados se niegan a cumplir, debido al temor que sienten de dirigirse a una muerte segura. Les suplica les grita, les ordena.

—¡Adelante soldados, a la batalla! —grita De La Torre.

Pero los soldados no se deciden, el miedo los paraliza. Pese a sucesivas insistencias del general, no logra infundir ánimos a sus hombres. Se esfuerza el

batallón “Hostalrich” pero rompe sus filas y huye, fuga que tiene consecuencias negativas en el resto de los suyos, pues el batallón “Burgos” también se niega a cumplir la orden, dudan, dan vueltas desordenadas, los caballos se agitan y relinchan de espanto, hasta que son blanco fácil para el ejército comandado por Bolívar.

Mientras tanto, en el otro bando, el regimiento “Infante” de los españoles se ve confrontado por el coronel Juan Uslar y por Arturo Sandes, ambos al mando de sus respectivos batallones, “Granaderos” y “Rifles” respectivamente, los cuales se internan al trote por una ruta diferente a la de la Primera División, las cuales marchan presurosas a rescatar a sus compañeros, llenos de confusión.

Entonces ocurre la primera gran debilidad del ejército español, y ello es aprovechado para que entre en acción decidida la Tercera División venezolana, que desea a toda costa tomar parte de la batalla, aunque ha llegado a destiempo, cuando todo está por terminar, y se lanzan al campo buscando algo de gloria, sobre todo al ver que los batallones españoles “Barbastro” y “Valencey” ya están declinando en las luchas, y se ven de inmediato atacados por un grupo de soldados: “Valencey” retrocede y “Barbastro” se rinde. Ambrosio Plaza se halla presente en la refriega junto a Páez, y es él quien cae abatido por una bala postrera que le estaba destinada. Su muerte sella la victoria y los soldados proclaman el triunfo.

—¡Cayó Barbastro, cayó el ejército español! —gritan los soldados nuestros.

Y el ejército extranjero se retira en medio de un rugido inmenso, aun no podían creer que hubiesen sucumbido ante las fuerzas de los hombres guiados por Bolívar, Páez y todos los generales y coroneles de los regimientos que habían conducido tan admirablemente aquel contingente de venezolanos y de aliados de todas las regiones del país, y otros del extranjero, a entregarse por completo a la independencia de Venezuela.

Bolívar y Páez proclaman su triunfo en medio de la aclamación de sus hombres, y van bajando lentamente a la llanura, una vez decidida la batalla. Bolívar y Páez se acercan y abrazan reciamente, y el ejército se empina en un solo clamor por la Independencia:

—¡Venezuela libre! ¡Viva la patria!

—¡Gloria a Bolívar! ¡Gloria a Páez!

—¡Honor al Negro Primero, vivan Farriar y los demás caídos! ¡Viva la revolución!

Seguían dando vivas a Ambrosio Plaza y a muchos otros soldados caídos en el campo de batalla. El sueño de independencia debía continuar. Los venezolanos habían mostrado su coraje y su inteligencia. Ahora tenían que dar la batalla de las ideas, de las leyes y de los valores. Había que crear una ciudadanía civilizada. Todas las regiones del país debían sumarse para configurar un nuevo mapa, una nueva geografía moral y espiritual. Las nuevas ideas bullían en el cerebro de Bolívar como luces en la conquista de nuevos espacios en los países hermanos, donde las oligarquías apoyadas por la corona española tenían sometidas a esas sociedades. De todo ello era consciente Bolívar. Ahora debía organizar nuevas entrevistas con sus hombres de confianza, con Francisco de Paula Santander en Colombia, y sobre todo con el joven mariscal Antonio José de Sucre que estaba en Quito, y amaba como si fuese su hijo.

2

En las filas del ejército hispano los hombres se revuelven en desorden, los regimientos están abatidos por una fuerza que ha surgido de una potencia casi sobrenatural; los generales Morales, Piñango y Manrique deponen sus armas y De La Torre es presa de la fatiga: todos escuchan las dianas del ejército vencedor, lleno de júbilo. Pero hay también una dignidad en la derrota, escuela para la reciedumbre, columna para corregir técnicas para el

enfrentamiento que vienen siendo heredados de los ejércitos de Europa: ingleses, franceses, alemanes, españoles e italianos que han peleado por mar y tierra. De ellos deben sacarse las conclusiones más exigentes para el arte de la guerra, en medio de aquella derrota, que es también emblemática, surge un hombre, un soldado, un individuo aguerrido que encarna la dignidad de España: se trata del coronel Tomás García, quien había aparecido como un fantasma gritando su nombre, haciéndose escuchar por todos. Sus compañeros le nombraban “El Moro” por el color oscuro de su piel. Tiene un carácter áspero, severo. Era el mismo que hacía poco había ordenado a sus soldados hacer un alto. Estos obedecieron y el regimiento logra pasar una cantidad enorme de fugitivos del ejército de Páez, para después formarse en cuadro con sus hombres, mientras es acosado por los soldados venezolanos que están dispuestos a destrozarlo. Él, entonces, emprende la retirada en plena llanura, sin un ápice de cobardía.

Tomás García se desplaza con los suyos entre una línea de bayonetas que constituyen una barrera humana, dispuesta a hacerle frente a todo en nombre de la bandera española donde hay mucho de dignidad, pues la guerra no se mide solo por la valentía y el arrojo, sino también por la dignidad de la lucha cuerpo a cuerpo, de la defensa de los ideales humanos sean cuales fueren, y Tomás García sale entonces a representar esa dignidad en el postrer momento de la batalla, surge como una suerte de símbolo de su país y de su pueblo y ello lo han reconocido Bolívar, Páez y los demás generales patriotas, que aun celebrando su victoria contemplan el campo de Carabobo como el depositario de más muertes y sangre, la llanura queda como una imagen grabada en los anales de la historia patria. Tomás García a la cabeza del batallón “Valency”, hizo revivir la batalla superando la fuerza física, y está dispuesto a seguir la lucha enfrentándose a los jinetes de Apure, que le responden con la braveza del caso: detonan las armas y las balas cumplen sus cometidos y la sangre fluye de lado y lado, las pieles se rasgan y dejan ver

toda su trágica rojez, su dolor, un inmenso padecimiento que abre la boca como un monstruo atroz; la iracundia de ambos cuadros se desgrana de nuevo en el terreno, y vuelven las lanzas a acometer su destino: el avance de los lanceros consiste en atacar y chocar con firmeza, hasta hacer retroceder, ganando una distancia que permite ir a una nueva embestida con mayor violencia, y ese proceder no lo conocen los españoles, pues es propio de los guerreros criollos que han aprendido en su tierra, estimulados por necesidades concretas donde participan mujeres, jóvenes, niños: en cada lanza hay una esperanza de libertad, en cada punta que se clava hay una resistencia heroica donde se acumula un ímpetu de justicia; cada vez que un lancero se empina sobre un caballo desnudo y emite su grito desgarrador, hay una esperanza de libertad.

Ante esto, el bravío Tomás García se repliega, no puede hacer nada, sus hombres caen y sus jinetes huyen, la tierra queda manchada con su sangre. Los españoles huyen precipitadamente por el llano y arriban al peligroso terreno que los conducirá a Valencia, para poder ir a esconderse en los bosques y salvar sus vidas; intentan reponer fuerzas para armar otra artillería, otros cañones que en Valencia aguardan.

En poco tiempo lo logran, y se preparan a una nueva embestida más terrible: al ponerse en movimiento las líneas de los jinetes llaneros, estas se cruzan con los grandes cuchillos de las bayonetas españolas y los soldados venezolanos deben soportar el fuego de los experimentados iberos, los inmensos disparos que se ejecutan desde un bosque y obligan a los nuestros a saltar sobre enormes zanjas y charcos y a quebrar y destruir malezas intrincadas, trepando, avanzando, los caballos se hieren en las patas, se confunden y relinchan y de súbito comienza un tronar en los cielos: el estrépito producido en la atmósfera anuncia una lluvia que cae sin piedad sobre el llano, dificultando aún más la acción de los hombres; entonces el agua hace aún más profundos los charcos y pantanos, se forman pequeños arroyuelos en

la tierra que hace que los pantanos impidan el desplazamiento oportuno de las bestias, los animales resbalan, caen, se levantan, vuelven a caer pero la lucha sigue, no puede detenerse, debe continuar a toda costa, hombres y caballos se confunden en un solo movimiento animal que teje su accionar con los truenos y la lluvia, el paisaje, los cielos poco a poco van despejándose como si alguna deidad desconocida dictaminara estos sucesos, impartiendo órdenes supremas desde el más allá, desde un designio cósmico, los venezolanos y españoles dejan ver una lucha como nunca antes se había presenciado, o como nunca antes se había concebido o alguien pudo imaginar, un destino que debía cumplirse porque sí, para que fuese presenciado por un juez universal.

Los soldados criollos se dan perfecta cuenta del papel que están cumpliendo en aquella refriega, y avanzan y deponen a punta de lanzas y embesitadas toda la artillería del batallón “Valency” y se van sobre ellos asumiendo el todo por el todo, ya no hay vuelta atrás, los destinos que van a cumplirse sean cumplidos. Atizados por un frenesí inédito, se les van encima; siguen los cañones españoles escupiendo fuego y las bayonetas tiros: caen muchos de los nuestros con estos terribles disparos y van rodando por la tierra mojada, pero la bravura venezolana se impone, ahora se han transmutado en unos seres coléricos que se imponen sobre los europeos y les hacen huir a muchos de ellos y abandonar la lucha, y los que se quedan deben correr la suerte de ser atravesados por las potentes lanzas. Tomás García y el general De La Torre sienten entonces todo el poder de estos embates capitaneados por Manuel Cedeño, el general oriental, a quien se suman todos los valerosos hombres de la contienda nacionalista: Diego Ibarra, Flores, Carvajal, Silva, Rondón, todos se integran en la destrucción de “Valency”.

Tomás García y Manuel Cedeño se encuentran metidos en una lucha descomunal, pues cuando el oriental entra en combate se inflama su cólera. Ya no llueve más, y el sol que se abre paso otra vez entre las nubes parece

indicarles que se ha abierto un nuevo compás para doblegar las fuerzas de Tomás García, que hace un esfuerzo titánico para sacudirse toda aquella tormenta de violencia sobre él y sus hombres. Y es entonces cuando Manuel Cedeño sella la victoria contra el “Valencey” y su bravura, pero sin saber que en la hora postrera de la batalla un tiro iba a alcanzarlo, una bala traicionera iba a dar contra su humanidad y a quitarle la vida antes de que pudiera ver su obra concluida. Él era el “bravo de los bravos” de Colombia, como lo había nombrado Simón Bolívar. Y al cerciorarse ambos bandos del trágico suceso de Cedeño, la batalla se paraliza por un instante. Ya las fuerzas españolas no dan más de sí, están bañadas en sangre; las nuestras se encuentran exhaustas y han perdido a varios de sus mejores generales y oficiales.

Entonces el poderoso batallón “Valencey” se retira, para volver a prepararse. Bolívar se percata del inmenso cansancio de sus hombres en la infantería.

—¡Monten sus caballos, nobles soldados! —ordena Bolívar—. ¡Hay que capturar a los asesinos del bravo de los bravos!

—¡Hay que vencer a García! —grita un soldado.

Entonces los soldados de los batallones “Granaderos” y “Rifles” vuelven por sus fueros para perseguir a Tomás García, que ha huido. Mientras tanto otros siguen a pie, marchan al trote, todos prestos a alcanzarlo. Pero el batallón “Valencey” ya había cobrado mucha ventaja, camino a Valencia. Recorren leguas y leguas tras ellos, buscan sus pistas por todas partes, descubren manchas de sangre en el camino, las cuales van marcando su ruta zigzagueante.

Finalmente llegan a posicionarse de unas casas en las afueras de Valencia. Hasta ahí llegan los soldados patrios, que han ido al galope tras ellos siguiéndoles los pasos. Tomás García se percata de la presencia de los soldados venezolanos, y se esconde junto con sus hombres detrás de unos muros carcomidos y empalizadas que se encuentran en aquellos terrenos. Los infantes venezolanos los acometen, no les dan tregua. Disparan contra

ellos sin piedad. Al no tolerar el ataque huyen del lugar, abandonando allí a varios de sus heridos. También han dejado allí un buen lote de su artillería, pero ya va lejos, García es muy astuto y se repliega con destreza. Se dirige a las montañas de la costa tras las huellas de sus compañeros que pretenden llegar a Puerto Cabello.

Bolívar pronto se da cuenta de sus intenciones y ordena a su ejército marchar hacia Puerto Cabello. Ya se encuentra ocupando Valencia con todo su ejército; deja a Mariño responsable del mismo mientras él y Páez se dirigen a Caracas, no sin antes explicar en detalle cuales son las operaciones que deben realizarse en Puerto Cabello. Total, la batalla ya estaba ganada, aunque sus cabecillas españoles habían huido hacia al puerto con miras a abandonar nuestras tierras, corrían a reunirse con otros paisanos suyos que obedecían las órdenes del rey de España.

3

Bolívar y Páez se hacen acompañar para su viaje a Caracas del batallón “Guardias”. En el camino van conversando.

—Los lanceros del llano dieron otra vez la talla —dijo Bolívar.

—Así es, Bolívar, esos hombres no fallan, son de una sola pieza —respondió Páez

—La lluvia complicó las cosas al final —dijo Bolívar.

—Las muertes de Cedeño y el Negro Primero fueron terribles, general, y desmotivaron por momentos a nuestros hombres —repuso Páez.

—Sí, perdimos a grandes hombres nuestros. Pero todos ellos ya tienen un lugar de honor en Carabobo, con todos los caídos. ¡La patria es libre! —exclamó Bolívar.

—¡Libre! —confirmó Páez, con un recio grito.

—Qué le pareció, Páez, cómo ese soldado Tomás García salió de repente de una nube de polvo, ¡como un fantasma!

—Impresionante, Bolívar, un hombre muy valiente...

—Y fíjese, hasta logró huir con el general De La Torre.

—Allá en Puerto Cabello están seguros, será muy difícil atraparlos, pues los están esperando. Todo eso lo tenían preparado...

Así siguen ambos, Páez y Bolívar, comentando detalles de la batalla. Acampan un poco más allá. Duermen en unos chinchorros que llevan, y unos pertrechos, traen bastimentos en los morrales, y se echan a dormir, junto a todo el batallón, para continuar camino al amanecer.

Al otro día, bien temprano, salen para Caracas llenos de nuevos ánimos. El día se ofrece ahora radiante, como si la aurora, con sus rayos refulgentes, supiera de los acontecimientos ocurridos y saludara ese aire de libertad que se palpa en el aire, limpio, renovado, de la patria que podrá ser. Provoca respirar profundo, tomar grandes bocanadas de aire nuevo, de brisa fresca y respirar otra patria, otra Venezuela libre, justa y pacífica.

Al ingresar a su ciudad natal, el corazón de Bolívar se inflama, una emoción le embarga al divisar las calles de la infancia; por donde transcurrieron sus correrías de adolescente, los cuidados de sus tíos y de amigos de la familia, los maestros y tutores, todo le hace amar aquella ciudad de techos rojos y de jardines aromados con limoneros y azahares, con acacias y jazmines, con naranjos y orquídeas, con las sonrisas de las muchachas, con los cariños de Matea e Hipólita; las recomendaciones de sus maestros Bello y Rodríguez. Levanta la frente hacia el cielo de Caracas y contempla aquel azul índigo, nítido, aquellas nubes arreboladas y felices y más allá el cerro Ávila, el Guaira Repano se yergue imponente, prestando un frescor al valle donde una brisa benéfica acaricia a sus habitantes.

Apenas ha recorrido algunas calles, la gente le reconoce y saluda; poco a poco el júbilo y la alegría van contagiando a sus habitantes, se hace una cadena de noticias con la buena nueva: Simón Bolívar está de regreso en la

ciudad y la gente sale de las casas contando con la posibilidad de verle; las gentes se asoman a las puertas de las casas o a los balcones; por allá se puede ver a unos ancianos blandir unas humildes banderas, y a unos niños brincando de alegría, y poco a poco se va diseminando la buena nueva del triunfo en la Batalla de Carabobo, que acrecienta aún más el reconocimiento popular.

—¡Viva Bolívar! —gritan.

—¡Viva la patria libre!

Bolívar bien sabía que aquel era solo un paso para otro proceso más complejo... tenía confianza en el pueblo y en muchos de sus colaboradores cercanos, pero no se llamaba a engaños en el momento de trazar nuevos planes y proyectos, a fin de reconstruir la sociedad venezolana. Debía contar con los hombres y mujeres mejor preparados: los más estudiosos y los más honestos.

Le habían llegado noticias a Bolívar para confirmarle que el ejército español, una vez derrotado en Carabobo, había ido a refugiarse en Puerto Cabello, y que la ciudad aún se hallaba tomada por los españoles. El fortín allá estaba sitiado por el enemigo desde hacía tiempo, y aun había mucho trabajo por hacer, tanto militar como civil.

A la mañana siguiente tomó el mismo una pluma y un papel de pergamino y escribió un informe sucinto de la Batalla de Carabobo para remitirlo al señor presidente del Congreso, cuyo contenido es:

Valencia, 25 de junio de 1821

Al Soberano Congreso:

Ayer se ha confirmado con una espléndida victoria el nacimiento político de la República de Colombia.

Reunidas las divisiones del Ejército Libertador en los campos de Tinaquillo el 23, marchamos ayer por la mañana sobre el cuartel general enemigo, situado en Carabobo, en el orden siguiente: La primera división

compuesta del bravo batallón británico, del Bravos de Apure y 1500 caballos a las órdenes del señor general Páez. La segunda compuesta de la 2.^a Brigada de La Guardia con los batallones Tiradores, Boyacá y Vargas y el Escuadrón Sagrado que manda el impertérrito coronel Aramendi, a las órdenes del señor general Sedeño. La tercera, compuesta de la 1.^a Brigada de La Guardia con los batallones Rifles, Ganaderos, Vencedor de Boyacá, Anzoátegui y el Regimiento de caballería del intrépido coronel Rondón, a las órdenes del señor coronel Plaza.

Nuestra marcha por los montes y desfiladeros que nos separaban del campo enemigo fue rápida y ordenada. A las 11 de la mañana desfilaron por nuestra izquierda al frente del ejército enemigo bajo sus fuegos; atravesamos un riachuelo que solo daba frente para un hombre, a presencia de un ejército que bien colocado en una altura inaccesible y plana, nos dominaba y nos cruzaba con todos sus fuegos.

El bizarro general Páez, a la cabeza de los dos batallones de su división y del regimiento de caballería del valiente coronel Muñoz, marchó con tal intrepidez sobre la derecha del enemigo que en media hora todo él fue envuelto y cortado. Nada hará jamás bastante honor al valor de estas tropas. El batallón británico, mandado por el benemérito coronel Farriar pudo aún distinguirse entre tantos valientes y tuvo una gran pérdida de oficiales.

La conducta del general Páez en la última y en la más gloriosa victoria de Colombia lo ha hecho acreedor al último rango en la milicia y yo, en nombre del Congreso le he ofrecido en el campo de batalla el empleo de general en jefe del Ejército.

De la segunda división no entró en acción más que una parte del batallón de Tiradores de la Guardia que manda el Benemérito comandante Heras. Pero su general, desesperado de no poder entrar en la batalla con toda la división, por los obstáculos del terreno, dio solo contra una masa de infantería y murió en medio de ella del modo heroico que merecía terminar la noble carrera del bravo de los bravos de Colombia. La República ha perdido en el general Sedeño un gran apoyo de paz o guerra, ninguno más valiente que él, ninguno más obediente al gobierno.

Yo recomiendo las cenizas de este general al Congreso Soberano para que se le tributen los honores de un triunfo solemne. Igual dolor sufre la República por la muerte del intrepidísimo coronel Plaza, que lleno de un entusiasmo sin ejemplo, se precipitó sobre un batallón enemigo a rendirlo. El coronel Plaza es acreedor a las lágrimas de Colombia, y que el Congreso le conceda los honores de un heroísmo eminente.

Disperso el ejército enemigo, el ardor de nuestros jefes y oficiales en perseguirlo fue tal, que tuvimos una alta pérdida en esta alta clase del ejército. El Boletín dará el nombre de estos ilustres.

El ejército español pasaba de seis mil hombres, compuesto de todo lo mejor de las expediciones pacificadoras. Este ejército ha dejado de serlo. Cuatrocientos hombres habrán entrado hoy a Puerto Cabello.

El ejército tenía igual fuerza que el enemigo, pero no más que una quinta parte de él ha decidido la batalla. Nuestra pérdida no es sino dolorosa: apenas doscientos muertos y heridos.

El coronel Rangel, que hizo como siempre prodigioso, ha marchado hoy a establecer la línea contra Puerto Cabello.

Acepte el Congreso Soberano en nombre de los bravos, que tengo la honra de mandar, el homenaje de un ejército rendido, el más grande y más hermoso que ha hecho armas en Colombia en un campo de batalla.

Tengo el honor de ser con la más alta consideración de Vuestra Excelencia, atento humilde servidor.

Simón Bolívar

A los pocos días de escribir este informe al Congreso sobre la formidable batalla recién librada, Bolívar piensa que sus palabras, por más elevadas o inspiradas que sean, no logran expresar cabalmente todo lo que ocurrió en el campo de Carabobo aquel día 24 de junio, ni siquiera de manera sumaria, concentrada o poética. Justo está pensando en esto cuando cae en sus manos por casualidad una copia de la comunicación que Pedro Briceño Méndez recién ha dirigido al vicepresidente interino de la República,

realizando un informe más detallado del importante acontecimiento militar. Ahí advierte que su nombre ha sido sustituido por las iniciales formales de su investidura. Con un gesto de curiosidad, el Libertador se pone a leer el texto del parte que reza:

Caracas, 30 de junio de 1821

A Su Excelencia el Vicepresidente Interino de la República

Desde el Tocuyito tuve la satisfacción de participar por una circular la gloriosa Batalla de Carabobo, y previene se transmitiera a V.E. tan plausible noticia. Las rápidas marchas que ha hecho S.E. y la multitud de atenciones de que he estado rodeado, me habían impedido hasta ahora cumplir con el agradable deber de dar a V.E. algunos detalles sobre aquella célebre jornada y las operaciones posteriores del ejército.

El enemigo, concentrado en Carabobo desde que fue expulsado de San Carlos, extendía sus partidas de observaciones hasta Tinaquillo, lo que le daba la ventaja de saber muy anticipadamente nuestra aproximación, que deseaba V.E. ocultarle para no darle tiempo de reunir las fuerzas que el señor general Bermúdez había atraído sobre Caracas, y el señor coronel Carrillo sobre San Felipe. Con este intento marchó el teniente coronel Silva el 19 con su destacamento a sorprender y a apresar la descubierta que diariamente hacía el enemigo hasta Tinaquillo. El comandante Silva llenó tan completamente su comisión que apenas pudo escapar un soldado de los que formaban la descubierta enemiga. El comandante de ella y cuatro hombres más, murieron en el acto; los demás quedaron prisioneros. Este suceso aterró de tal modo al enemigo que hizo retirar inmediatamente un fuerte destacamento con que cubría el inaccesible desfiladero de Buenavista.

El 23 se reunió en la marcha todo el ejército que se había movido en divisiones, y al amanecer el 24 nuestra Vanguardia se apoderó de Buenavista, distante una legua de Carabobo. De allí observamos que el enemigo estaba preparado al combate y nos esperaba formado en seis fuertes columnas de infantería y tres de caballería, situadas de manera

que enteramente se sostenían para impedir nuestra salida a la llanura. El camino estrecho que llevábamos no permitía otro frente que para desfilarse, y el enemigo no solamente defendía la salida al llano, sino que dominaba perfectamente el desfiladero con su artillería, con una columna de infantería que cubriría la salida y dos que la flanqueaban por derecha e izquierda. Reconocida la posición, S.E. creyó que no era abordable; observando que la colocación del ejército español, que éste no tenía el ataque sino por el camino principal de San Carlos, o por el del Pao, que salía a su izquierda, dispuso que el ejército convirtiese su marcha rápidamente sobre nuestra izquierda, flanqueando al enemigo por su derecha que parecía más débil.

El señor general Páez que mandaba la 1.^a División ejecutó el movimiento con una increíble celeridad, despreciando los fuegos de la artillería enemiga; pero era imposible impedir que el enemigo no corriese a disputarnos la salida a la llanura. Debíamos desfilarse por segunda vez, para atravesar un riachuelo que separaba la colina, en que había desplegado el ejército y la que dominaba el enemigo, siendo plana la cumbre de esta, daba al enemigo la ventaja de moverse fácilmente y de ocurrir a todas partes. Así fue que a pesar de la sorpresa que causó al ejército español nuestro movimiento, pudieran algunos de sus cuerpos, llegar a tiempo que empezaba el batallón de Apure a pasar el desfiladero. Allí se rompió el fuego de infantería sostenido vigorosamente por ambas partes.

El batallón de Apure, que logró al fin pasar, no pudo resistir solo la carga que le dieron; ya plegaba, cuando llegó en su auxilio el batallón británico que le seguía. El enemigo había empeñado en el combate cuatro de sus mejores batallones contra uno solo del Ejército Libertador, y se lisonjaba de obtener con todos nuestros cuerpos el mismo suceso que con el primero que había contenido.

La firmeza del batallón británico para sufrir los fuegos hasta que se formó, y la intrepidez con que cargó a la bayoneta, sostenido por el batallón de Apure, que se había rehecho, y por dos compañías del de Tiradores que oportunamente condujo al fuego su comandante el teniente coronel Heras, decidieron la batalla. El enemigo cedía el terreno, aunque

sin cesar sus fuegos. Nuestros batallones avanzaban y apoyados por el primer Escuadrón del Regimiento de Honor del señor general Páez y por el Estado Mayor de este general, desalojaron completamente al enemigo de la altura. El ejército pasaba rápidamente el desfiladero por dos estrechas sendas, y el enemigo, aunque desalojado de su primera posición, había podido rehacerse, y procuró aprovechar el momento de hacer una nueva carga con su caballería, mientras que nuestros piquetes de esta arma, que había pasado, proseguían y despedazaban a sus batallones que huían.

Algunos de nuestros piquetes de caballería del primer escuadrón del Regimiento de Honor y el Estado Mayor del señor general Páez, se reunieron en número de 80 a 100 hombres, y ellos solos bastaron para rechazar y poner en derrota toda la columna de caballería enemiga. Desde este momento el triunfo quedó completo. El enemigo no pensó sino en huir y salvarse.

Nuestra caballería, que sucesivamente iba recibiendo refuerzos de todos los escuadrones que pasaban el desfiladero, hizo la persecución con un vigor extraordinario. Batallones enteros se tomaron prisioneros, otros, arrojando sus armas, se dispersaron disueltos por los bosques.

Los dos batallones enemigos que habían quedado cubriendo el camino principal de San Carlos flanqueándolo por la derecha, no entraron en combate y pretendieron retirarse del campo en masa. Nuestra caballería procuró entretenerlos mientras salía la infantería; pero no logró sino obligarlos a que precipitasen la retirada y perdiesen algunos hombres que se dispersaban. Hasta a las inmediaciones de Valencia vino el ejército la columna, y fue en esta operación donde el ardor de nuestros Jefes y oficiales de caballería hizo sensible nuestra pérdida.

Como nuestra infantería, estropeada con las largas marchas que había hecho durante la campaña, no podía sostener el paso de trote que llevó el enemigo por seis leguas, nuestra caballería se empeñó en entretenerlo para dar tiempo a que llegasen algunos batallones. A veces las escaramuzas se convertían en cargas que, aunque costaron bastante

al enemigo, causaron a la República el grave dolor de perder a uno de sus más esclarecidos generales y el bravo teniente coronel Mellao, que mandaba Los Dragones de la Guardia. La columna enemiga se había defendido valientemente, a pesar de que se había disminuido mucho. S.E. temió que si entraba a Valencia no era imposible impedirle el paso a Puerto Cabello, y a una legua de aquella ciudad hizo que los batallones Rifles y Granaderos de la Guardia montasen a caballo y fuesen al galope en su alcance.

Casi al entrar a las primeras calles de aquella ciudad, tuvieron nuestros Granaderos la fortuna de alcanzarla, pero apenas se vio cargada por ellos, cuando se dispersó y desapareció del todo. Valencia fue ocupada en el acto, y algunos destacamentos siguieron hasta Naguanagua, persiguiendo a los Jefes españoles que huían hacia Puerto Cabello.

Por los prisioneros tomados, supo S.E. que el día antes de la batalla había marchado el coronel español Tello con dos batallones, Navarra y Barinas, a reforzar a San Felipe, ignorando el enemigo que la columna del señor coronel Carrillo la había ocupado ya. S.E. destacó del Tocu-yito al teniente coronel Heras con tres batallones a tomar la espalda de Tello y cooperar a batirlo con el señor coronel Carrillo. Aun no se sabe el resultado final de esta operación, que tal vez quede sin efecto, porque Tello emprendió su retirada sobre Puerto Cabello antes que nuestras tropas lo avistasen.

Al amanecer del 25 marchó el señor coronel Rangel a establecer el bloqueo de Puerto Cabello, y desde el 26 quedó formada la línea de simple bloqueo, porque era preciso aguardar el complemento de nuestras operaciones para estrecharla y formarla de sitio.

Por la tarde del 25, después de haber arreglado el gobierno de Valencia, organizado de nuevo el ejército y destacado algunos cuerpos sobre Calabozo y el Pao a perseguir los dispersos que hubiesen tomado aquellas direcciones, marchó S.E. sobre esta capital con tres batallones de su Guardia y el Regimiento de Honor del señor general Páez. Su objeto era tomar la espalda de la división con que el coronel español Pereira perseguía al señor general Bermúdez sobre los Valles del Tuy. No me es

posible informar aún a V.S. de los prodigios que este célebre general ha obrado con una pequeña división, por esta parte, en cumplimiento de las órdenes que tenía. Baste decir a S.E. que los pueblos y el enemigo están asombrados y no alcanzan a expresar toda su admiración, ni decidir si han sido mayores su valor y su audacia, o su prudencia y habilidad. Esperamos por momentos su arribo a esta ciudad. Y entonces, impuesto detenidamente de sus operaciones, tendré la satisfacción de comunicarle a S.E. el coronel Pereira, al saber la derrota del ejército español, replegó sobre esta capital, y envió una partida de Húsares sobre los valles de Aragua, al saber nuestra situación. La partida fue sorprendida y apresada por un piquete de lanceros del Regimiento e Honor que se había adelantado ya de San Pedro. Pereira se retiró, sin esperar más resultados sobre La Guaira, pero sabiendo en ese tránsito que no había en aquel puerto buques en qué marcharse, convirtió su marcha hacia Carayaca, pero instruido en la dirección que lleva, se ha puesto en su persecución. El coronel Arguindegui quedó en los Valles de Aragua con su batallón, para cortar a Pereira por cualquier vía que tome, bien sea por la costa o por la cordillera, si recibe oportunamente los avisos que se le han dirigido, puede asegurarse la absoluta destrucción de aquella división, que de 1.500 hombres queda reducida ya a 600, por las pérdidas en combates frecuentes con el señor general Bermúdez, y por las deserciones que ha sufrido en la retirada.

S.E. tuvo la particular satisfacción de entrar solo con su Estado Mayor y del señor general Páez en esta capital el 29. La ciudad que acababa de ser evacuada el día anterior, había estado desierta hasta la hora en que el edecán Ibarra se presentó en medio de ella a anunciar la aproximación de S.E.

No hubo tiempo de que se hiciesen otros preparativos que los del corazón, y ha sido de este modo con que Caracas ha expresado más vivamente sus sentimientos de gratitud y amor al Libertador de la patria, y su ardiente entusiasmo por la libertad.

Las calles desiertas dos horas antes, se vieron de repente llenas de una concurrencia numerosa e inmensa; las casas cerradas se abrieron y se

iluminaron. S.E. entró en medio de las aclamaciones y transportes de un pueblo que enajenado de placer corría en tropel a participar de la felicidad de volver a ver, de estrechar y abrazar mil veces al Padre la Patria. Mujeres y hombres, niños y ancianos, todos iban mezclados, confundiendo sus vivas. Hasta las doce de la noche no cesó de renovarse el concurso en la casa, y fue preciso cerrarla al fin, para poderse ocupar S. E. de algunos negocios importantes. Al amanecer se ha repetido la escena de la noche y ha continuado todo el día.

El edecán Ibarra marchó esta mañana a apoderarse de La Guaira que está evacuada, y ha participado ya su entrada allí sin novedad.

V.E. extrañará que no haya recomendado particularmente a ningún jefe ni oficial en la batalla, porque sería necesario mentar en esta parte los nombres de todo el ejército, por lo menos los de toda la 1.^a División y de todos los jefes de las otras. Generales, jefes, oficiales y tropa, todos indistintamente se han manifestado en este memorable día, dignos defensores de la República.

El Libertador respiró hondo. No estaba de acuerdo con algunas de aquellas consideraciones o descripciones, pero no era momento de ponerse a discutir este tipo de diferencias. Un gesto de alivio se ha estampado en su rostro ahora que está de regreso a su terruño, donde tomará un breve descanso para luego continuar trazando sus estrategias, consolidando amistades y hermandades con personas que puedan aportar algo significativo a la causa de Venezuela y América. El sueño de las nuevas repúblicas americanas bulle en su mente, como un fermento inagotable.

CAPÍTULO VIII

QUITO, PERÚ Y MANUELA SÁENZ

La situación en Perú es sumamente tensa y delicada. La información de allá viene dada por noticias de personas afectas a la causa patriótica. El virreinato de Perú se hace cada vez más cerrado y opresor. Algo similar ocurre en Quito y en Buenos Aires, donde los patriotas se han visto obligados a crear una red de espionaje que se dedique a hacer informes, valiéndose de todos los recursos posibles. Deben reunirse en casas, bodegas, en locales bajo fachadas que no despierten sospechas, pues las fuerzas enemigas son crueles, y si se percatan, van a actuar con violencia sobre los nuestros. Varias mujeres osadas han ingresado a trabajar en esa red, para conspirar contra la tiranía en Quito y en Perú.

Una mujer llamada Manuela Sáenz se ha convertido en una de las principales conspiradoras en Lima, organizando reuniones en su casa, tras una fachada donde realiza fiestas, se reúne con amigos de la causa libertadora y aporta información a varios generales y oficiales, especialmente al general

José de San Martín en Buenos Aires, y al general Antonio José de Sucre en Quito. Sucre es un hombre joven, uno de los oficiales en quien más confía Bolívar, pues ha mostrado cualidades para la diplomacia y para la negociación, además de sus condiciones para lo militar y para conformar un gabinete. Es un hombre recto, intachable, piensa Bolívar. Sucre no había podido tomar parte de la Batalla de Carabobo precisamente porque Bolívar lo requería en Quito para ser mediador en conversaciones con autoridades de aquellos países e ir conformando al ejército; posee una estupenda preparación académica —proviene de una familia educada de Cumaná— y tiene dones para la estrategia, además de coraje en el campo de batalla. Reúne una serie de condiciones y cualidades que asombran al Libertador, por lo cual Bolívar lo considera como un hijo suyo, tiene hacia él sentimientos de protección y ha pensado en él para transferirle poder en el futuro próximo, y sea útil para el modelo de estrategia que piensa adoptar para libertar también a aquellos países del yugo español.

Manuela Sáenz es oriunda de Quito, pero en ese año de 1820 se encuentra en Lima como activista. Se halla ahora sentada en la sala de su casa, hojeando un libro y tomando una taza de chocolate. Va a dar una recepción a una amiga suya llamada Carmen, que acaba de culminar estudios de derecho en la Universidad de Lima, a un evento a donde acudirán varias personalidades notables de la ciudad.

—Vaya a casa de Isidoro y por favor recuérdle lo que me ofreció para esta tarde —dice Manuela a un asistente suyo.

—Sí, señora —dice el joven, corriendo diligente a dar el recado.

Manuela continúa bamboleándose en la mecedora mientras recorre las páginas de una novela de Walter Scott, *Ivanhoe*. Lee unas cuantas páginas, termina de beber el chocolate y luego se levanta para dirigirse a la mesa de la cocina, donde deja la taza vacía y después va a su recámara, a conversar con una de las muchachas que allí trabajan, para que antes de la fiesta pueda

concertarse una reunión de varias personas de la causa patriótica. En efecto, dos horas antes de la recepción formal, Manuela Sáenz conversa en su recámara con un grupo de siete patriotas, cuatro hombres y tres mujeres, que han urdido un complot para sabotear los planes de los españoles y lograr que su hermano José María pase del bando del ejército realista al del ejército patriota, además de organizar otro plan para impedir que se cumplan los objetivos contra Bolívar y Sucre. El general Sucre se encuentra en Quito y Manuela está lista a formar parte del ejército, si fuese necesario, para conseguir los objetivos. La reunión secreta tiene lugar en el cuarto de Manuela. Hablan lo más quedo posible, para evitar ser escuchados.

—Hay que hacer llegar los informes al general Sucre y al general San Martín, de todo lo que está ocurriendo aquí. Bolívar, al mando del ejército patriota en Venezuela, acaba de salir victorioso en Carabobo. ¡Se ha conseguido la libertad de Venezuela! —exclama en voz baja.

—La noticia no ha caído muy bien aquí, de modo que debemos ser cuidadosos esta noche, atender a los invitados sin hacer comentarios demasiado efusivos, para no despertar sospechas a raíz de esta victoria. ¿Comprenden? Porque alguien nos puede delatar. Las paredes tienen oídos, y aquí esto está lleno de chismosos.

—De acuerdo —dicen los demás casi al unísono, confirmando las órdenes de Manuela.

—El contacto principal en Buenos Aires sería con Rosa Campuzano —dijo Manuela. —Allá tenemos comunicación directa con ella.

—San Martín ya viene en camino hacia el Perú. Cuando llegue allá, debe estar informado lo más pronto de lo que aquí sucede, para que no vayan a tomarlo por sorpresa.

—Igual al general Sucre en Quito, tiene que protegerse de los traidores de allá.

—Así será —dijo Juan Ignacio, uno de los principales activistas.

—Yo debo viajar a Quito el próximo mes a un asunto familiar —dijo Manuela—. Voy a hacer todo lo posible para terminar ese trabajo.

Manuela debía resolver varios problemas; uno referido a una herencia familiar; otro, a hacer la separación oficial de su esposo, el ciudadano inglés James Thorne, veintiséis años mayor que ella, con quien su padre la había hecho casarse por pura conveniencia social, y para obtener de Thorne una buena dote.

Manuela logra ambos objetivos. Ahora que está ya separada legalmente de Thorne, tiene mayor capacidad de movimiento.

A finales del año 1821, Bolívar parte para Quito, a urdir con sus generales la Campaña del Sur. Los planes de los patriotas y las informaciones han fluido bien, y el general San Martín llega a Quito.

A los pocos días, San Martín concede a Manuela Sáenz el título de Caballera de la Orden “El Sol del Perú”, la más alta distinción que se concede a alguien por servicios prestados a la causa patriótica.

Pero no hay tiempo que perder. Hay más batallas por librar. Bolívar llega por fin a Quito, donde es aclamado, y donde está obligado a reducir las tropas realistas que aún pululan por el territorio. Se hace necesaria una estrategia para vencerlos en otra batalla, en un sitio llamado Bomboná.

Bolívar ordena a Antonio José de Sucre ponerse al mando de la situación militar allí donde las fuerzas realistas aún persisten, y pretenden defender los territorios donde mantienen el control. Ya Bolívar le había encomendado a Sucre, mucho antes, trasladarse al Orinoco, a encargarse de acopiar transportes y víveres para el ejército que marcharía a los llanos, y antes le había confiado también la misión de ir hacia las Antillas neutrales a adquirir armamentos y municiones. Eso fue en 1820. Sucre regresó de Saint Thomas con cuatro mil fusiles, municiones y otros pertrechos que serían decisivos para el triunfo de la Batalla de Carabobo.

Recuerda Bolívar que una vez hubo firmado —con comisionados patriotas y realistas— el tratado que puso fin a la guerra a muerte, terminó dándose un emocionado abrazo con el general Pablo Morillo en Santa Ana, antes de la Batalla de Carabobo. Eran enemigos. Pero ese día bebieron aguardiente de un mismo vaso hasta ponerse eufóricos, bailaron sobre una mesa y se pusieron a comentar cosas personales y a reírse como unos muchachos.

Bolívar planifica luego la Batalla de Boyacá en 1819, tomando primero la ciudad colombiana de Tunja, e interfiriendo las comunicaciones entre las divisiones realistas, comandadas por José María Barreiros. Bolívar ordena la marcha de su ejército desde Boyacá para seguir desde allí a Bogotá e impedir así el desplazamiento de Barreiro.

Se encuentran y chocan por fin ambos ejércitos. La caballería patriota recibe el ataque de los cazadores enemigos, pero nuestros hombres neutralizan el ataque, haciéndolos huir al río y ahí justamente los ataca nuestro batallón “Rifles”. Mientras la compañía de voluntarios británicos desactiva los movimientos contrarios. Los bravos de Páez entran por el centro, mientras los movimientos organizados de la Nueva Granada lo hacen por el flanco izquierdo. El plan funcionó. El general José Antonio Anzoátegui asumió frontalmente la fuerza principal del enemigo, poniéndolo fuera de combate, mientras el general colombiano Francisco de Paula Santander los remató por la izquierda, reforzando así la victoria en Boyacá.

Aquellos recuerdos de Boyacá le dan fuerzas a Bolívar, quien confía ahora en la capacidad diplomática de Sucre en Quito y Guayaquil. En efecto, Sucre no le falla, logrando que en Guayaquil se firme un tratado para establecer con el gobierno de Quito cualquier negociación beneficiosa para la libertad del país, que cumpla con la suspensión de las armas y logre la regularización de la guerra entre Colombia y España.

Un mes después de Carabobo, ya se estaba celebrando este suceso tan importante para Colombia. Ya el suelo de Guayaquil era libre y estaría en

paz por un buen tiempo. Se constituyó el Congreso General de la República y ahora sí el gobierno provincial decidiría que el pueblo de Guayaquil va a incorporarse a la sociedad colombiana. La unión será el objetivo. Así lo desean Bolívar y Sucre, y así lo aspira el pueblo. Una unión que conformará al fin la libertad. La libertad de Guayaquil es la misma libertad conquistada en Carabobo. Bolívar está orgulloso de Sucre.

El general Antonio Mariño instala el Congreso Constituyente de la Gran Colombia. Sí hay, entonces, muchas posibilidades de concretar ese sueño. Bolívar sería entonces el presidente de la Gran Colombia, Santander el vicepresidente, y existe la posibilidad real de hacer las debidas gestiones diplomáticas con otros países: Uruguay, Chile, México. El ideal de Bolívar se irá construyendo poco a poco, entre todos.

* * *

Manuela Sáenz ha estado muy cerca del general Sucre, es una de sus colaboradoras permanentes. Siempre está lista a ayudar en lo que sea a la causa de la patria: atendiendo heridos de guerra, enfermos en hospitales, comunicando información exclusiva, llevando recados, organizando grupos, despejando caminos. Todos la reconocen como una de las mujeres más notables de la revolución patriótica; está siempre lista a ayudar, a viajar y hasta a convertirse en soldado si es posible, para ayudar a la causa. En esos días ha estado muy próxima a Sucre y a Santander, y espera con ansiedad la llegada de Simón Bolívar a Quito. Corre el mes de junio del año 1822. Todo el pueblo aguarda al Libertador para aclamarlo. Ella es una de tantas. Se prepara, como tantos otros habitantes de la ciudad, a saludarlo mientras pasa junto a sus hombres. Allá viene, erguido sobre su caballo blanco y acompañado de otros oficiales y comitivas. Desde las puertas de las casas y desde los balcones lo saludan con vivas, flores, homenajes. Una de tantas mujeres que lo admiran es Manuela Sáenz que, apostada desde un balcón, lanza una corona de rosas y laureles para ofrendar la presencia del héroe, y

por accidente cae justo en el pecho de Bolívar, quien, asombrado por el gesto, mira hacia el balcón distinguiendo a quien lo ha arrojado: una mujer elegante, bien trajeada, hermosa. Él la saluda con el sombrero; ella se ruboriza; queda flotando en el ambiente algo similar a un hechizo, uno de esos actos mágicos que solo el azar hace cumplir y encierran en sí mismos hechos que propiciarán nuevos encuentros.

En efecto, por la noche se ha organizado una fiesta en honor a Bolívar y a todos los triunfadores en las gestas de Carabobo y Boyacá, y el afortunado acuerdo diplomático consumado por Sucre. En la fiesta hay música, bailes, licores, deliciosos platillos. Allí vuelven a verse entonces Manuela y Simón, ya impregnados por el afortunado azar de la corona de rosas y laureles, prelude de un enamoramiento. De hecho, cuando Simón se aproxima a Manuela para invitarla a bailar, ya se han efectuado los hechizos derivados de esta casualidad, las miradas, los roces de piel, los movimientos del baile y las sonrisas los hacen elevarse más allá, augurando las cercanías de la pasión. Durante el baile, Bolívar es presa de un vértigo maravilloso, da vueltas y ejecuta los movimientos de los vales articulando los giros y vueltas de una manera elegante, arrastrando a Manuela a los remolinos del entusiasmo, como si estuvieran danzando en un sitio ubicado en un lugar indeterminado del espacio, como si flotaran en un cielo inventado por poetas o magos, por hechiceros amables que se hubiesen congregado a recibirlos. Manuela es una mujer libre, acepta la invitación de Bolívar de llevar a cabo un encuentro apasionado.

El encuentro tiene lugar. Por la noche, ambas pasiones se conjugan y las pieles arden de deseos, las ansias crecen a medida que se cumple el rito de la desnudez, a medida que las prendas caen de los cuerpos, el eros organiza el espíritu de cada uno para que propicie los instintos amorosos, los enlaces y encadenamientos gozosos donde los sexos del varón y de la hembra cumplen sus reacciones retráctiles, sus acumulaciones placenteras que luego se

tornarán liberaciones líquidas, orgásmicas, cuando Simón la monta y traspasa y la hembra le exige más y él se lo proporciona y ella entonces toma la iniciativa para que él goce tanto como ella, que se despliega con toda su admiración efusiva para reflejarse en su crispación y en sus gestos de goce y él se lo aporta tomando otra iniciativa y él lo hace a través de su potencia natural educada en el amor. Las piernas y muslos y senos de ella se engastan en el tronco de él semejante al de un árbol de roble que la riega adentro con todo su fuego, Simón y Manuela, Manuela y Simón son ahora un solo ente que transpira sudor, emite gemidos divinos por partida doble, se embisten ambos y luego emiten un placentero suspiro que remata toda la jornada erótica donde ha quedado sellada la identidad de los amantes.

Desde esa noche, el destino sensible de ambos cambió por completo. Se habían identificado el uno con el otro. En el amor, en el presente humano, en el ideal y en el devenir los esperaban cosas sorprendentes, estaban comprometidos en lo profundo, habían llenado el uno en el otro una cavidad faltante en cada existencia, como una marea benigna que inunda la playa deseosa del complemento. Se comprometieron sin palabras. Su unión había sido sellada por una especie de destino. De ahí en adelante, continuarían una relación colmada con sus fuerzas contrarias, en sus opuestos generosos, aportado una sustancia suplementaria a la causa de la patria nueva, al sueño de América unida.

* * *

Simón Bolívar continúa hacia Guayaquil. Hacia allá se dirige para tomar posesión militar de esa plaza. Su idea es incorporarla ahora a Colombia, en lo militar y en lo político. Todos los acuerdos se han respetado hasta ahora, y el proyecto va con buen pie. Bolívar, impactado con la elevada pasión de Manuela, ha concertado con ella una cita en la hacienda de un amigo, llamada El Garzal, a donde va a estar ella aguardando.

En la hacienda El Garzal transcurre el amorío, la próxima escena de su pasión, la dulce locura vuelve a apoderarse de ellos, se desbordan divinamente, transfigurados reaparecen a convivir allí por un mes.

A los pocos días Bolívar debe viajar otra vez a encontrarse con el general argentino José de San Martín, a objeto de continuar con el proyecto de unificar a América. La cita será en Guayaquil. Entran entonces aquí los consejos de Manuela a Bolívar, pues ella es persona de confianza del general San Martín y de su asistenta Rosa Campusano, quien también trabaja para la causa americana. de modo que todo ha venido engranando bien. Manuela le escribe a Bolívar:

El Garzal, a 27 de julio de 1822

A Su Excelencia general Simón Bolívar

Muy señor mío:

Aquí hay de vivaz todo un hechizo de la hermosa naturaleza. Todo invita a cantar, a retozar; en fin, a vivir aquí. Este ambiente, con su aire cálido y delicioso, trae la emoción vibrante del olor del guarapo que llega fresco del trapiche, y me hace experimentar mil sensaciones almibaradas. Yo me digo: este suelo merece recibir las pisadas de S.E. El bosque y la alameda de entrada al Garzal, mojados por el rocío nocturno, acompañarían su llegada de usted, evocando la nostalgia de su amada Caracas. Los prados, la huerta y el jardín que está por todas partes, serviránle de inspiración fulgurante a su amor de usted, por estar S.E. dedicado casi exclusivamente a la guerra. Las laderas y campos brotando flores y graminéas silvestres, que son un regalo a la vista y encantamiento del alma. La casa grande invita al reposo, la meditación y la lectura, por lo estático de su estancia. El comedor, que se inunda de luz a través de los ventanales, acoge a todos con alegría; y los dormitorios reverentes al descanso, como que ruegan por saturarse de amor...

Los bajíos a las riberas del Garzal hacen un coloquio para desnudar los cuerpos y mojarlos sumergidos en un baño venusiano; acompañado

del susurro de los guadales próximos y del canto de pericos y loros espantados por su propio nerviosismo. Le digo yo, que ansío de la presencia de usted aquí. Toda esta pintura es de mi invención; así que ruego a usted que perdone mis desvaríos por mi ansiedad de usted y de verlo presente, disfrutando de todo esto que es tan hermoso.

Suya de corazón y de alma,

Manuela

Bolívar le contesta en otra de sus cartas:

A la distinguida dama, Sra. Manuela Sáenz

Apreciada Manuelita:

Quiero contestarte, bellísima Manuela, a tus requerimientos de amor que son muy justos. Pero he de ser sincero para quien, como tú, todo me lo ha dado. Antes no hubo ilusión, no porque no te amara Manuela y es tiempo de que sepas que antes amé a otra con singular pasión de juventud, que por respeto nunca nombro.

No esquivo tus llamados, que me son caros a mis deseos y a mi pasión. Solo reflexiono y te doy un tiempo a ti, pues tus palabras me obligan a regresar a ti; porque sé que esta es mi época de amarte y de amarnos mutuamente.

Solo quiero tiempo para acostumbrarme, pues la vida militar no es fácil ni fácil retirarse. Me he burlado de la muerte muchas veces, y esta me acecha delirante a cada paso.

Qué debo brindarte: ¿un encuentro vivo acaso? Permíteme estar seguro de mí, de ti y verás querida amiga quién es Bolívar al que tú admiras. No podría mentirte.

¡Nunca miento! Que es loca mi pasión por ti, lo sabes.

Bolívar

Pero no todas las misivas son de este tenor. En otras de estas cartas entre Simón y Manuela se reflejan las contrariedades experimentadas en el alma

de Manuela cuando duda, cuando lo espera con afán y él no llega, cuando le exige que responda pronto a sus afectos, y las palabras del Libertador se retardan. Entonces emerge del alma de ella un malestar, un reclamo que Bolívar siempre trata de mitigar, pero que la distancia agranda más y más y Manuela se impacienta, pues la guerra y sus contingencias y urgencias del deber reclaman a Bolívar, y ella no ve el instante de volverlo a encontrar. Pero ella poco a poco va hallando la manera de apaciguar sus ánimos y de tener paciencia.

Entonces surgen los nuevos encuentros, que se repetirán en Perú cuando ella apoya a su amante en la campaña final de la independencia del sur, comienzan a verse más a menudo a partir de 1823; deben separarse ese año en que él marcha a Guayaquil a enviar una expedición de seis mil hombres al Perú. Mientras tanto, Manuela se encuentra en una hacienda llamada Casahuango.

Pero las situaciones siguen complicándose militarmente, y una comisión del Perú visita a Bolívar para que asuma el mando de la guerra en Perú, mientras Manuela se las arregla para investigar complots del otro bando, hasta el punto de lograr disolver un motín que se había efectuado en Quito. Bolívar la necesita cerca de él y entonces le pide que vaya a su encuentro, para que además se haga cargo de la Secretaría de la Campaña Libertadora. Bolívar entonces solicita el apoyo del coronel Daniel Florencio O'Leary para que éste se encargue de hacer el nombramiento de su amada con el grado de coronela, para incorporarla al Estado Mayor. A la sazón la orden se cumple, y Manuela viste el uniforme de casaca azul y cuello rojo.

Entonces algo inesperado ocurre. El vicepresidente Francisco de Paula Santander comienza a intrigar en contra de la Independencia en el Perú. Manuela Sáenz se entera de ello y pone a Bolívar en conocimiento de la situación, pues hay que manejar el asunto de modo muy sutil, a fin de que Santander no se entere de que lo han descubierto. Manuela aconseja a su

amante que firme los documentos oficiales como si estuviera fuera del Perú, para que Santander crea que aún no ha llegado al país. Lima se encuentra sitiada por los realistas, y las medidas militares deben ser urgentes. A pesar de todos los esfuerzos realizados por Sucre y por Manuela para tener bien informado a Bolívar de la situación, comienzan a circular los rumores negativos sobre ambos, tanto en Quito como en Lima. Sucre ha fundado en Quito escuelas, colegios, casas de educación para atender a la juventud; crea una Junta para mejorar la instrucción pública en la provincia. Se emitieron decretos en el Congreso y en el Ejecutivo para dar cumplimiento a las leyes, pero igual los insidiosos continúan incriminando a Sucre de cometer faltas.

Pocos días atrás, en ese mismo año de 1822 había tenido lugar la batalla decisiva para la liberación de Quito, la Batalla de Pichincha, liderada por Sucre, para contener las divisiones realistas, cuando en pleno combate los disparos de los fusiles, las banderas y los caballos se proyectaron en el campo de batalla en un solo estrépito de heridas y sangre. Los bravíos hombres venezolanos estuvieron reforzados por el batallón “Trujillo” comandado por el coronel Manuel Santa Cruz, a quienes llegaron a unirse Yaguachi y el resto de la infantería para ayudar; entonces Córdoba y Mires, grandes comandantes, entraron en combate con el Batallón Magdalena, que se vio obligado a regresar por lo difícil del terreno. Los realistas supieron aprovechar esta retirada, pero las bayonetas del batallón “Paya” les salieron adelante y los contuvieron. Los realistas quisieron rodear a Sucre por la izquierda, pero los batallones americanos fueron más aguerridos y los derrotaron. Los españoles se disgregaron sobre el terreno, dispersos por todas partes, no pudieron cohesionarse de nuevo para el ataque. Entonces ahí entró el comandante Córdoba, relevando al batallón Paya, para consumar la victoria en aquellas alturas cercanas al volcán Pichincha, donde el ejército español cayó rendido, tomando los patriotas como a mil prisioneros de tropa, ciento sesenta jefes oficiales, fuerzas de artillería, casi dos mil fusiles, cajas de

guerra, cornetas, banderas. Después de acorralarlos se les pidió la capitulación. La aceptaron. El coronel Aymerich la admitió al día siguiente. La fortaleza entregada recibía el nombre de “El panecillo”, con todo el territorio español situado tanto al norte como al sur de esta ciudad, y sus respectivos almacenes militares.

Bolívar reconoce en Pichincha la gran destreza de Sucre para las armas, así como su voluntad diplomática y su gran nobleza. Los ecuatorianos estaban contentos y habían ido a recibirlo como se merecía, y Bolívar lo nombró, después de Pichincha, general de división.

—Ahora usted —le había dicho Bolívar a Sucre—, tendrá que hacer todo lo posible para lograr un encuentro mío con el general San Martín, mientras usted se dirige al Perú en misión diplomática, porque yo tendré que ir allá después. Yo tendré que ir de todos modos a contener a los españoles. Pero adelántese usted entonces primero, y me manda todos los informes que pueda. Y recalcó: Por cierto, mi querido Toñito —le dijo en tono pícaro y confidente a su pupilo—, debo informarle que ando muy enamorado aquí en Quito, de Manuela Sáenz. Así como usted anda enamorado de Mariana Carcelén, la marquesa. El amor y la guerra siempre andan juntos.

Sucre estaba contento con el amor declarado de Bolívar a Manuela. Y él también esta dichoso de haber vuelto a ver a su mujer. Pero la empresa que le encomendaba Bolívar a Sucre no era nada fácil. Sucre debía concertar aquella entrevista con San Martín. El ahora general de División empezó a trazar varios planes para lograr la esperada entrevista de los dos máximos generales, pero hasta ahora las conversaciones habían sido infructuosas, pues el general argentino estaba empeñado en organizar una expedición llamada la Expedición de Santa Cruz que, a juicio de Bolívar, podía ser el tercer capítulo de la catástrofe del Perú, y para impedir aquello solicitó también la ayuda de Sucre. Entonces Sucre logra una entrevista con los perua-

nos Canterac y Torre Tagle, primero, tratando de convencerlos, pero estos le dicen que los monarcas españoles desean la paz en el país. “Para seguir mandando ellos, claro”, piensa para sí Sucre.

Bolívar y Sucre se percatan de que hay que iniciar lo más pronto posible la campaña para liberar al sur. Había que aprovechar la victoria de Carabobo para seguir, y entonces acuerdan que deben continuar camino hacia el territorio de Pasto, atravesando terrenos accidentados, zanjones abismales, pero con todo y eso los pastusos pudieron ser reducidos y vencidos. Quizá San Martín creía aún en los poderes de Fernando VII, aquella era la única autoridad que deseaban reconocer y usaron la imagen del rey para drogar al pueblo, juntando la imagen de Fernando VII con la del patrono de España Santiago Apóstol, organizando grandes procesiones católicas donde se empujaba a los fieles como un rebaño de ovejas, concentrándolos en iglesias que hacían el papel de fortalezas. Contra todo aquello tuvieron que pelear, en aquella horrenda guerra de Pasto.

Mientras tanto en el Perú se enseñoreaba Riva Agüero, Jefe del Ejecutivo, uno de los ganados a la causa patriota, afortunadamente, y deben entonces hacer frente a Sucre y Riva Agüero, hombre inteligente y astuto, y deben pelear ahora a todos ellos, para que no sigan saqueando a la ciudad de Lima.

—Por fin nos llega una ayuda del general Santa Cruz, que viene con cinco mil soldados colombianos a enfrentar a Canterac —dice Sucre.

Santa Cruz no tiene un plan claro de batalla y se bate en retirada. Se fuga cobardemente y entonces el ejército patrio debe llevar a cuestras aquella vergüenza, pues perdió la posibilidad de ganar la batalla. El Congreso, entonces, termina de darle la espalda a Riva Agüero, designando en su lugar a un tal Torre Tagle. Sucre es jefe supremo del ejército, pero Sucre no está de acuerdo con aquello, aceptando el cargo a regañadientes. Cuando se inicia la lucha, Canterac viene por Lima; Sucre se mueve hacia El Callao y a su vez Canterac se regresa a Jauja. Es como un juego. Sucre emplea aquí las

mejores destrezas de su estrategia. Bolívar confía en él. Sucre pretende confundir a Canterac haciéndole creer que le va a dar la batalla en Jauja. Pero no, Sucre pasa por El Callao, que estaba también en poder de los realistas. Todo aquello era un gran enredo. Y aunque Bolívar finalmente entró a Lima, le dice a Sucre que debe vencer a Riva Agüero, y conducir las tropas contra el propio pueblo peruano.

Esta fue una de las decisiones más problemáticas; aquellos días en el Perú eran como un laberinto político, pues los mismos peruanos se desconcertaron de que Riva Agüero recibiera ofertas de los realistas, hasta el día en que los apresaron y los pusieron a las órdenes del ejército patriota, cosa que parecía más obra de la suerte. En verdad, lo que buscaban los americanos era liberar al Perú con hombres que vinieran de todas partes: de la selva, del mar, del llano, pues aquel era el objetivo de esa campaña.

Y así sucedió. Comenzaron a llegar todos los demás patriotas y a Bolívar se le iba llenando el pecho de orgullo, cuando vio que cada día llegaban más y más, de todas partes. El ejército al fin se formó y entonces Bolívar nombró a Sucre Jefe del ejército colombiano. El virrey español del Perú es un hombre con un gran poder, es un emperador que comanda un ejército de más de veinte mil hombres. En la Banda Oriental y en Chile le temen, y está dispuesto a invadir, a la menor señal, a todos los americanos, y por lo tanto a disolver el sueño de la gran Colombia.

El general argentino San Martín empieza de súbito a experimentar cambios muy extraños de comportamiento militar: trata mal a sus colaboradores; estimula la discordia con intrigas entre sus oficiales y comienza a padecer de delirios monárquicos, a llenarse de ínfulas de superioridad y a sentirse por encima de todos; por encima de O'Higgins, de Santander y de Sucre y hasta de Bolívar. Eso lo dicen sus cartas y sus colaboradores cercanos. Los rumores de las ínfulas de San Martín corren entre la gente. Entonces Bolívar, al corroborar estas informaciones, comienza a dar la pelea en el interior

mismo del virreinato, combatiendo a los realistas desde sus propias entrañas. San Martín incluso ya ha dicho públicamente que no le gusta la idea de incorporar Guayaquil a Colombia, idea que fue refutada varias veces por Bolívar. Insistió, en muchas oportunidades, en aquellas ideas monárquicas.

Todas estas diferencias de fondo se discutían, mientras los ejércitos patriotas esperaban los refuerzos de Colombia para ir a la guerra de liberación de Quito y Perú; ya se habían solicitado los respectivos apoyos al gobierno de Chile y al del Río de la Plata, para poder ganar la batalla. Pero San Martín insistía que esta ayuda no era necesaria. Tanto fue así que San Martín, al llegar a Lima, reunió al Congreso, renunció al mando y regresó a Buenos Aires. Y de ahí se fue a Europa, donde se quedó el resto de sus días.

Esta renuncia de San Martín a la causa americana incomodó a todos, aunque nadie deja de reconocer sus méritos y su gloria. Las tentaciones no dejan de funcionar aquí y allá, incluyendo en Colombia a Santander. Pero Bolívar, férreo en sus ideas, está tratando de prepararse y de preparar a todos para estructurar una campaña decisiva con labores de todo tipo, para salvaguardar las comunicaciones, para cuidar de los enfermos y favorecer la educación del pueblo, rehacer las leyes, sacar a estos pueblos de la miseria. Por ahora debe escribir informes, cartas y proclamas a objeto de mantener una imagen sólida de gobierno: la palabra escrita debe ser tan justa como la palabra que dirige a los soldados; la palabra dirigida a los generales y a los presidentes debe ser cuidadosa pero enérgica, y más ahora cuando se prepara a los ciudadanos a dar una de las batallas decisivas para la liberación completa de nuestros pueblos: Ayacucho.

CAPÍTULO IX

DELIRIO SUPREMO Y TRIUNFO EN AYACUCHO

Los últimos meses se han hecho largos, muy largos. Por lo tortuosos, por lo complicados, por todas las acciones sobrevenidas o sorpresivas, donde el azar o la improvisación han venido cumpliendo un papel nefasto. Las reacciones de Santander y de San Martín han desconcertado mucho a los ciudadanos civiles, a abogados y a militares; gentes de todas las capas sociales y de toda condición se han visto afectadas por los rumbos que ha tomado la guerra, y las contradicciones presentadas en su seno, pues la sociedad todavía no existe, está por formarse. Bolívar siente que algo falla, algo allá adentro, en lo más profundo, algo que no se deja ver, se oculta de un modo obstinado. Bolívar se pone a leer más, a cavilar; es sobrecogido de súbito por un hálito desconocido, un mandato divino, una orden del más allá, de las alturas de la cordillera sagrada que atraviesa los Andes, donde convergen fuerzas extraordinarias. Bien vale la pena aproximarse a la máxima elevación de la cordillera de los Andes, El Chimborazo, para experimentar desde ella

un estado supremo que puede conducirlo a las puertas mismas de la revelación. Se aproxima cuanto puede a la gran montaña y queda absorto cuando se halla frente a la inmensa cumbre.

Yo venía envuelto con el manto de Iris, desde donde paga su tributo el caudaloso Orinoco al Dios de las aguas. Había visitado las encantadas fuentes amazónicas, y quise subir al atalaya del Universo. Busqué las huellas de La Condamine y de Humboldt, seguías audaz, nada me detuvo; llegué a la región glacial, el éter sofocaba mi aliento. Ninguna planta humana había hollado la corona diamantina que pusieron las manos de la eternidad sobre las sienas excelsas del dominador de los Andes. Yo me dije: este manto de Iris que me ha servido de estandar-te ha recorrido en mis manos sobre regiones infernales, ha surcado los ríos y los mares, ha subido sobre los hombros gigantescos de los Andes; la tierra se ha allanado a los pies de Colombia, y el tiempo na ha podido detener la marcha de la libertad. Belona ha sido humillada por el resplandor de Iris, ¿y no podré yo trepar sobre los cabellos canosos del gigante de la tierra? ¡Sí podré! Y arrebatado por la violencia de un espíritu desconocido para mí que me parecía divino, dejé atrás las huellas de Humboldt, empañando los cristales eternos que circuyen el Chimborazo. Llego como impulsado por el genio que me animaba, y desfallezco al tocar con mi cabeza la copa del firmamento: tenía a mis pies los umbrales del abismo.

Un delirio febril embarga mi mente; me siento como encendido por un fuego extraño y superior. Era el Dios de Colombia que me poseía.

De repente se me presenta el Tiempo bajo el semblante venerable de un viejo cargado con los despojos de las edades: ceñudo, inclinado, calvo, rizada la tez, una hoz en la mano.

“Yo soy el padre de los siglos, soy el arcano de la fama y del secreto; mi madre fue la Eternidad; los límites de mis imperios los señala el Infinito; no ha sepulcro para mí, porque soy más poderoso que la Muerte; miro lo pasado; miro lo futuro, y por mis manos pasa lo presente. ¿Por qué te envanece, niño o viejo, hombre o héroe? ¿Crees que es algo tu

universo? ¿Que levantaros sobre un átomo de la creación, es elevaros? ¿Pensáis que los instantes que llamáis siglos pueden servir de medida a mis arcanos? ¿Imagináis que habéis visto la Santa Verdad? ¿Suponéis locamente que vuestras acciones tienen algún precio a mis ojos? Todo es menos que un punto a la presencia del infinito que es mi hermano.”

Sobrecogido de un terror sagrado, “¿Cómo; Oh tiempo! —respondí— no ha desvanecerse el mísero mortal que ha subido tan alto? He pasado a todos los hombres en fortuna, porque me he elevado sobre la cabeza de todos. Yo domino la Tierra con mis plantas; llego al Eterno con mis manos; siento las prisiones infernales bullir bajo mis pasos; estoy mirando junto a mí rutilantes astros, los soles infinitos; mido sin asombro el espacio que encierra la materia, y en tu rostro leo la Historia de lo pasado y los pensamientos del Destino”.

“Observa —me dijo—, aprende, conserva en tu mente lo que has visto, dibuja a los ojos de tus semejantes el cuadro del Universo físico, del Universo moral; no escondas los secretos que el cielo te ha revelado: di la verdad a los hombres”.

El fantasma desapareció.

Absorto, yerto, por decirlo así, quedé exánime largo tiempo, tendido sobre aquel inmenso diamante que me servía de lecho. En fin, la tremenda voz de Colombia me grita; resucito, me incorporo, abro con mis propias manos los pesados párpados: vuelvo a ser hombre, y escribo mi delirio.

Luego de haberse expresado así, Bolívar ya no es el mismo. Ahora es el visionario, es el pensador que puede cumplir un destino, más allá de la carne mortal. Desea vincularse con el universo americano por todo lo alto, en conversación con los dioses y más allá de las religiones; no importa ya de qué iglesia o a qué credo pertenezca, el Bolívar poeta está sobrecogido de terror sagrado. Ha mantenido un diálogo con el tiempo omnipresente. Al leer junto al tiempo los pensamientos del destino, éste le dice que escriba los pensamientos que el cielo le ha revelado, para que pueda así ser portador

de la verdad. El fantasma le hace una revelación y Bolívar, que apenas es un mensajero de los hombres de su tiempo, permanece exánime temblando sobre un inmenso diamante que le sirve de lecho. Una voz le grita. ¿Qué voz es esa?: la voz de Colombia que le permite recuperarse y resucitar abriéndose los párpados con sus propias manos. Mientras estaba en este trance, no era hombre si no un semidiós, un mensajero de las deidades. Pero una vez que el delirio y la visión concluyen, él vuelve a ser hombre. En un raptó sublime, ha obedecido a su musa y cumplido con el cometido que le han impuesto los dioses americanos: ahora está completamente decidido, preparado del todo para dar al año siguiente una batalla determinante, justo en aquellas alturas.

Se sabe movido por un llamado superior, por una potencia ignota: la poesía, ese es el nombre dado a la palabra que expresa algo más allá de la palabra, un verbo mítico o simbólico que viene siguiendo el destino del hombre desde el alba de la historia, y ahora ha anidado en su mente, para salir por su pulso e instalarse en su conciencia, con el empuje de las razas nuestras, poderosas, las mismas que intentan ahora ser humilladas por las fuerzas destructivas de España.

Bolívar convoca al año siguiente, desde Lima, el Congreso de Panamá, reconociendo el lugar estratégico del istmo de Panamá, centro mismo del globo terráqueo, llamando a verlo como punto de confluencia del comercio en América; intenta hacer ver su importancia dentro de ese nuevo mundo americano que se abre ante nuestros ojos, para que nos apresuremos a defenderlo.

En Ayacucho será la cita, en una batalla militar, cuerpo a cuerpo. Pero luego de esta vendrá el reto mayor de constituir una nación, forjarla, hacerla un cuerpo orgánico con leyes, instituciones, ciencias, artes. En la Batalla de Ayacucho deben confluír la Batalla de Carabobo, que ha sellado la independencia de Venezuela, con todas las otras luchas libradas en Quito o en Perú, en Bomboná, Junín o Pichincha.

Ahora nos enfrentaremos al virrey La Serna, el más poderoso de España, que nos aventaja en hombres y armas, piensa Bolívar. Allí está la legión peruana, ahí están los llaneros del Apure, de Mucuritas, de las Queseras del Medio, de Boyacá, Carabobo, Junín, que sabrán vencer a los guerreros contrarios. El batallón Bogotá tiene que ir a la cabeza de Colombia, las bayonetas van a la vanguardia de esta epopeya: aquí va la bandera de Bomboná, aquí van los caraqueños que asombraron en Coro y Maracaibo, aquí va Sucre al lado de Bolívar con el batallón “Rifles”, el mismo que fue a Nueva Granada y a Carabobo cuando Venezuela quedó liberada, pues la epopeya de Carabobo quedará sellada en la memoria de nuestros hombres y será recordada por los siglos.

El batallón “Rifles” está ahora en Ayacucho para gritar a los cuatro vientos:

—¡Viva el Perú libre!

También va el batallón peruano “Voltígeros”, que ha luchado contra el despotismo y la esclavitud, y estallará en Ayacucho con todos sus fusiles. Y va también el batallón “Pichincha” al que Quito debe su libertad, ahí está presente otra vez en Ayacucho, y los bravos de Vargas, que habían luchado en Bomboná, también están ahí prestos a la lucha, dispuestos al triunfo; todos listos a combatir por la justicia con la fuerza de sus derechos y de su indignación, aquí están todos, colombianos, peruanos y venezolanos gritando:

—¡Viva la América redimida!

Los soldados se encuentran embargados por el orgullo patrio y pueden exhibir sus batallones y divisiones: la División “Córdoba” y la División “La Mar” a la izquierda y la División “Miller” al centro; y en la reserva la División Lara esperando con sus batallones. El ejército opositor es enorme, y el general Jerónimo Valdés se adelanta para sobrepasar la línea izquierda de Sucre, y con el único cañón que tenía el general cumanés hicieron fuego para distraerlos, oyéndose las detonaciones de ambos lados. Sucre simula una retirada, y las tropas de La Serna avanzan primero y atacan por ambos

flancos. Valdés y Villalobos eran los generales que atacaban las defensas comandadas por Sucre. Valdés ataca y descende causando bajas entre los americanos y Córdoba le hace frente, pero los hombres de Sucre comenzaron a doblegarlos: caen muertos, arrastrados por los caballos o heridos por los sables y disparos; Córdoba enfrenta el flanco izquierdo realista de Monet. Sucre entra en acción para ayudarlo a destrozar los batallones. Más adelante vemos que tres escuadrones de La Serna atacan a Sucre y éste los contiene con sables y cuchillos, alcanzando al mismísimo virrey del Perú, quien cae herido de muerte.

Entonces Córdoba se convierte en la estrella de la batalla, sometiéndolos y apoderándose de la artillería enemiga, y luego clava la bandera de Colombia en una colina. Los hombres del virrey La Serna ya no pueden más, están desorganizados; las reservas patriotas salen al campo y se juntan a Córdoba, para lograr que los contrincantes pidan la capitulación. Apenas en tres horas, seis mil hombres en Ayacucho han destruido a nueve mil soldados realistas, mientras la pérdida de los patriotas debe ascender a mil, y a muchos heridos.

Sucre logra cerrarles el paso y perseguirlos, ya no pueden más. José Canterac tiene que ceder el campo a las tropas independentistas, y negociar con Sucre las condiciones de la capitulación; las tropas del Perú toman posesión de las armas del ejército español, los almacenes militares, los caballos y las guarniciones. Se le permite a todo individuo del ejército español regresar a su país, y el Estado del Perú le costeará el pasaje y lo protegerá, pero no podrán tomar nuevamente las armas contra América mientras dure la guerra; por otro lado cualquier habitante del Perú, según las condiciones de la capitulación, podrá trasladarse a otro país llevando consigo a su familia y propiedades, y se repartirán las posesiones de los españoles fuera del territorio si estos individuos no son hostiles a la causa de la libertad y a la independencia de América.

Bolívar y Sucre se han encargado de que los buques salgan del mar pacífico seis meses después de que se provean de víveres; todo ello para que se respire una atmósfera de concordia en el país y no se produzcan nuevas hostilidades, en la mejor buena fe, para que las nuevas generaciones de peruanos recuerden sus nombres con gratitud y orgullo. El Libertador pone en manos de Sucre una guirnalda de oro, para reconocer su extraordinaria labor frente al ejército en esta memorable Batalla de Ayacucho.

El Congreso del Perú nombra a Bolívar presidente de Colombia y, encargado del poder, en diciembre de ese año 1824, toma la palabra para dirigirse a los soldados del ejército vencedor en Ayacucho y les dice:

—¡Soldados! ¡Habéis dado la libertad a la América meridional, y una cuarta parte del mundo es el monumento de nuestra gloria ¿dónde no habéis vencido? ¡La América del Sur está cubierta de los trofeos de nuestro valor, pero Ayacucho, semejante al Chimborazo, levanta su cabeza erguida sobre todos! ¡Soldados! ¡Colombia os debe la gloria que nuevamente le da: el Perú, vida, libertad y paz. La Plata y Chile también os son deudores de inmensas ventajas. La buena causa, la causa de los derechos del hombre, ha ganado con vuestras armas su terrible contienda contra los opresores; ¡contemplad, pues, el bien que habéis hecho a la humanidad con vuestros heroicos sacrificios! ¡Soldados! ¡Recibid la ilimitada gratitud que os tributo a nombre del Perú! Yo os ofrezco igualmente que seréis recompensados como merecís antes de volveros a vuestra hermosa patria. Mas no...jamás seréis recompensados dignamente. ¡Vuestros servicios no tienen precio! ¡Soldados peruanos, vuestra patria os contará siempre entre los primeros salvadores del Perú! ¡Soldados colombianos: centenares de victorias alargan vuestra vida hasta el término del mundo!”

Así les habló Bolívar a sus soldados en el cuartel general de Lima.

* * *

A principios de ese año Manuela Sáenz y Bolívar se habían reunido para confirmar sus deseos recíprocos, para ratificar su amor y seguir trabajando por la causa de la América libre. Bolívar ya le había invitado a Manuela a que marchara con él hasta Junín en la campaña. Manuela se ofrece a prestar sus servicios en las armas, actúa en el ejército y está dispuesta a seguir revelando las pruebas que inculpan a Santander como un traidor a la causa, pues el Libertador ha sido privado de sus facultades extraordinarias por parte del Ejecutivo, debido a una ley emanada del Congreso de Colombia, que tras-pasa dichas facultades a Santander. Bolívar asciende a Manuela a Capitana de Húsares, por su valentía. La gran mujer quiteña había seguido a Simón a lo largo de los Andes y participado en la Batalla de Ayacucho, en la cual se encargó de abastecer las tropas y de atender a los soldados heridos, además de hacer uso de las armas como un soldado más. Sucre la ha felicitado por ello, destacando su actuación, y a la vez el gran general cumanés le informa a Bolívar su deseo de ascenderla a coronela del ejército colombiano.

Santander, envidioso, escribe a Bolívar haciendo difamaciones sobre Manuela, y el Libertador lo refuta. En esos días llega también a Lima Simón Rodríguez, y Manuela lo hospeda en su hacienda varios días, pues Rodríguez acaba de ser nombrado director de instrucción pública de Arequipa. Desde su cuartel general, donde se encuentra, Bolívar cree necesario dar nombre a aquella región del Alto Perú: Bolivia. Y entonces la asamblea deliberante del Alto Perú acepta la propuesta.

Manuela y Simón continúan con su amor, aún en medio de las tribulaciones de aquellos días. Suceden cosas insólitas, el ajetreo es completo, pareciera no haber sosiego; apenas el Libertador da un paso en positivo para solucionar un asunto, aparece un nuevo obstáculo y una nueva dificultad, no le dan tregua, se halla cansado, prematuramente envejecido; necesita tiempo para reponerse y requiere del amor de Manuela, de su cercanía, para lograr sus objetivos y dejar las cosas en orden antes de entregar el país a los hombres más capaces y esclarecidos.

Los desórdenes no cesan en todas partes, y Bolívar empieza a dirigir comunicaciones a Santander, a Sucre, a Olmedo, a José Lancaster, a fin de que se hagan los correctivos. También emitió un decreto sobre los derechos del indio y otro sobre el sistema educativo de Bolivia, donde resalta en cada uno de esos la igualdad entre todos los ciudadanos y los deberes del gobierno en dar educación al pueblo, la salud de una república depende de la moral que por la educación adquieren los ciudadanos desde su infancia. Y que el director general de enseñanza pública, Simón Rodríguez, diera cuenta al gobierno del estado de las escuelas, los colegios y de los fondos que los sostienen, para que a lo largo del país se establezcan escuelas primarias, colegios de ciencias y artes, y se construyan edificios para tales fines. Así, todos los fondos se reunirán en una sola administración en cada departamento, sujeta a una dirección general, con dotación suficiente.

Son muchas las preocupaciones de Bolívar para la educación, y esperas que su maestro Rodríguez las implemente mediante unas nuevas ideas. Cree que el gobierno forma la moral de los pueblos, y que la instrucción pública es fundamental para vivir bajo la influencia de un gobierno ilustrado, y deponer toda idea de ocio; para en vez de eso formar el espíritu y el corazón de la juventud, además de su decoro, aseo y vestimenta. Bolívar no solo hace énfasis en los aspectos morales y civiles, sino también en aquellos que tienen que ver con modales naturales y finos, el aseo físico del rostro, la dentadura y las manos, y todo ello redundará en algo favorable en el ánimo de las personas. Asimismo, estos modales e instrucciones prácticas se acompañarán de las respectivas ceremonias, etiquetas y modales. No se le escapan a Bolívar los detalles atinentes a juegos y recreaciones, tan necesarios para los niños como el alimento. Cree que el tratamiento de los niños entre sí debe ser de “tú”, y el de “señor” delante del director, quien debe ser un hombre sabio, y enseñar todo lo que le permita el tiempo. Los estudiantes deben aprender a escribir y los principios de la historia sagrada, la religión y el catecismo;

también la aritmética, la geografía nacional y universal; se crearán premios y actos extraordinarios de aplicación en ese proceso de instrucción pública que reconozca los sentimientos nobles de los seres humanos; también debe haber un día para las grandes solemnidades de la Patria, donde se congregará la sociedad y se formará a los ciudadanos del pueblo, que leerán en voz alta los triunfos de la juventud.

Bolívar ha pensado en todo ello, para que nuestros ciudadanos se encaminen por la senda de la rectitud. Hasta los grandes congresos que deben efectuarse para continuar engrandeciendo la patria común. Sigue aportando ideas para que nuestras naciones independientes obtengan nuevas garantías con el reconocimiento de España e Inglaterra, pero manteniendo intacto el orden interno; ninguno de ellos más débil ni más fuerte que el otro.

De los peligros que acechan a América, Bolívar piensa que uno de los más peligrosos es el de los partidos políticos. Por ello se ha animado a redactar la Constitución de Bolivia, la cual envió al general Sucre con un edecán, antes de que sus proyectos naufragasen en el sinnúmero de noticias malas que venían de todas partes. La Hacienda de Colombia está en peligro debido a los partidos, que tienen a la hacienda dividida; los empleados aumentan con la decadencia del tesoro, y entonces han comenzado a clamar en Venezuela por un nuevo imperio. Bolívar teme que lo mismo ocurra en Perú, y ante tal amenaza piensa que la solución puede ser el crear una federación general entre Bolivia, el Perú y Colombia mandada por un presidente y un vicepresidente, regida por la Constitución Boliviana. Lograr la unidad bajo una forma federal. Cada departamento mandará un diputado al Congreso General y estos se dividirán en las secciones correspondientes, y él, como Jefe que es, irá cada año a visitar los Departamentos en cada Estado. Después de esto, será más sencillo hacer que Colombia adopte el único partido que le queda de salvación. En esta federación general pone Bolívar toda su esperanza.

CAPÍTULO X

CONJURAS Y RETOS

Luego de dar las batallas militares, a Bolívar le queda ahora una tarea aún más difícil: librar una lucha moral por la unidad, estructurar las instituciones y consolidar las leyes. Su sueño, que es el sueño de todos, está en peligro. Se dirige a los congresos, llama a convenciones, desea la unidad y debe buscar apoyos dentro y fuera. Necesita del amor de Manuela Sáenz; necesita del afecto y la confianza de los patriotas; necesita de aliados internacionales, con el concurso de los mejores hombres y mujeres.

Dirige unas palabras al Congreso de Bolivia, eleva un mensaje para realizar una Convención en Ocaña. Exhorta a los legisladores, se dirige a los representantes del pueblo para lograr que se reúna esa convención, de donde podrán salir conclusiones útiles para la forja del nuevo gran país. Sigue en contacto con su amada Manuela, con quien mantiene una intensa correspondencia. Simón sale desde Bogotá hacia Bucaramanga, desde donde piensa seguir los pormenores de la Convención de Ocaña. Han continuado las intrigas políticas, creadas por los partidos.

Bolívar y Manuela han compartido el lecho, se han acariciado con pasión y ternura, se han entregado el uno al otro por completo, intensamente. En este mismo instante desayunan, toman sus alimentos y luego se relajan, reposan en sendos mecedores. Manuelita fuma con elegancia, el humo sale de su boca en pequeñas nubes y piruetas graciosas; su negra cabellera cae sobre sus finos hombros; sus ojos se mueven nerviosos mirando a los lados; luego se fijan en Bolívar, su amado, que tiene un gesto relajado, terminando de sorber del vaso un jugo de naranja dulce, y se levanta un momento, mientras Manuela lo observa.

—¿Entonces qué piensas, Manuelita mía? ¿Que Santander tenga buena parte de la responsabilidad en todo este enredo, en esta complicación?

—Sí, estoy segura, Simón. Las conspiraciones de Santander han debilitado mucho el proceso. De mí ha dicho de todo, tú lo sabes, hasta me ha tratado de ramera. Al conocer el ascenso que tú me diste, montó en cólera, celoso como está, cree que mis méritos son los tuyos, nada más.

—Tienes razón, Manuela. Me ha pedido que te degrade, y eso es el colmo. Ya le respondí en una carta, donde le explico su despropósito. Le he dicho claramente que no es más que una difamación vil y despreciable, fuera de toda realidad. Le he dicho que esa decisión de tu nombramiento no es solo mía, sino de Sucre, de su batallón de los “Húsares”, y de toda la oficialidad que se reunió para proponer tu nombramiento.

—Me parece que le has dado una lección —dijo Manuela.

—Sí —dijo el Libertador—. Además, le pregunté si él se sentía más justo que yo. “Venga entonces”, le dije, y salgamos al campo de batalla.

Manuela se acercó a Bolívar y le estampó un beso en los labios. Bolívar la ciñó por la cintura con ambas manos, la atrajo hacia él y le respondió el beso de manera apasionada, apretándola fuerte contra su cuerpo, para que el beso se prolongara, para sacarle más sabor a la boca de ella, sentir su aliento y su

presencia toda. Manuela se sintió excitada otra vez, y lo convidó con la mirada para que por la tarde volvieran al lecho a seguir disfrutando de su amor.

* * *

Sin embargo, Santander no era por entonces la preocupación central de Bolívar. Inglaterra recién ha reconocido la independencia de los nuevos estados hispanoamericanos, con lo cual también se reconocían los esfuerzos por la causa iniciados por Miranda, continuados por Hidalgo y San Martín. Cuando Bolívar marcha al Alto Perú, Manuela se siente bien por ello, muy feliz, aun sabiendo que pasará mucho tiempo sin ver a su amado Simón. Estaba muy enamorada. Pero a la vez contrariada, pues Bolívar no le dejaba seguridad de continuar aquel amor hasta el fin. Ambos se ven envueltos en un mar de decepciones y paradojas personales. Bolívar recuerda todo aquello con tristeza, pues sabe en el fondo que Manuela tiene razón: él no había sabido responderle del todo, como ella lo merecía, debido a su propia obstinación por llevar a cabo el sueño americano.

Si era necesario, Bolívar estaba dispuesto a perdonar a Santander. Manuelita seguía perseguida por los prejuicios morales de la sociedad pacata, tanto en el plano civil como en el militar. Bolívar sabía que Manuela tenía toda la razón. Finalmente se tejió toda una red de complots contra el Libertador: de Pedro Carujo, de José Padilla, de Florentino González, de Juan Nepomuceno y de otros personajes que comenzaron a ver en Bolívar a un dictador o un traidor, y conformaron una junta llamada "La Junta de los Siete." A ese complot se sumaba Santander. Estaban urdiendo un plan para asesinar a Bolívar. Se fueron reuniendo ciudadanos y oficiales y fueron enviados al cuartel de artillería, a armarse. Llegaban poco a poco. A las doce de la noche de un 25 de septiembre asaltaron el Palacio de Gobierno, rompieron dos puertas y depusieron al vigilante, siguieron después hacia la habitación donde dormía Bolívar, quien se había despertado ya con los ruidos que hicieron los hombres al tumbar la puerta y los gritos que profirieron al entrar.

Al derribar la puerta de la habitación de Bolívar los conjurados vieron, en lugar de la figura del Libertador, a la figura de Manuela Sáenz armada de una espada, observándolos a todos. Le preguntaron a ella por Bolívar y ella les dijo que su amado estaba en otra parte, que Simón ya había saltado por la ventana y estaba fuera del alcance de ellos. Manuela Sáenz les sostuvo la mirada a aquellos cobardes, a aquellos traidores.

Luego les siguieron un juicio, donde los condenados a muerte confesaron, acusando a Santander. Cayeron entonces Pedro Carujo, Florentino González y Luis Vargas Tejada. Más adelante, en Ocaña, se enfrentarían otra vez bolivarianos y santanderistas. También se corrió por ahí la especie de que Manuela Sáenz había construido un muñeco de trapo de tamaño natural que representaba a Santander, colgando bajo su cuello un letrero que decía: "Santander, muere por traidor." A raíz de aquel suceso, Manuelita es calificada de "loca".

Comenzó entonces a circular la idea de construir un nuevo imperio para Colombia, similar a los de Inglaterra o Francia. Bolívar declinaba cada vez más y más invitaciones para ejercer el poder supremo, hasta la soplaban al oído ideas de que hiciera como Napoleón, coronarse emperador de medio mundo. Se dio cuenta de que convertirse en dictador no era de por sí una salida. Una dictadura podía degenerar en un ejercicio de poder absoluto, el cual podía devenir a su vez en tiranía, o en el sometimiento de las masas a una voluntad única perjudicial.

Manuelita Sáenz pudo ver, entonces, que la revolución sin Bolívar estaba perdida, y se sumió en la tristeza. Le escribió numerosas cartas a su amante, pero Bolívar no podía responderlas todas. El atentado contra su vida lo había desmoralizado. Sus detractores ¿acaso pensaban que matándolo a él mataban al sueño de libertar a América? ¿Qué las batallas de Carabobo en Venezuela y de Ayacucho en Perú habían sido en vano? ¿Pretendían Santander y sus adláteres que Colombia era solo una entelequia personal?, se

preguntó el Libertador, mientras su pensamiento se posaba en los afectos recientes de Manuelita, su adorada mujer que le había contagiado tantos ánimos para la lucha. Estuvo separado de ella por dos años, y eso Manuela no se lo perdonó, que él hubiese sacrificado aquel gran amor que sentían. Bolívar les escribe a sus generales amigos para que continúen protegiendo a su amada, que se iba alejando de él, lentamente. No desea ser un dictador, pero sabe que su puesto garantiza la estabilidad de Colombia. Aquel año de 1828 fue realmente un infierno para él.

Se presenta un problema limítrofe en Colombia, y debe por que sí declarar una guerra al Perú. Todo se complica. Después debe partir al sur para impedir que las tropas peruanas lleguen a Bolivia. Comienzan a aparecer enemigos por todos lados. Finalmente, se le ocurre la idea de formar un congreso, al que llama “Congreso admirable,” y a la vez convoca a unas primeras elecciones que pudieran producirse por el año de 1830. Su salud se va resintiendo, ya no es el mismo de antes, siente fatiga, pero le urge realizar el tratado de paz en el Perú. Le informa de todos estos proyectos y noticias a Manuelita en nuevas cartas. Se anima por momentos. Pero una enfermedad biliar lo sacude. Requiere la ayuda de Antonio José de Sucre para consolidar a Bolivia. En varias cartas, Sucre le dice que hay muchas fricciones entre sus generales, que la gente odia a los argentinos y prefiere agregarse al Perú; en el Río de la Plata tampoco los quieren como vecinos. Sucre acepta todas las posibilidades que le transfiere Bolívar, y con ello también le comunica las envidias y los odios que concita. Bolívar también pide la ayuda de Simón Rodríguez, quien está dispuesto a trabajar por le educación en esos países.

En el Perú los nuevos gobernantes, los generales Gamarra y Santa Cruz han comenzado una campaña de descrédito contra Bolívar, y a crear un clima negativo. América se encuentra acechada por todo tipo de desórdenes, el ideal de la patria grande se va desmembrando poco a poco, el gobierno está mal constituido. A pesar de ello, en Venezuela las cuestiones de gobierno

no están tan mal, controladas de momento por José Antonio Páez. Pero la anarquía reinante en Bolivia es una enfermedad, mientras que en Perú se intenta imponer el régimen federal, lo cual facilitará las cosas a los anarquistas, quienes aprovecharán las situaciones de crisis para devastar a estos pueblos. Esto es lo que piensa Sucre y se lo comunica a Bolívar en una carta: es urgente fijar en el Perú un sistema sólido de gobierno.

En el Perú el comandante José Bustamante se alzó e hizo expulsar a Jacinto Lara y a otros oficiales de Colombia, y Sucre tuvo noticias de que allá habían salido tropas para insurreccionar a Bolivia, lo cual es el colmo; noticias que pusieron muy contento a Santander, pues iban en contra de la voluntad de Bolívar, quien ha corrido a Caracas a mitigar nuevas insurrecciones, reconociendo allá el trabajo de Páez. Empiezan los generales traidores a actuar. Un tal general Gamarra espera en Puno; otro coronel llamado Pedro Blanco llega con sus batallones a informar a Gamarra. Todos se habían confabulado ya contra Sucre, sobre todo Gamarra, que estaba ya resentido con Sucre porque éste no lo había nombrado en el parte de guerra de la Batalla de Ayacucho. Sucre lo encaró y le dijo traidor, y entonces Blanco se alió con Gamarra.

Bolívar estaba muy nervioso con todo esto, porque Sucre estaba rodeado de gente mala, de generales envidiosos, a quienes se había unido un doctor de apellido Olañeta, que acusó públicamente a Sucre y a Bolívar de herejes. Una turba de falsos revolucionarios saqueó al Palacio de gobierno y estuvieron a punto de matar a Sucre, si un grupo de valerosas e inteligentes mujeres no lo hubieran ayudado. Más tarde enviaron a una turba de indios borrachos a perseguir al mariscal de Ayacucho, que logró salir airoso de aquel complot, de milagro.

Sucre logró después controlar la situación con la ayuda del coronel Francisco López, prefecto del Potosí, que con solo ochenta hombres pudo manejar la acción destructiva de los saboteadores. Esto hizo huir a Olañeta

al Potosí. Gamarra y Olañeta se convirtieron en Perú en los principales enemigos de Sucre y de Bolívar. El general Sucre también estaba muy cansado, exhausto con todo tipo de intrigas y atentados; sabían que era una pieza clave de Bolívar y le tenían el ojo puesto. Sucre había sufrido un accidente y tenía un brazo roto, que le dolía mucho; el brazo derecho lo llevaba tan estropeado que duró más de tres meses para sanarse.

El gobierno peruano comenzó a manejar la idea de que se volviera a refundir Bolivia al gobierno del Perú, ignorando todos los esfuerzos que se habían hecho para fundar la nueva nación. Sucre y Bolívar rechazaron esa idea, y las gentes del pueblo también, como lo mostraron al entrar allí las tropas agresoras, cuando tuvieron la enérgica protesta de los Diputados al Congreso Constitucional presentes en la ciudad, convenciendo a los peruanos de que los bolivianos sí querían su independencia, a pesar de los movimientos emprendidos otra vez por parte del coronel Pedro Blanco para desmembrar al país. Entonces los soldados patriotas salieron a dar batalla y obtuvieron el triunfo.

Pero los sediciosos continuaron en su empeño de agredir a Bolivia. Entraban en los pueblos para saquearlos y amedrentar a sus pobladores. Pero los bolivianos no se dejaron. Pudieron repeler a los invasores. Sucre entonces deseaba librar una nueva batalla interna contra los traidores, y Bolívar estaba entusiasmado con aquella idea.

—Estoy orgulloso de Sucre —dijo Bolívar a un grupo de oficiales que le acompañaban—. Se ha portado como un valiente y nos ha demostrado a todos que tiene un temple especial para las estrategias y para la diplomacia —recalcó a los oficiales. Y continuó—: Debemos confiar en él, porque también el pueblo boliviano lo apoya. Han salido a defenderlo de los militares traidores, y hasta ahora lo han logrado. La situación está muy delicada —le dijo al edecán—: Lleve estas cartas ahora mismo al mensajero para que las distribuya —ordenó.

—Sí, mi general. ¿Y en quién confía ahora Sucre allá en Bolivia? —preguntó un oficial.

—Creo que en el general llamado Urdinidea. Yo no lo conozco bien, pero Sucre confía en él. Según me dicen, tiene bastantes méritos.

Pero Bolívar y Sucre estaban equivocados. El general Urdinidea había apoyado el uso de la fuerza, e impuso a Bolivia condiciones más fuertes y ofensivas que las de un conquistador. Obligó a abrir las sesiones de deliberación bajo el temor de las bayonetas, y terminó siendo un militar bárbaro y sin educación. Urdinidea quería también que el Perú se adueñara de toda esa región para que volviera la monarquía española a reinar allí. Empezaron a hacer una serie de reformas, apoyados en las amenazas con armas.

Sin embargo, Sucre emprende iniciativas, construye escuelas, se organiza la agricultura; se crea un cuerpo de policía y se organizan los monasterios. También se propone a Cochabamba como capital de la república. Se construyen los edificios para los cuerpos legislativos; quedaba pendiente la Hacienda Pública. Sucre hizo todo esto, pero ya estaba cansado. Quería retirarse a vivir con su esposa Mariana Carcelén. Solicitó todo eso al Congreso Boliviano, que se lo acepta, y entonces Sucre se despide de Bolivia como de una obra ya hecha. Ya había luchado por quince años en medio de tanta agitación, de tantos partidos que se revolvían unos contra otros, de tantas rencillas. Pero confiaba, de todos modos, en las leyes, como Bolívar. La idea era que aquellos países continuaran conduciéndose con las leyes y con el ejecutivo, y no por la fuerza militar.

Sucre se encuentra exhausto, pero arregla por fin a través de un poder su matrimonio con Mariana Carcelén, y luego va a encontrarla a Quito. Está impaciente. Se halla enfermo, va herido en el camino, con un brazo fracturado, y pasa así por varias ciudades: Chuquisaca, Cobija, El Callao, oyendo en el camino cuentos acerca de la nueva proclama de Bolívar; le llega la noticia de que en Bolivia el general Urdinidea ha traicionado la causa de

su país, desmoralizando al ejecutivo y haciendo que su cómplice, el general Gamarra, presione a los Ministros para que dimitan de sus cargos, toda una vergüenza. Entonces el Congreso se disolvió y llegaron los arribistas. En Chuquisaca entraron tropas a dirigir las sesiones del Congreso. Gamarra continúa con sus amenazas, pero le tiene mucho miedo a Bolívar, que lo está esperando para darle batalla. Se encuentra al acecho.

Sucre por fin llega a Quito, a disfrutar de la compañía de una familia de la que ha sido privado durante quince años. El anhelo de estar junto a Mariana se ha cumplido. En el ambiente político advierte un disgusto general por la guerra con el Perú. Se ha enterado también del atentado contra Bolívar, y ello lo ha decepcionado en alto grado. Nunca pudo imaginarse semejante traición a quien considera un padre espiritual. Hasta habían dicho las malas lenguas que Sucre le había escrito a Santander hablándole cosas contra Bolívar, han dicho de todo. Incluso en el propio Quito han tratado a Sucre como a un extraño, y han amenazado a la madre de Mariana Carcelén con llevarla presa porque tiene una deuda de trescientos pesos.

De todo aquello se ha ido informando Bolívar, que se encuentra profundamente molesto por el trato que se le está dando a Sucre. Pareciera que se han puesto de acuerdo para molestarlos a ambos. Saben que la familia de Mariana Carcelén está corriendo con los gastos de Sucre, y entonces quieren humillarlo, pues Sucre los ha contenido antes, por no consentir sus arbitrariedades. Se halla profundamente decepcionado. Apenas, sus ahorros le han servido para cubrir los gastos de su salud y los gastos domésticos; ante el asedio de los dimes y diretes, de los chismes e infamias, tienen irritados a Sucre y a Bolívar.

Pero el Libertador se ocupa en otras cosas; logra firmar un tratado de paz con el Perú y debe ir a Bogotá a instalar el Congreso Admirable, a fin de evitar la disolución de la Gran Colombia. En una de esas noches en que requiere de un profundo descanso, se acuesta a dormir y tiene, a ratos,

sueños raros, se despierta y recuerda, pero después vuelve a soñar y así, en las entretelas de la vigilia, en el territorio del entresueño percibe la imagen de su padre Juan Vicente Bolívar Ponce y a María Concepción Palacios y Sojo, su madre, de cabellos negros, piel muy blanca y ojos grandes, que lo acaricia siendo niño, es el menor de los hermanos, de dos varones y dos hembras. Le dieron a él el nombre de Simón, un nombre común. María Concepción le acaricia el cabello, y él a su vez mira la cabellera de su madre y la acaricia también: en medio de las caricias nota que ella está enferma, sufre de tos y ya no puede acariciarlo más y él le pregunta qué te sucede, madrecita mía, la ve débil y llorosa, mamá qué te pasa, en qué puedo ayudarte, le ruega, pero ella sigue tosiendo y llora, no puede parar de llorar y ella se retira entonces para no contagiarlo, y Simón va a buscar a su mamá que se interna por unos cuartos oscuros, por unas habitaciones laberínticas donde el niño Simón se pierde. “¡Mamá, mamá!” grita Simoncito y la sigue y oye solo una voz que le dice: “¡Te quiero mucho hijo mío, eres lo que yo más amo en este mundo, y dentro de un rato te encontraré para contarte algo!” En efecto, la mamá sale de la tiniebla con un mejor semblante; ya no está pálida si no sonrosada y no está tosiendo: su voz es diáfana y empieza a cantarle a Simón canciones dulces, poquito a poco ambos se van suspendiendo en medio de nubes felices, de algodones etéreos sobre los que ambos viajan contemplando el azul del cielo, mientras divisan desde arriba el rostro de su padre Juan Vicente que les observa con una gran sonrisa, y esa sonrisa buena llena ahora parte del cielo y se va a unir a la canción de cuna que está oyendo Simoncito, el niño Simón que llora de alegría al comprobar la existencia de un edén.

Bolívar despierta de ese sueño y está contento. Su madre había muerto cuando él contaba apenas nueve años, y quedó viuda desde que él tenía solo seis, pues Juan Vicente también se había despedido hacia las ignoras regiones y entonces el muchacho debió vivir bajo la tutela de su abuelo y de sus tíos maternos. El niño Simón no tenía conciencia de la muerte de

sus padres. Su madre se había alejado un poco de él por temor a contagiarlo de tuberculosis, la terrible enfermedad de aquellos años. Más tarde Simón clamaría por su madre para que ella le explicara todo, el origen de su familia y de todos ellos, y ante esa imposibilidad acude a un tío hermano de su madre, quien le explica al niño Simón que sus hermanos y sobrinos están sepultados en los campos, pues han entregado su vida a la lucha por conquistar la República, por amor a la justicia y por el deseo tener una patria libre. Y entonces Simoncito, al oír estas palabras, llora y grita, está orgulloso y triste a la vez, no sabe qué pensar ni qué sentir, siente rabia, amor, impotencia, está lleno de un furor que no comprende bien, pero que más tarde se convertirá en reflexión; se volcará sobre lecturas y sobre pensamientos y sueños. Ya ha recorrido lo suficiente patios y jardines en las casonas, ya ha comido de los dulces frutos, de los granados, las guayabas y naranjas; ha inhalado el olor de las flores, de los nardos y los azahares, ha montado en pequeños potros y disfrutado de cabalgatas, y ha jugado con sus amigos. La negra Hipólita y la negra Matea ven que ya está grandecito, fuerte y ágil, pese a su baja estatura y complexión delgada, está lleno de una fuerza que lo impregna de seguridad y le permite calibrar bien los esfuerzos del pueblo, la humillación que sufren los esclavos y la servidumbre, y aprecia las horribles muecas de los déspotas, de los envidiosos y los avaros. Todo esto ha visto Simón en una suerte de caleidoscopio, como si sus recuerdos se proyectaran en una superficie donde él puede verlos sin inconvenientes, en una sucesión de imágenes mezcladas de donde surgen olores y sabores, sensaciones mezcladas a remembranzas, desasosiegos y preguntas sin réplicas, interrogantes cuyas respuestas solo pueden ser dadas por la lectura y el estudio.

Todo aquello se construye dentro de la conciencia de Simón, para forjar su carácter y personalidad. A veces se ponía a pensar sobre las cosas que decía la negra Hipólita acerca del mundo que la rodeaba, y sus comentarios sobre lo que había leído por ahí acerca de otros países, le cantaba melodías

que le gustaban y él la veía como a una madre. En cambio, la negra Matea era una esclava enjuta, una mujer joven que siempre andaba con un pañuelo de colores en la cabeza, y acompañaba a Simoncito a jugar y lo secundaba en sus tremenduras, le contaba cuentos surgidos de la imaginación del pueblo que nutrieron mucho la fantasía del niño, y su capacidad de soñar. Recordó Simón, esa misma noche de entresueños, a don Miguel José Sanz, un hombre más bien hosco, que pronto sintió rebelde al muchacho; y a los maestros Simón Rodríguez y Andrés Bello, sus tutores, quienes terminaron de formarlo.

Ya es de mañana. Bolívar sale de su modorra de sensaciones. Su sueño se ha bamboleado entre el recuerdo y el delirio, entre imágenes imposibles y símbolos órficos; pero todo aquello le ha hecho bien, y ha podido identificarse otra vez con los retos que le propone la realidad, con los anhelos de un espíritu que debe seguir hacia adelante, luchando siempre.

CAPÍTULO XI

DÍAS EN OCAÑA Y BUCARAMANGA

Una vez instalado el Congreso en Ocaña, Bolívar marcha a la ciudad de Bucaramanga a descansar por una temporada, mientras espera las decisiones surgidas del congreso. En aquella ciudad se hizo acompañar de algunos amigos, especialmente del francés Luis Perú de Lacroix, quien había luchado bajo las órdenes de Napoleón y había llegado ser general de la Gran Colombia; era buen amigo y confidente de Bolívar, anfitrión y escritor que le inspira la suficiente confianza como para transmitirle infidencias que no había revelado antes, o talvez se las hace tomándolo también como pretexto para hacer un examen desprejuiciado y sincero de la dramática situación que se está viviendo, más allá de las cartas y las comunicaciones oficiales. Esto le hace muy bien al Libertador, es para él como una especie de catarsis, de terapéutica, de desahogo para sus decepciones. Piensa dirigirse a Bogotá, pero pasará antes por Cúcuta, aun cuando no espera grandes cosas de la convención en Ocaña; ha visto como sus compañeros de lucha se manejan

dentro de una calma crispante, protegiendo sus propios intereses y el de los partidos. Ahora se encuentra conversando con Luis Perú de Lacroix.

—Mis amigos han obrado con poco tino y con menos política —dice Bolívar—. Vieron que había un partido santanderista y por eso han querido oponerle un partido boliviano, al que pensaron engrosar con los del partido neutral, en lugar de entrar ellos en aquel recinto sin hablar de partidos. Ya es tarde, la suerte está echada —dijo Bolívar con gesto contrariado.

—¿Pero, señor, por qué usted no comunicó a sus amigos esa sabia idea? —pregunto De Lacroix.

—Pues porque no he querido influir en los negocios de la convención, sino ver lo que está pasando ahí, sin dar consejos particulares a nadie. Que todo el bien o el mal que salga de ella, sea todo suyo.

En ese momento en que hablan, llaman a la puerta. Es un tal señor Molina que desea ver a De Lacroix. Trae noticias de la Convención donde han votado sobre la forma de gobierno y han determinado que éste sea el sistema central, con una mayoría de las dos terceras partes, noticia que causa mucho placer al Libertador. Sin embargo, esto no se ha comunicado oficialmente por escrito.

Se puso Bolívar de buen humor con la noticia, y con otra donde se anuncia que habrá esa noche un baile en una casa cercana; la cara de Bolívar se llena de contento, aun cuando no podrá ir debido a la permanente fatiga que siente. De Lacroix se arregla y marcha entusiasta a la fiesta, la cual se extiende por lo menos durante cuatro horas. Cuando regresa, halla acostado a Bolívar en su hamaca.

—¿Cómo estuvo el baile? —pregunta Bolívar.

—Muy bueno, había muchas señoritas y alegría —contesta De Lacroix.

—Yo fui muy aficionado al baile, pero esa pasión ya se ha apagado en mí —dijo Bolívar—. El valse es la pasión musical que siempre he preferido. He

bailado por horas enteras, haciendo locuras. En los cuarteles generales y en las villas bailábamos casi todas las noches. Después de ahí íbamos a pronunciar algunas órdenes o a dictar cartas, pero después seguíamos bailando, y entonces las ideas nos surgían más fuertes, y hasta con un estilo más elocuente. Debe usted creerme, mi querido amigo...

—¿De veras, maestro?

—En serio, De Lacroix. El baile me inspiraba, y excitaba mi imaginación.

—Increíble lo que me está diciendo, Su Excelencia, que el baile pueda influir en la manera de escribir —dijo De Lacroix.

—Hay hombres que necesitan estar solos o retirados para poder pensar, pero yo no, yo reflexiono y necesito estar en medio de la gente, comparando o disintiendo con los demás, o para decirlo de otro modo, de los placeres, del ruido o de las balas... no me importa.

—¡Ja, ja, ja! —rio De Lacroix.

—En serio, De Lacroix, así lo hacía, y también dictaba varias cartas al mismo tiempo, eso también lo he hecho... dígame si esto no es algo original —dijo Bolívar, sonriendo.

El rostro de Bolívar se ilumina de alegría por un momento, pero después vuelve a entrar en meditación grave, cuando se acuerda de las traiciones.

—Vea la conducta de Santander en Bogotá, durante mi ausencia...o la de Páez en Venezuela; o la de Bermúdez en Maturín, que han contrariado mi marcha...

—Casi no lo puedo creer, Su Excelencia —dijo De Lacroix.

—Sí, y la de Arismendi y la de Mariño. Ellos han ocupado los primeros destinos de Colombia y ahora están impidiendo la organización del país. Han sembrado discordia y perdido la moral pública, insubordinando al ejército.

—Dios mío, mi general, cuánto lo siento...

—La República está amenazada por la disolución, y con la desastrosa anarquía que se está preparando.

—Caramba, Bolívar, qué lástima que todo esto esté ocurriendo... Lo que hace falta aquí es un gobierno fuerte, estable, con tranquilidad interior y confianza.

—Yo ni siquiera me permití nombrar a nadie de mi familia en el gobierno, como lo hizo Napoleón —dijo Bolívar.

—¿No ha puesto a nadie de su familia en el poder? —preguntó De Lacroix.

—No. Ni siquiera a mi edecán Andrés Ibarra que es mi pariente, fiel patriota, noble y honesto. Apenas ha quedado de capitán, pero merecía ser general. Y otro familiar mío, mi sobrino Anacleto Clemente, que ha quedado con el grado de teniente coronel —dijo Bolívar, con el rostro lleno de cansancio— y a Fernando Bolívar, mi sobrino hijo de mi hermano mayor... —y diciendo esto, Bolívar, al poco rato, se quedó dormido en la hamaca.

* * *

Al otro día Bolívar se reunió con Soublette y fue a conversar con él dando un paseo a caballo por las cercanías, hablando de noticias menores de la guerra, ya extinta. Pero siguen llegando las noticias, sobre todo acerca del general Juan José Flores, a quien Bolívar considera una persona generosa y de gran valor, de talento natural, que se ha ido desarrollado por medio del estudio.

—El general Juan José Flores está llamado a hacer un papel considerable en este país, en esa misión que tiene de unir a Guayaquil y Quito en un solo país el Ecuador, yo le tengo confianza a pesar de lo que puedan decir de él los chismosos de oficio. Es mucho mejor que Santander —afirma Bolívar.

De Lacroix no dice nada acerca del general Flores, pues no le conoce, pero si toma la palabra para preguntarle a Bolívar:

—¿Y cómo siente usted la marcha de la convención en Ocaña?

—Creo que ahorita la convención se ha negado a oír los reclamos de los pueblos y del ejército, y exige del jefe del poder ejecutivo medidas de represión contra quienes firman los documentos.

Casi todas las tardes Bolívar salía a pasear por el campo, a refrescar la cabeza, como decía él. En algunos de aquellos paseos le acompañaban de vez en cuando generales y oficiales; Soubllette, sobre todo. Un día le llega a Bolívar una carta de O'Leary, edecán y cronista. Se trata de una carta de Pedro Briceño Méndez, donde le dice que un asistente de Santander lo había oído a éste hablar sobre el Libertador, diciendo que trataban de enviar a Bucaramanga a un oficial para asesinarlo. Y al día siguiente lo fue a contar a una señora que había sido amiga del general Bolívar. Se corrió como pólvora esa información, en forma de rumor y chisme. Pero al Libertador no le asombró mucho el hecho, pues ya estaba acostumbrado a tales dimes y diretes.

Lo que sí era cierto es que había días en que amanecía más contento, su humor era muy variable, a veces tenía mejor temple y se ponía a hablar con los emisarios durante los almuerzos, y la gente le traía noticias de varias partes. Un buen día Bolívar se puso a narrar varias anécdotas de sus viajes a Europa, esta vez nada menos que del general Napoleón Bonaparte, cuando estaba en Italia.

—Qué Estado Mayor tan numeroso tenía Napoleón —dijo—, y también sus uniformes estaban cubiertos de oro y ricos bordados en sus charreteras; llevaba un sombrero sin galón y una casaca sin ornamento. Me gustaría mucho que se hubiera adoptado para mí aquel uso, si no hubieran creído que lo hacía para imitar a Napoleón —afirmó Bolívar, al tiempo que advertía los marcados contrastes entre la opulencia del imperio y la absoluta miseria del pueblo.

Ahí en Bucaramanga Bolívar oscilaba entre los grandes recuerdos de sus viajes y las amargas insidias que se tejían a su alrededor. A veces Luis Perú

de Lacroix le insistía en pequeños detalles, que el Libertador no tenía el inconveniente en referir, aunque fuesen insignificantes; como por ejemplo la diferencia que existía entre el edecán Andrés Ibarra, pariente del Libertador y O'Leary, también edecán, a quienes Bolívar se refería indistintamente como primeros edecanes suyos. Curioso era en verdad cómo Bolívar establecía una especie de clasificación entre los generales de la república diciendo que unos poseían el genio militar y los conocimientos de ese arte tanto en la teoría como en la práctica, y a quienes se podía encargar el mando de un ejército, y eran buenos tanto en combate como en gabinete, y estos eran muy pocos: Sucre, Flores, Montilla y Urdaneta, y después de estos Bermúdez y Mariño. Después venían los que tenían mucho valor y solo eran buenos en el campo de batalla como Páez, Valdés, Tadeo Monagas, Córdoba, Lara, Silva y Carreño; por otra parte, estaban los que eran propios para los servicios del Estado Mayor y más hábiles en el gabinete que en el campo de batalla, como Soubllette, Salom y Santander; y una cuarta clase que eran aquellos que ni en valor ni en conocimiento funcionaban, ni en la parte activa ni la directiva tenían cualidades, como Arismendi. Todas estas infidencias las contaba Bolívar a Luis Perú de Lacroix, y éste no sabía bien por qué, pero lo cierto es que se soltaba a hablar con él de esto y aquello, y todo lo decía de la manera más natural, como aquel día cuando le confesó cómo era O'Leary, a quien describía como a una persona satírica, culta, memorialista, con facilidad para comunicarse y para escribir, pero confuso, cizañero, y que ahí mismo en Ocaña hacía cosas engañosas y tramposas. Hasta es una persona intrigante, viva y astuta, dijo Bolívar, pero también hipócrita.

El Bolívar real de carne y hueso es el que llega a Bucaramanga en aquella ocasión; un hombre despojado que puede decir todo lo que siente porque está decepcionado y se siente traicionado por los más allegados. Luis Perú de Lacroix había sido encomendado por Bolívar a llevar un diario, y por ello quizá se suelta con él, quien se caracteriza por ser un hombre noble que

no emite juicios por adelantado, un hombre parco, y a Bolívar le gustaba eso. Con él hablaba de todo, se sentía relajado y en confianza y se dirige a él sin adornar las palabras; le echa cuentos y le narra detalles con la mayor naturalidad; muchos de estos son muy alegres y él les pone siempre un ingrediente picante cuando se encuentra en confianza. Si no es así, no dice nada. Por ejemplo, le dijo que en los primeros tiempos de la república se buscaban hombres para la causa y para la guerra y que el primer mérito era el de ser bien parecido o guapo, como decían entonces; ser buenosmozos y matar muchos españoles para llegar a tener fama de terribles, todo eso era bueno con tal de que pelearan con valor, pues a nadie se le podía dar dinero porque no había, y solo se le podían imponer grados, premiar sus hazañas y estimular el valor. Individuos de todas las castas se hallaban entre nuestros generales, jefes y oficiales, y la mayoría de ellos eran brutales: fue un mal necesario. Tan es de suelta la lengua del Libertador, que es bueno ver cómo su verbo fluye cuando dice cosas como:

—Mi genio, mi carácter, mis pasiones me pusieron en el camino; mi ambición, mi constancia y la fogosidad de mi imaginación me han hecho seguir y me han mantenido. Oigan esto: huérfano a la edad de 16 años, rico me fui a Europa, después de haber visto a México y a la ciudad de la Habana fui entonces a Madrid bien enamorado, y me casé con la sobrina del viejo marqués del Toro, Teresa Toro y Alaiza. Volví desde Europa a Caracas en el año de 1801 con mi esposa, y les aseguro que entonces mi cabeza solo estaba llena con los vapores del más violento amor, y no con ideas políticas, porque estas todavía no habían tocado mi imaginación; muerta mi mujer y desolado yo con aquella pérdida precoz e inesperada, volví para España y de Madrid pasé a Francia y después a Italia. Ya entonces iba tomando algún interés en los negocios públicos, la política me interesaba, me ocupaba, y seguía sus variados movimientos. Vi en París, en el último mes del año 1804, el coronamiento de Napoleón: aquel acto o función magnífica me

entusiasmo, pero menos su pompa que los sentimientos de amor que un inmenso pueblo manifestaba al héroe francés; aquella efusión general de todos los corazones, aquel libre y espontáneo movimiento popular excitado por las glorias, las heroicas hazañas de Napoleón, vitoreado en aquel momento por más de un millón de individuos me pareció ser el último grado de aspiración, el último deseo como la última ambición del hombre.

Bolívar tomó un poco de agua de un vaso de peltre y continuó:

—La corona que se puso Napoleón sobre la cabeza la miré como una cosa miserable y de moda gótica: lo que me pareció grande fue la aclamación universal y el interés que inspiraba su persona. Esto, lo confieso, me hizo pensar en la esclavitud de mi país y en la gloria que cabría a quien lo libertare; pero ¡cuán lejos me hallaba en imaginar que tal fortuna me aguardaba! Más tarde sí empecé a lisonjearme en que un día podría yo cooperar a su libertad, pero no que haría yo el primer papel en aquel gran acontecimiento. Sin la muerte de mi mujer no hubiera hecho mi segundo viaje a Europa, y es de creer que en Caracas o en San Mateo no me habrían nacido las ideas que me vinieron en mis viajes, y en América no hubiera tomado aquella experiencia ni hecho aquel estudio del mundo, de los hombres y de las cosas que tanto me han servido en todo el curso de mi carrera política. La muerte de mi mujer me puso muy temprano sobre el camino de la política, me hizo seguir después el carro de Marte, en lugar de seguir el arado de Ceres: vea pues usted si ha influido o no mi suerte.

Así fue como esa noche Bolívar nos hizo una síntesis del nacimiento de su ideal.

Lo cierto es que Bolívar se electriza cada vez que habla sobre sus viajes a Europa. Pero aquella era una confesión muy íntima que estaba haciendo y aquellos días en Bucaramanga transcurrieron así, entre efusivos y reflexivos, nunca vistió Bolívar el traje militar mientras estuvo allí. Se sentía libre. Iba casi todos los días a misa por la mañana, la cual era impartida por un padre

que no tenía hora fija para comenzar y Bolívar casi nunca hablaba con él, aparte de estar en la misa; y por la tarde o de noche asistía a veladas donde mostraba su buen humor.

Una noche les habló de la historia de Lope de Aguirre y de ahí pasó en esa misma noche lluviosa a hablar del general Sucre, donde insistió en decir que éste era el primer general de la república y el primer hombre de Estado, un hombre de principios y de moralidad ejemplar, de alma grande y fuerte, que persuade y sabe juzgar a los hombres, pero también saca a relucir sus propios defectos como el de querer mostrarse demasiado sencillo o demasiado popular, cuando en realidad no lo es, pero esos son defectos menores. También afirma que Sucre es muy valiente, leal y partidario del orden, amigo de las leyes y enemigo del despotismo, de la anarquía y un verdadero liberal.

Y en una sola noche pasó de hablar sobre Sucre al tema de la masonería, que lo apasionaba: en París se había recibido como masón, y que aquel grado le había bastado para juzgar lo ridículo de aquella Asociación. Había algunos hombres de mérito ahí, pero también muchos fanáticos y embusteros y tontos burlados, que parecen niños jugando con señas y palabras hebraicas, cintas y galardones, y que la política puede sacar partido de los masones; le confesó a De Lacroix que, si se hubiese hecho masón de verdad, hubiera atraído el odio y la censura de toda la nación, que estaba en manos del clero y de los frailes, y aquello solo le hubiera perjudicado.

* * *

Las cartas llegan de Venezuela y le traen varias noticias que hablan del estado de miseria vivido en el país, del estado de muerte en que se encuentran los negocios mercantiles y la agricultura; casi todas le refieren esto, menos las cartas del general Páez, quien dice que los negocios suyos van muy bien, y halaga de paso a Bolívar con un montón de adjetivos superfluos, de seguro redactados por un escribiente; y pese a ser su amigo, dice Bolívar, Páez es

un hombre ambicioso y vanidoso que no quiere obedecer si no mandar, no quiere ver a nadie más arriba que él en la política de Colombia, está ciego por su propia ignorancia, solo impone su voluntad, y es muy peligroso porque posee medios de ejecución y prestigio entre los llaneros, que son como unos cosacos, y puede influir en la plebe fácilmente.

Le dijo esto tan delicado a De Lacroix haciendo énfasis en que fuese reservado, pues la verdad siempre, tarde o temprano, sale a flote. Ese mismo día se quejó de su secretario particular, que le llevaba las cartas de un tal Santana, un hombre delgado y cínico, un débil nervioso, y después se reunió con el general Soublette a contestar unas correspondencias oficiales que habían llegado de Venezuela.

Bolívar recibía todo tipo de noticias mezcladas, malas y buenas, verdaderas y falsas, chismes e infundios y datos ciertos; no era tan fácil distinguir unos de otros. Un día le decían que en la convención de Ocaña no estaban de acuerdo con Santander, o le decían que hiciera favores personales a amigos de O'Leary y Soublette, que eran cuñados, o que le dieran un pasaporte para Jamaica a un amigo de ellos, el coronel Manuel Muñoz, a lo que el Libertador se opuso; o el conocido desprecio que sentía Bolívar por un tal coronel Hilario López y por el coronel José María Obando, un malvado, un tipo cruel y un bandolero, y su amigo el Obispo de Popayán. Santander había comenzado a implementar en serio todas sus intrigas en el seno del congreso de Ocaña, y a demorar la ejecución de las leyes, a fortalecer su propio partido y, solapado como era, a conspirar contra Bolívar, contando para ello con un buen número de cómplices convencidos.

Bolívar y su grupo de amigos o edecanes se reunían por las noches a jugar la ropilla, el juego de baraja español de cuarenta cartas que causaba adicción en las personas, sobre todo lo hacían para distraerse de la cantidad tan grande de malas noticias y chismes, y para que la digestión se hiciera mejor. A pesar de su carácter jovial, su anfitrión observaba que las malas

ideas alteraban casi siempre el comportamiento de Bolívar; mientras toma los alimentos mantiene el buen humor y gusta de las anécdotas graciosas; a menudo hace el elogio del vino o del baile; se detiene a hablar largo rato sobre el vino o sobre la mantequilla, exquisita la mantequilla, pero biliosa, dice, aunque siempre la defiende porque es muy sabrosa.

El Libertador pasaba de un tema a otro con extrema facilidad, podía pasar de la mantequilla a un problema de Estado o a un problema militar. Justo en una de esas noches fueron a casa del general Soubllette, a reunirse todos. Bolívar había tomado posesión de la hamaca cuando llegaron con correspondencia y un impreso de Lima con una proclama del general Sucre, presidente de Bolivia, que todos consideraron muy bien escrita, la cual Bolívar pasó a diseccionar palabra por palabra con muy mal humor, y de ahí pasó a hablar del gobierno de tipo teocrático diciendo que éste era el que más convenía a los pueblos de América del Sur; hablaba de todo, de la antigua república de los Césares comparando a los demagogos de antes con los demagogos colombianos; habló de Grecia y del furor revolucionario de los griegos en varias repúblicas, y hasta cuando estaba jugando a las cartas, a la rodilla o al tresillo, Bolívar hace chanzas y se burla de sus adversarios; y cuando pierde en el juego se irrita, se comporta como cualquier hombre corriente, y eso es bueno porque es humano. Se pone bravo cuando pierde dinero, y entonces reflexiona, pues si él pierde el juicio cuando el juego no lo favorece, entonces como serán los verdaderos viciosos del juego cuando pierden, será un tormento para ellos, observa, y después elogia la calma del general Soubllette cuando está jugando.

Siguen las noticias de Ocaña. En una de las cartas particulares, dice que el proyecto de Constitución presentado por la comisión será rechazado, cosa que lo perturbó, pero no dijo mucho más sobre eso. En cambio por la tarde cuando iban los generales a pasear, Bolívar prefirió quedarse y estuvo hablando con Luis Perú y tocaron el tema filosófico del alma, diciendo

Bolívar que los filósofos habían divagado mucho sobre ese tema y que muchos filósofos modernos lo habían imitado, haciendo luego una especulación que se podría condensar en las siguientes palabras:

—El alma —dijo Bolívar— tiene la facultad de sentir y de recibir las impresiones de nuestros sentidos, pero no tiene la facultad de pensar, pues no admite ideas innatas. El hombre tiene un cuerpo material y una inteligencia representada por el cerebro, una secreción del cerebro y su producto que es el alma, la inteligencia o espíritu son lo mismo. La vida no es sino el resultado de la unión de dos principios: el de la contractilidad o facultad del cuerpo material y el de la sensibilidad, facultad del cerebro o inteligencia, y la vida se acaba cuando cesa esa unión: entonces el cerebro muere con el cuerpo, pues desaparece la secreción de inteligencia.

Ninguna de estas ideas profundas le hacen olvidarse de la vida cotidiana y del juego de la ropilla que tanto lo apasiona, que requiere de una excelente estrategia entre los jugadores y le ha hecho perder mucho dinero, y compara entonces esa adicción suya al juego con los abusos y de los engaños que ha sufrido en política, y que estos se hallan por debajo del sentimiento de fracaso si se los compara al hecho de perder en una mesa jugando ropilla, que es una acción tan frívola, y eso lo irrita y lo pone indiscreto cuando pierde.

—Y eso que no tengo el vicio —dice—. Cómo será cuando las personas se entregan al juego y empiezan a padecer de esta adicción. Lo que está ahí en juego no es solo el dinero sino también la parte de amor propio, su saber, yo creo que cuando alguien pierde, se siente herido en su amor propio —concluye.

* * *

Bolívar en Bucaramanga cumple una rutina que lo hace sentirse un tanto fastidiado, y así se lo comunica a sus amigos; iba todos los días a la iglesia, paseaba por el campo a pie, o cabalgaba, comía y jugaba y conversaba sobre cualquier tema, nunca se sintió tan libre y acaso él mismo no lo sabía; leía

cartas y periódicos que lo ponían inquieto, escribía o dictaba cartas, atendía proyectos y estaba pendiente de las decisiones que se tomaban en el congreso de Ocaña, que iban muy lentas o no iban, y se percibía un aire pesado en el ambiente. O'Leary, Fergusson, Soubllette e Ibarra pasaban diariamente por ahí con noticias o medias noticias, chismes, intrigas o calumnias y Bolívar se mostraba suspicaz, y entonces prefería echar los cuentos de la guerra, detalles de las batallas. Por lo visto el vino le caía bien y le agradaban los buenos platillos, pero igual se aburría y ya el juego de la ropilla con las cartas se había hecho tedioso. Pero siempre al final sacaba buenas conclusiones acerca de todo, imponiendo las virtudes sobre los vicios y los juegos que estimulan los robos, seducciones y traiciones, pasiones bajas y hasta puso como ejemplos de estos a varios generales de la república. Advertía siempre la complicidad que había entre Soubllette y O'Leary, que eran cuñados y se dirigían miradas sospechosas durante los almuerzos, o alguno de los dos bajaba la vista mientras Bolívar hablaba. Ellos eran partidarios de una moción que se había hecho en el congreso para aprobar la Constitución.

A menudo Bolívar se tumbaba en la hamaca a leer de todo: las novelas de Walter Scott o los ensayos de Voltaire y Rousseau, sobre todo a Voltaire en quien ve reflejadas casi todas las virtudes de una obra: pensamientos, filosofía, crítica, estilo, profundidad.

Pero el asunto central de las cartas en aquellos días era la abolición de la esclavitud en Colombia: los esclavos están bajo el yugo de los Alcaldes, de los curas de parroquia y de los tres o cuatro magnates que hay en cada una de ellas, tanto en parroquias como en ciudades, pues en estas son más numerosos los esclavos y los amos también, y se aumentan asimismo los clérigos, frailes y doctores que acaparan todas las garantías. Dijo Bolívar un día:

—La esclavitud de los negros es peor que la de los mismos indios. En Colombia hay una aristocracia de rangos, de empleos y riquezas equivalente en sus pretensiones a la aristocracia europea, donde hablan de libertad y de

garantías, y la quieren en verdad para ellos solos. Pero se debe aspirar a la igualdad. Aunque dicen practicar el liberalismo, a los indios y negros los quieren tratar todo el tiempo como siervos.

En una de aquellas jornadas, Bolívar se refirió al caso de Piar, un caso bastante complicado y sobre el que se le hacían las más duras críticas y hasta le odiaban algunas gentes del pueblo por haber ordenado fusilarlo. Entonces el Libertador una noche, sin que nadie se lo estuviera preguntando, confesó las razones para la ejecución de Manuel Piar de esta manera:

—La ejecución de Piar, aquel 16 de octubre de 1817 fue suficiente para destruir la sedición, un golpe maestro que desconcertó y aterró a todos los rebeldes, desopinó a Mariño y a su Congreso de Cariaco, puso a todos bajo mi obediencia, aseguró mi autoridad, evitó la guerra civil y la esclavitud del país y me permitió pensar y efectuar la expedición de la Nueva Granada, y crear después la República de Colombia. Nunca ha habido una muerte más útil, más política y más merecida.

CAPÍTULO XII

ANÉCDOTAS E INFIDENCIAS

No pareciera que tantas ideas y experiencias vividas cupieran en un cuerpo como en el de aquel hombre, delgado y flaco, de brazos, muslos y piernas descarnados, de cabeza larga y ancha en la parte superior y muy afilada en la parte inferior. En cambio, la frente de Bolívar es grande, descubierta y cilíndrica, surcada de arrugas cuando la cara no está animada o cuando se encuentra en momentos de mal humor. El pelo es crespo, abundante, erizado y mezclado con canas. Sus ojos han perdido el brillo de la juventud, pero conservan la viveza de su genio, son hondos, ni pequeños ni grandes; las cejas son espesas, separadas, un poco arqueadas y canosas, más canosas que el pelo de la cabeza. La nariz es proporcionada, aguileña y los huesos de sus mejillas son agudos y chupados en la parte inferior. El labio inferior de la boca es algo grande y saliente; los dientes son blancos y la risa es agradable; la barba es algo larga y afilada, el color de la cara tostado y se oscurece más con el mal humor; cuando está preocupado las arrugas de la frente y de las

sienes se pronuncian, los ojos se le achican y se le encajonan; el labio inferior se le sale considerablemente y la boca se le pone fea: su fisonomía es distinta entonces, su cara se hace ceñuda y se puebla de pesadumbres, de pensamientos tristes e ideas sombrías, pero al estar contento todo esto desaparece: la cara se le anima y la boca es risueña; su espíritu se impone a su fisonomía. En aquellos días en Bucaramanga Bolívar no lleva bigotes ni patilla.

Un día anda caminando solo por toda la casa, donde no hay nadie, se siente un silencio espeso y no se oye ni siquiera el canto de los pájaros; Bolívar se aburre y entra por casualidad a la habitación que ocupa Luis Perú de Lacroix, donde hay una cama, un escaparate y una mesa atiborrada de libros y cuadernos para escribir. El Libertador se acerca lleno de curiosidad a ver aquellos infolios arrugados donde se está escribiendo una relación sobre su persona y descubre, encima de la mesa, un manojito de papeles donde hay una descripción que directamente Perú toma de una confesión suya sobre Manuela Sáenz. Antes de leer, Bolívar mira hacia los lados para percatarse de que no hay nadie viéndolo. El escrito reza:

Su Excelencia se levantó hoy con un poco de ánimo de salir de paseo a caballo. Regresó más alegre y conversador, así que aproveché para que me hiciera algunas confidencias sobre sus sentimientos de él acerca de mi señora Manuela:

—¿Me pregunta usted por Manuela o por mí? Sepa usted que nunca conocí a Manuela. En verdad, ¡nunca terminé de conocerla! ¡Ella es tan, tan sorprendente! ¡Carajo, yo...! ¡Carajo! ¡Yo siempre tan pendejo! ¿Vio usted? Ella estuvo muy cerca, y yo la alejaba; pero cuando la necesitaba siempre estaba allí. Cobijó todos mis temores...

Su Excelencia hizo aquí una pausa y luego pronunció:

—¡Siempre los he tenido, carajo! (S.E. se interrumpió y me miró suplicante, fijamente, como tratando de averiguar algo. Bajó la cabeza y pensé que se había dormido, pero empezó nuevamente a hablar). Usted, De Lacroix, la conoce; ¡todos, todos la conocen! No, no hay mejor

mujer. Ni las catiras de Venezuela, ni las momposinas, ni las... ¡Encuentre usted alguna!

”Esta me domó. Sí, ¡ella supo cómo! La amo. Sí, todos lo saben también. ¡Mi amable loca! Sus avezadas ideas de gloria... Siempre protegiéndome, intrigando a mi favor y de la causa, algunas veces con ardor, otras con energía. ¡Carajo! ¡Ni las catiras de Venezuela, que tienen fama de jodidas! Mis generales holgaron en perfidia para ayudarme a deshacerme de mi Manuela, apartándola en algunas ocasiones, mientras que yo me complacía con otras. Por eso tengo esta cicatriz en la oreja. Mire usted (enseñándome su grande oreja de S.E., la izquierda, que tiene la huella de una fila de dientes muy finos, y como si yo no supiera tal asunto), este es un trofeo ganado en mala lid: ¡en la cama! Ella encontró un arete de filigrana debajo de las sábanas, y fue un verdadero infierno. Me atacó como un ocelote, por todos los flancos; me arañó el rostro y el pecho, me mordió fieramente las orejas y el pecho, y casi me mutila. Yo no atinaba cuál era la causa o argumento de su odio en esos momentos, y porfiadamente me laceraba con esos dientes que yo también odiaba en esa ocasión. Pero tenía ella razón: yo había faltado a la fidelidad jurada, y merecía el castigo. Me calmé y relajé mis ánimos y cuando se dio cuenta de que yo no oponía resistencia, se levantó pálida, sudorosa, con la boca ensangrentada y mirándome me dijo: ¡Ninguna, oiga bien esto, señor, que para eso tiene oídos: ninguna perra va a volver a dormir con usted en mi cama! (Enseñándome el arete). No porque usted lo admita, tampoco porque se lo ofrezcan. Se vistió y se fue.

”Yo quedé aturdido y sumamente adolorido, que en llamando a gritos a José, y entrando este, pensó que había sido víctima de otro atentado. (Aquí S.E. sonrío). En la tarde regresó debido a mis ruegos. Le escribí diez cartas. Cuando me vio vendado claudicó, al igual que yo, en la furia de sus instintos.

”Todo en dos semanas fue un deliquio de amor maravilloso bajo los cuidados de la fierecilla. ¿Usted qué cree? ¡Esto es una clara muestra de haber perdido la razón por el amor! El gran poder está en la fuerza del amor. Sucre lo dijo.

”Manuela siempre se quedó. No como las otras. Se importó a sí misma y se impuso con su determinación incontenible, y el pudor quedó atrás y los prejuicios así mismo. Pero, cuanto más trataba de dominarme, más era mi ansiedad por liberarme de ella. Fue, es y sigue siendo amor de fugas. ¿No ve? Ya me voy nuevamente. ¡Vaya usted a saber! Nunca hubo en Manuela nada contrario a mi bienestar. Solo ella, sí, mujer excepcional, pudo proporcionarme todo lo que mis anhelos esperaban en su turno. Mire usted. Arraigó en mi corazón, y para siempre, la pasión que despertó en mí desde el primer encuentro. Mis infidelidades fueron, por el contrario de las experiencias, el acicate para nuestros amores, después de lo violenta que fuera la escena de celos de esta mujer. Nuestras almas siempre fueron indómitas como para permitirnos la tranquilidad de dos esposos. Nuestras relaciones fueron cada vez más profundas. ¿No ve usted? ¡Carajo! De mujer casada a húsar, secretaria y guardián celoso de los archivos y correspondencia confidencial personal mía. De batalla en batalla, a teniente, capitán y, por último, se lo gana con el arrojo de su valentía, que mis generales atónitos veían: ¡coronel! ¿Y qué tiene que ver el amor en todo esto? Nada. Lo consiguió ella como mujer (¡era de armas tomar!). ¿Y lo otro? Bueno, es mujer y así ha sido siempre, candorosa, febril, amante. ¿Qué más quiere usted que yo le diga? ¡Coño de madre, carajo!” (Presiento que esta será la última vez que S.E. me hable así, tan descarnadamente, sí, de sus sentimientos de él hacia mi señora Manuela). Hubo un silencio largo y S.E., exaltados los ánimos, se fue sin despedirse. Iba acongojado, triste, balbuciendo: “Manuela, mi amable loca...”

Bolívar sonríe después de leer el manuscrito. Le parece que el trabajo de Luis Perú va saliendo bien, que mucha gente lo leerá en el futuro.

* * *

La convención de Ocaña sigue. Discuten proyectos de reformas, códigos constitucionales, el sistema de federación disfrazado con la máscara del poder ejecutivo central, las legislaturas a establecerse en los departamentos que deben crearse, quedando suprimidas sus provincias y gobernaciones. Para Bolívar, en aquel instante, la Constitución es un disparate. En esos días

Bolívar habló mucho de su viaje a Bogotá; se tomaron decisiones en Ocaña y tenía varias ideas guardadas para la ocasión propicia: más allá de las descripciones morales de Bolívar que serán siempre subjetivas de acuerdo al observador, hay unas que destacan por encima de las otras: viveza, inteligencia, erudición, bondad o integridad, pero descollando siempre en ideas originales, nunca comunes; aunque casi siempre es sencillo y modesto y sobre todo muy despierto. Es ambidextro, se afeita cada dos días, se baña mucho y se cuida los dientes y el pelo. Usa corbata negra y botas altas y le gusta llevar chaleco blanco de corte militar y pantalones del mismo color, levita azul y sombrero de paja. No fuma y no permite que se fume en su presencia, ni bebe licores fuertes, sino apenas sorbos de vino en el almuerzo, dos o tres copas pequeñas y muchas veces no prueba el café; come bastante en el almuerzo y le pone mucho ají y pimienta a la comida; sobre todo el ají le gusta bastante. Un día echó un cuento en relación al ají.

—Un día —dijo Bolívar—, en una gran comida que me dieron, se encontraban muchas señoras. Me di cuenta de que muchas de ellas, sobre todo las que estaban a mi lado, no comían porque todo le parecía sin sabor, y el motivo era que no le habían puesto ají al guisado, como es costumbre, y esta vez no lo hicieron porque a mí no me iba a gustar. Yo pedí entonces el ají, y lo trajeron. Entonces todos comieron con mucha gana.

—Ese cuento sí que está bueno, Su Excelencia —dijo Luis Perú.

—Sí, y hasta yo vi a algunas señoras que comían el ají solo, con pan. Aunque yo prefiero la arepa de maíz.

—También como carne, pero no mucha —dijo Bolívar—. Prefiero comer legumbres y frutas, pero me tengo que cuidar con los dulces, que son muy sabrosos, pero hacen mucho daño. Tengo que decirles a las señoras que algún día deben probar mis ensaladas —había dicho en aquella ocasión—. ¿Qué le pareció, Luis Perú, ¿la ensalada que preparé el otro día?, ¿verdad que fue grandiosa?

Las señoras entonces se dieron banquete con el guiso y el ají y las ensaladas, y Bolívar les dijo a las señoras:

—Las mujeres son las que han dado el toque a las ensaladas en Francia, que es el país donde mejor saben cocinar.

Luis Perú de Lacroix mira a Bolívar y llega a la conclusión de que sus ideas están llenas de fuego, como su imaginación, y animan mucho las conversaciones. De ahí que cuando habla siempre exagera un poco para ponerle un toque especial. Suele hacer citas, pero siempre bien escogidas y propias, sobre todo de Voltaire, a quien admira en demasía y conoce muchos pasajes de su obra de memoria, en prosa y en verso. También gusta mucho de la literatura italiana, inglesa y española. Es muy equilibrado en sus juicios; no calumnia a nadie, pero tampoco usa el elogio desmesurado, pues ama la verdad y lo heroico, el honor y las consideraciones sociales de la moral pública.

Siguen las malas noticias de Ocaña, en cartas que dicen que se quiere desconocer a la propia convención, declararla sin poder. Están presionando a Bolívar para que abandone su proyecto.

—Mis enemigos y los de Colombia no quieren ver que su exterminio está en mis manos, pero yo los perdono —dijo Bolívar—. A lo mejor quieren asesinar me, y también a mis amigos y a mis partidarios. Los liberales son intolerantes, frenéticos, se llenan la boca con la palabra Libertad, pero no la comprenden, y han derramado sangre humana en nombre de Dios y de la Iglesia.

Una de esas noches Bolívar les hizo ver a muchos de los presentes de la gran necesidad que había de conocer la historia de Colombia, y deben compararse los antiguos sucesos con los que ahora están naciendo. Siempre recalca este hecho a quienes le rodean, con mucha sutileza. Ya habían transcurrido dos meses de la Convención y no se había visto ningún resultado legislativo; se desconoce cuál es el nuevo proyecto. Bolívar recuerda los otros congresos que han sido mejores, como el de Cúcuta en el año veintiuno. Recordó a

quienes le habían engañado entonces, como Zea, Restrepo y Hurtado. Ese mismo día hizo cambios de posición entre sus generales: a Lara lo designó en Maracaibo, y a Carreño a Barinas; al obispo de Mérida le reclamó el haberse inmiscuido en negocios políticos en Maracaibo, y se ufano en describirle a De Lacroix las diferencias de carácter entre estos, que eran muchas.

Desde el mes de junio Bolívar se dio a la tarea de escribir cartas a sus generales de confianza, a Soublette, sobre todo, y a Páez para que congenien, refiriendo varias infidencias delicadas del carácter de Soublette. A la vez de ser un hombre de talla moral, dijo Bolívar, bondadoso y calmado, puede ser también un hombre orgulloso y soberbio y despreciador del mérito ajeno; no tiene valor físico, dice, y sus opiniones y principios políticos los ha plegado a sus intereses personales y de familia. Se mostró liberal con Santander, lo obedeció, después lo abandonó, y así, En fin, es un hombre avaro, pero aun así es el secretario general, dijo el Libertador.

Así, entre esta y otras consideraciones, Bolívar esperó al día siguiente para alistarse a marchar el dos de junio a Maracaibo. Mandó llamar a su edecán Andrés Ibarra y al general Soublette: debía adelantar su salida a Bogotá y deseaba salir de madrugada. Entró a su cuarto y se meció en su querida hamaca; luego salió a pasear a pie por el campo, su semblante era serio. Volvió a las dos de la tarde y conversó con el general Soublette mientras esperaban el almuerzo, durante el cual habló sobre varias cuestiones de cuidado, como una donde estaban inmiscuidos Restrepo, Montilla y Castillo, un asunto desagradable que él deseaba olvidar, pues involucraba el odio de los cartageneros a los venezolanos, y los perdonaba. Al final de la tarde ya había concluido de dictar las cartas y no quiso jugar ni a la ropilla ni al tresillo que tanto lo entretenían, para decir:

—Quieren paralizar la convención de Ocaña, impedir que se logre, quieren legitimar los males que se le han hecho a la nación. Pero no tienen consenso. He tenido que engañar a Santander y a otros directores diciéndoles

que se le harían unas modificaciones al proyecto de Constitución. Ahí los tengo medio enredados para evitar una riña sangrienta. No quiero esperarlos aquí en Bucaramanga, cuando vengan con el señor Castillo a discutir la Constitución, porque yo no debo aprobarla ni desaprobarla públicamente. No puedo hacer eso ni quedarme aquí.

Entonces Bolívar envió a Ibarra a Maracaibo, para que desde allá saliera otro oficial de confianza para Caracas, con sus cartas particulares.

—Deben saber lo que está a punto de suceder en Ocaña, y se enteren de mi marcha a Bogotá. Ya Ibarra lleva la orden donde se revoca lo que había pasado en estos días —dijo Bolívar.

Por la madrugada entonces salió Andrés Ibarra para Maracaibo.

* * *

El Libertador estaba ahora más relajado. Anunció que se iría poco a poco a Bogotá. Pasaría unos días en El Socorro. Un día andaban los tres paseando cerca, De Lacroix, Soubllette y Bolívar, y llegaron a una casita muy humilde donde una señora los hizo pasar a su estar y les ofreció sillas a De Lacroix y Soubllette, que andaban de uniforme, y a Bolívar, a quien no había visto nunca y andaba de civil, sin hacer mucho caso de él, no pudo darle otra silla para sentarse, pues no había más sillas en la casa. Entonces Luis Perú le pasó su silla a Bolívar y la señora le trajo una estera a Luis Perú, un poco apenada. Luis Perú se sentó en la estera, en el suelo. Entonces Bolívar se dirigió a la mujer:

—¿Tiene usted mucha familia?

La mujer fue a buscar a dos chiquillos, sus hijos.

Bolívar se acercó a ellos, les acarició el pelo, y le dio a cada uno un escudito de oro. Y un doblón de oro de 4 x 4 a la madre, quien mucho se sorprendió al ver que el peor vestido, y a quien no había ofrecido ninguna silla, fuera tan generoso. La mujer se quedó viendo la cara a Simón y de pronto

reconoció, entonces, que era Bolívar el Libertador quien estaba en su casa y al frente suyo, y se echó de rodillas en el suelo, llorando, y le pidió perdón por no haberlo reconocido.

—Levántese, mujer —dijo Bolívar—. ¿Dónde está su marido?

—Ha muerto —dijo ella.

—Que Dios los bendiga y los cuide a ustedes —dijo Bolívar. La llevó aparte un momento y habló con ella. La mujer lo besó a Bolívar agradecida, con las manos temblando, acompañada de sus dos pequeños hijos, que les dijeron adiós desde lejos a los tres soldados patriotas.

Volvieron a tomar el camino de Bucaramanga, donde tornaron a reunirse con un tal coronel Muñoz, a quien Bolívar no quiso ver. No le dio importancia al asunto y pasó a hablar de cosas más amenas, narrando cuestiones acerca de sus habilidades en la juventud, como aquella de montar y galopar, cosa que debía hacer por estar a la cabeza de un ejército. Esa misma tarde, firmó cincuenta ascensos de jefes y oficiales de varios cuerpos. Asistió a misa, como siempre; era Corpus Christi y había procesión, estuvieron un rato viendo a los fieles y luego fueron a la casa. El Libertador se puso de nuevo en su hamaca y habló de Bogotá, diciendo que en esta ciudad, más que en ninguna otra, había un espíritu perjudicial a los intereses generales de la República, y a su estabilidad.

—Nuestros demagogos están locos por derribar lo que existe, quieren separarse para establecer sus soberanías parciales, y gobernar a los pueblos como si estos fueran sus esclavos, con el sistema español.

—Quieren hacer cualquier cosa, menos trabajar por la unión —confirmó Soubllette.

—Sí, amigos. Los agitadores están en Bogotá, en el cuartel general. Y el jefe de ese partido no es otro que Santander, el más inmoral y perverso de Colombia —dijo Bolívar.

—Sí —dijo O’Leary—. Santander es el jefe natural de todos los trastornos y desórdenes de Colombia, y excita el odio contra los venezolanos.

—Puras calumnias es lo que dicen ellos allá —dijo De Lacroix.

—Yo he hecho más ascensos en Nueva Granada que en Venezuela —dijo Bolívar—, y he conseguido más empleos para la gente.

—Los soldados venezolanos son muy valientes —dijo De Lacroix—. Ya se han ganado su lugar en la historia.

—Sí —dijo Bolívar—. Córdoba tiene mucho valor como militar y tiene un carácter duro, es soberbio, pero es grande en el campo de batalla. En cambio, Obando y Mantilla son dos cobardes. La República ha tenido solo ocho generales en jefe: yo, Mariño, Arismendi, Urdaneta, Páez, Bermúdez, Sucre y Brión, todos venezolanos; menos Brión que es extranjero, pero su expediente es intachable. Mariño, Arismendi y Páez hicieron esfuerzos prodigiosos para las batallas, con grandes resultados. Y fueron recompensados.

—¿Y de los granadinos? —preguntó Luis Perú.

—Podieran ser Morales, Rieux, González, Mantilla... ah, y Ricaurte, el mártir de San Mateo. Yo mismo lo encontré muerto, tendido boca abajo, con las espaldas quemadas por el sol. Sacrificó su vida para salvar la de sus compañeros —remató Bolívar.

—Venezuela está en la miseria —dijo el Libertador—. Se deben tomar ahora mismo medidas legislativas y crear después un sistema de hacienda. Voy a tomar cartas en el asunto; haré que se despachen órdenes para que se reúna una junta de los principales interesados en el bien de Venezuela, se investiguen las causas de los males y se les ponga remedio.

Por la tarde hizo pública la noticia de su viaje a Bogotá, diciendo que temprano debían estar prestos a salir, como a las nueve.

—No me gusta Bogotá. Es el último lugar donde quiero ir. Allá soy blanco de las tirrias, me esperan allá mis enemigos. Ahí me excomulgaron en

1814, diciendo que yo iba a saquear las iglesias. Yo tengo mis propias ideas sobre la religión y la iglesia, y las críticas las hago desde mi propia filosofía. Pero como ciudadano yo respeto la religión de cada quien.

Bolívar está muy crispado. Debe partir. El día 9 de junio es el día fijado. Quiere relajarse un poco el día antes, hojeando las páginas de la *Odisea*, de Homero en idioma francés. Un rato lee en la hamaca otra en el mecedor; le gustaba el idioma galo, lo disfrutaba sobre todo en las grandes traducciones de los clásicos griegos, se paseaba con delicia por aquellas páginas.

—Algún día alguien escribirá un libro entero describiendo la Batalla de Carabobo... —pensó Bolívar—, un caraqueño, a lo mejor tomará una pluma y escribirá nuestra epopeya, dentro de doscientos años, quizás, y hasta es posible que todo esto que hacemos ahora se convierta en una novela de aventuras. Y hasta estas palabras que yo digo ahora algún escritor desocupado las ponga en un diálogo. Todo es posible en esta vida —dijo.

Por la tarde comenzó a despedirse de los amigos. Visitó al cura Valenzuela, haciéndole algunos comentarios sobre la nueva Constitución, y diciéndole que él siente predilección por la Constitución Boliviana más que por la colombiana. Pero seguiría la opinión de la mayoría, aunque no la compartía, pero de todos modos quería convocar a un congreso general.

—Voy a hablar con el general Montilla, una de las mejores personas que conozco en genio y sagacidad. Debía consultar otras opiniones, pero ya sabía lo que le aguardaba.

—Me encuentro en una posición única en la historia —le dijo a Luis Perú—. Soy Magistrado Superior de una República regida por una Constitución que no quieren los pueblos. En Ocaña la han despedazado. La convención se ha disuelto sin hacer siquiera las reformas. Ya vendrán las conmociones civiles, usted verá. Ya veremos qué dicen en Bogotá.

Perú de Lacroix despidió a Bolívar a las cinco de la mañana, montados ambos en sus respectivos caballos. Bolívar le dio en ese momento varias

palmas a su caballo Palomo Blanco. Era un animal magnífico, como salido de una epopeya griega de Homero. Con él iban en su comitiva José Palacios, su mayordomo; el general José María Carreño; su edecán irlandés Belford Hinton Wilson —hijo del general Robert Wilson, que había peleado en Europa—; el coronel José de la Cruz Paredes; su edecán Andrés Ibarra, su sobrino Fernando Bolívar y una cuadra de honor de cien de los mejores húsares y granaderos.

Se dijeron adiós, con un fuerte abrazo, con esa amistad recia que sienten los hombres bravíos, y no se puede comparar a ninguna otra cosa. Vio Luis Perú al Libertador perderse en el campo junto a su comitiva, se fueron alejando en horizonte hasta irse disipando como si se fundieran al paisaje, dejando a en su recuerdo tatuado para siempre el sabor maravilloso de haber compartido con aquel grande hombre.

Cuatro días después, Luis Perú de Lacroix recibe la noticia: la Convención de Ocaña ha quedado con un número insuficiente de diputados, y no puede continuar sus trabajos, obliga a suspenderlos y a disolverse, sin haber podido sancionar la nueva Constitución anhelada por la mayoría. El golpe confundirá al partido demagógico, quitándole todo el poder para hacer el mal que estaba preparando a la República, sin poder hacer nada legítimo.

Para sorpresa de ambos, tanto para el coronel Luis Perú de Lacroix como para Bolívar, un gran movimiento popular ocurrido en Bogotá ha desconocido todo lo ocurrido en Ocaña, se produce un veto por el cual no se toman en cuenta las decisiones del congreso, nombrando como “Dictador” a Bolívar.

“Una más de las locuras de la convención: su disolución. Así que este es el desenlace,” piensa Bolívar para sí mismo.

CAPÍTULO XIII

FINAL EN SANTA MARTA

Bolívar ha decidido designar a Antonio José de Sucre Jefe del ejército colombiano, para enfrentar la dolorosa paradoja de ir en contra de un país liberado con sus propias fuerzas. El conductor de Ayacucho tuvo que renunciar a la vida tranquila que ya tenía con Mariana Carcelén, para volver a las armas y librar la batalla de Tarqui, que gana, pese a estar en desventaja. Una vez más, Sucre da el ejemplo: ofrece una capitulación al ejército derrotado. Se firman los tratados de paz, pero aun así los invasores se devuelven para el Perú a reiniciar la guerra contra su propia nación. Todo eso fue un verdadero despropósito, porque al llegar a Lima el pueblo se sublevó contra ellos. Sacaron a La Mar de la presidencia. Sus escuadras navales y sus lanchas cañoneras bloquearon las costas, e intentaron tomar a Guayaquil. Entraron a cometer todo tipo de crímenes; algunos de sus barcos se hundieron prendidos en llamas. Era una guerra enloquecida contra el Perú, una total vergüenza que dejó una estela de horribles rencillas, llegando al

colmo de entrar de nuevo en el hospital de Tarqui acuchillando a los heridos. Aquella absurda pesadilla tenía que terminar.

Sucre estaba exhausto, como Bolívar, de dar una lucha intestina con los ciudadanos de nuestros propios países en discrepancia. Los enemigos cayeron en Tarqui, pero no van a cesar, piensa Bolívar, Sucre se despidió de mí, harto de tantas acciones infames, y tiene razón. Él tiene derecho a decidir su vida y yo la mía, no lo puedo obligar. A mí me han acusado de mantener las cosas en desorden, qué cosa tan falsa, se dice Bolívar a sí mismo.

El Libertador ha pedido a Sucre que lo acompañe en el venidero año de 1830 al Congreso Admirable, lo cual quizá va a permitir dar a los negocios públicos un buen funcionamiento, a establecer un régimen fijo y estable. Eso pudiera funcionar. Pero la situación sigue indecisa; hay un estado de emergencia, se puede decir. Bolívar vuelve a escribirle a Sucre para que lo acompañe en el Congreso Admirable. Muchos diputados de Caracas no se han puesto de acuerdo: unos pueden venir y otros no, pero hay que intentarlo.

Páez no se ve entusiasmado con esta unión, pero Sucre está dispuesto a concurrir y prepara el viaje. Al fin se logra la concertación para el congreso. Ahí Bolívar se desnuda moralmente, una vez más. Pone los puntos sobre las íes. Les recuerda a todos el trabajo que ha hecho, libertando a tres naciones. Pone su cargo a la orden y les dice que no posee la ambición de tener un reino; que el congreso en sí mismo contiene la esperanza legítima de los pueblos, y el último punto de reunión de los patriotas; la salud de la patria depende de todos nosotros, de nuestra voluntad de unión, no podemos legar a nuestros hijos el crimen, la sangre y la muerte.

Bolívar estimuló siempre al pueblo a opinar. Pero los acuerdos eran muy diversos: unos hablaban de confederación, otros de un gobierno alternativo o de un gobierno vitalicio o central, y también había quienes se inclinaban a tener un rey de otro país, cuando en verdad lo urgente era un gobierno

constitucional que diera garantías a los ciudadanos, para que tuviesen el derecho de ir por las calles como seres libres.

Pero otras ideas nuevas imperaban en ese momento, estimuladas por Santander, caudillo de Nueva Granada, quien al parecer había convencido a José Antonio Páez para que compartiera una idea separatista, idea que habían notificado al general Flores en el Ecuador, y estas ideas habían acelerado la disolución de Colombia. Las nuevas calumnias al Libertador no se hicieron esperar. Sucre también lo intenta por su lado, probando convocar a un nuevo congreso constituyente en Venezuela en la ciudad de Valencia, y la idea prendió.

Se pusieron en camino el mismo año de 1830, y desde allá llegaban también todo tipo de amenazas. Logró Sucre llegar hasta la ciudad de La Grita en los andes venezolanos, pero no los dejaron pasar, reteniéndolos ahí por una semana. Los comisionados de Venezuela les mostraron ahí a Sucre y a sus acompañantes una proclama de José Antonio Páez, donde se expresaba de manera horrible sobre Bolívar. Todos los esfuerzos de Bolívar y Sucre se estaban desmoronando en el último momento. Se burlaban de las palabras y de las ideas de Bolívar. Hasta los presionaron para que firmaran, de una buena vez, un acuerdo para la disolución de Colombia.

Entonces Bolívar tomó una decisión final: se separó del mando. Se quedó en Bogotá unos días, esperando a que llegara Sucre. Así ocurrió: se encontraron ambos. Sucre abrazó al Libertador con emoción, lloró sobre sus hombros y le pidió la bendición, como a un padre. Y Bolívar lloró también con su hijo, el hijo que le hubiera gustado tener como descendiente. Qué buen muchacho este, carajo, se dijo para sí, qué orgullo, se repitió otra vez, mientras lo abrazaba, y se reconfortó, dando gracias a Dios.

Pero todo aquello era imaginario: era lo que en verdad deseaban ambos que ocurriera, pues en la cruda realidad cuando Sucre llegó, era otra: ya Bolívar había partido. Se abrazaron en el sueño, en el respeto, en la admiración, Sucre le había dicho a su padre en la imaginación:

—Que sea usted feliz, mi general, y que, en todas partes, y hasta en la muerte que nos pisa los talones, cuente usted con mi servicio y con mi gratitud.

En Bogotá, Bolívar y Sucre habían encontrado una situación muy distinta: los partidos y sus líderes tenían otros objetivos. Ya no se podía hacer más nada. Aquella ciudad tan amada para ambos, ahora les resultaba extraña.

Sucre se quedó una noche a descansar allí, para seguir al otro día hacia Ecuador por la ruta de Pasto, más complicada. Varios allegados le advirtieron a Sucre que no tomara aquella vía tan peligrosa, pues ocurrían en ella muchos asaltos y latrocinios. Los edecanes que acompañaban a Sucre se lo dijeron varias veces, pero Antonio José se empeñó en seguir por Popayán. Bolívar no sabía por qué Sucre se había empeñado en seguir aquel camino, desoyendo todas las advertencias que le habían hecho. Sucre tal vez pensó que querían aterrorizarlo adrede, infundirle un miedo artificial, que se escondiera y demorara el viaje, pero ya se estaban tramando las coartadas fatales.

* * *

Ya Bolívar había sufrido el mal de la tuberculosis, el mismo que había matado a su madre, y también cuando intentaron asesinarlo y Manuelita Sáenz lo había salvado. Ahora estaba metido en un dédalo de situaciones complicadas, sobre todo circunstancias de orden económico que era indispensable mitigar: emancipar a los indios, esclavos y patriotas para la protección de los huérfanos, y a las mujeres que habían quedado viudas por efectos de la guerra; impedir la devaluación de la moneda, haciendo todo lo posible para que la gente que vivía en la precariedad pasara a una mejor condición. Quería Bolívar forjar una sociedad de iguales, pero no tenía las herramientas, y mucho menos el respaldo de las personas pudientes.

Pero a pesar de todo, Bolívar sabe que la conquista del saber y la cultura es preponderante en un proceso de superación social, seguido por el tipo

de humanismo que él estaba creando, sin saberlo, actualizando las ideas del Iluminismo europeo y de los positivistas para adaptarlas al territorio americano, no sin estar protagonizando también, sin saberlo tampoco, la revolución romántica, e inaugurando en América el concepto de historia. Aprender de las ciencias y cultivarse en la verdad. Tenía la urgencia de crear un Estado Mayor social y político, similar al que había creado en la parte militar, y estaba dispuesto a traspasarle el mando a Sucre.

Pidió la ayuda de Simón Rodríguez para la estructurar un sistema educativo, pero ello no fue suficiente. Rodríguez afirmaba que la América no debía imitar servilmente, sino ser original.

Uno de aquellos días, Bolívar dijo que dictaría respuestas a varias cartas, entre ellas una al general Juan José Flores, tomándolo como pretexto para escribir una especie de testamento político, pues necesitaba sacarse de adentro las frustraciones y las contradicciones, las paradojas que habitaban dentro de él, quería despojarse de ellas o reconocerlas de una buena vez, sin dejar lugar a las dudas acerca de su posición ante el mundo y las cosas.

El asunto central de este testamento sería oponerse a cualquier simplificación del problema nacional, donde el factor conciencia resultaba decisivo. Bolívar observa la naturaleza de los pueblos: de la noche a la mañana se comportan extrañamente, como los niños, se dividen y se dejan caer en manos de liderazgos improvisados que les parecen fuertes, algo inaudito; por eso reniega del calificativo de *tirano* que le han dado, y teme ahora que los grandes destinos del sur estén en manos de los jefes del norte.

De ello Bolívar saca todo tipo de conclusiones pesimistas, por ejemplo, que América es ingobernable; de ahí concluye que quien sirve a una revolución, en el fondo, *ara en el mar*; o la única cosa por hacerse en América es emigrar; en fin, su pesimismo se acentúa cuando predice que el país caerá inevitablemente en manos de la multitud desenfrenada, para después pasar a manos de tiranuelos disfrazados de todos los colores y razas. En aquella

misiva a Flores, lleno de decepción, afirma que devorados por todos los crímenes y extinguidos por la ferocidad, los europeos no se dignarán conquistarnos, para concluir argumentando que de ser posible hasta sería mejor que una parte del mundo volviese al caos primitivo, y éste sería el último período de la América.

Pero esta vez se trata de un pesimismo generador. Se trata de la reacción repentina de una ideología que va a llenarnos de los males que nos faltaban, o más bien los va a completar, eso piensa con extrema ironía, se anticipa a decir, casi rabiosamente, que todo el mundo va a entregarse al torrente de la demagogia. “Desgraciados pueblos, desgraciados gobiernos”, piensa amargamente.

Bolívar ya estaba ganado para una visión casi apocalíptica de América, señalando la presencia de centenares de bandoleros, asesinos y facciosos; llegando al extremo de afirmar que, entre nosotros, las masas no pueden nada, algunos ánimos fuertes lo hacen todo y la multitud sigue a la audacia y esta a su vez, sin examinar la justicia o el crimen de los caudillos, los abandonan luego. Esta sería, en ese momento, la opinión pública y la fuerza nacional de nuestra América.

Los oligarcas del Perú pretendían humillar a Bolívar neutralizando la influencia revolucionaria de su pensamiento, sobornándole con posibles dádivas, fuera de lugar y de tiempo. Ya la independencia estaba lograda, pero aquellos querían repartirse el país como si fuera un pastel, tomando un trozo para cada uno. La muerte de Colombia ya estaba cercana. En enero de 1830 Bolívar se dirigió al Congreso, presentándole un programa donde rechaza los ofrecimientos personales y las hipócritas ofertas de cargos honorarios. Propone, primero, una protección de la religión santa del país, buscando a través de ello predicar la paz y la moral, esperando evitar la división. Luego, lograr la atención de la Hacienda Pública para combatir el peculado y la deuda pública; reorganizar el ejército totalmente, para

despojarlo de elementos que puedan vulnerar el patriotismo de los soldados; la elaboración de códigos de justicia para defender los derechos de los hombres libres y acabar con los abusos; proteger al pueblo creando un fundamento de prosperidad, para lo cual se debe organizar otra vez la política.

La independencia lograda no era un fin en sí misma, sino un medio para poner ahora en práctica todas estas ideas, y así salvar a Colombia de la iniquidad. Hasta el último momento, Bolívar estuvo luchando contra los hipócritas de Colombia y de Perú, con la moral en alto.

Luego de los sucesos de Ocaña siguieron las contradicciones con Páez y los choques con Santander; los sucesos de Bolivia formaron en el espíritu de Bolívar un amasijo de preocupaciones pesimistas. Regresaba de la peregrinación por Bolivia, despojado de todo poder ante el Congreso Colombiano; se encuentra enfermo, delicado de salud, quiere descansar y llega a Barranquilla, donde ya ha pasado unos buenos días de descanso. Después de ahí, el intendente general de la provincia de Turbaco, Mariano Montilla, lo invitó a descansar allí tres días, pensando luego que lo mejor era trasladarlo a Santa Marta, a la residencia del doctor francés Reverend, viendo el deterioro físico y la mala salud de Bolívar, a lo que éste accedió, pues su debilidad física se acrecentaba.

Ahora debía marcharse, emprender el viaje que lo conduciría a sus reflexiones postreras, al descanso de un cuerpo que ya no toleraba las inclemencias de la enfermedad y las continuas dolencias, produciéndole una fatiga intolerable. Se había trazado un itinerario para dirigirse a Colombia.

Primero, Bolívar había llegado a un lugar conocido como Pie de la Popa, en las estribaciones de un cerro llamado así, en cuya parte alta se encuentra una fortaleza que antes había sido un convento; Bolívar se trasladó a ese lugar desde un pequeño pueblo llamado Turbaco, con la idea de partir de ahí en pocos días. El convento era una amplia casona de gruesos muros y patios empedrados, donde podían verse algunos racimos de flores mustias.

Sus habitaciones eran grandísimas y estaban medio vacías, sus paredes estaban desconchadas y húmedas, y con unos pocos muebles llenos de polvo, que unas mujeres limpiaban de vez en cuando. La habitación que ocupaba Bolívar era de techo artesonado y estaba casi vacía, sin adornos ni cuadros en las paredes; de ahí destacaba una mesa de noche repleta de libros y papeles y una silla de respaldo alto, descolorida y despegada por debajo, elementos que prestaban a la habitación un aspecto vetusto, e impregnando el ambiente de un olor de esa vieja lavanda que usaba el Libertador después de afeitarse; las amplias ventanas daban a patios dominados por naranjos, limoneros y geranios receptores de una brisa que, de cuando en cuando, entraba por la ventana a refrescar el ambiente de encierro. El coronel español Joaquín de Mier le ofreció su bergantín a Bolívar sin cobrarle ni un centavo, organizando a la vez la llegada suya a San Pedro Alejandrino, donde podía permanecer el tiempo que fuese necesario. Allá lo estaba esperando el señor Reverend.

Ahí permaneció varias semanas, antes de ir a San Pedro Alejandrino, donde había un clima apropiado para impedir que sus dolencias respiratorias avanzaran, pues sus pulmones estaban sufriendo de tisis. Finalmente, un día emprendieron el viaje, y llegaron sin mayores contratiempos.

—Para mí es un honor poder recibir en esta humilde residencia al general Bolívar —dijo el marqués—. Aquí puede quedarse todo el tiempo que desee.

—Le agradezco mucho, coronel...

—Ni lo diga, don Simón...

La enfermedad de Bolívar había avanzado. Como puede, hace llamar a sus secretarios y ayudantes, entre quienes destacan su fiel edecán Andrés Ibarra y su mayordomo personal José Palacios. Desde ahora en adelante, Palacios será designado a atender de manera directa todo lo relacionado al estado físico del Libertador, que en los últimos días ha estado sufriendo de

continuos ataques de tos, náuseas y vómitos que dejan su cuerpo muy débil. De vez en cuando, Bolívar hace bromas con su propia salud, y dice que le provoca hartarse de guayabas, pues siente el aroma de estos frutos desde el patio, cuando los pájaros las picotean se quedan abiertas y desparramadas por el patio, llenas de avispas y hormigas, y la brisa impulsa el dulce aroma de las guayabas podridas hacia las habitaciones. Le ha dicho a José Palacios que le traiga una guayaba para olerla y le da un pequeño mordisco, la saborea, pero no la traga, solo desea disfrutar del su aroma, uno de los olores que lo trasladan a su infancia, allá en Caracas...

Como pudo se levantó Bolívar de la cama, apoyándose en los brazos de José Palacios y en los del doctor Reverend, para dar unos cuantos pasos por los corredores de la casa y poder apreciar los jardines, las flores, nardos, orquideas y geranios, las granadas, guayabas y naranjas que penden de las ramas. Levanta por un instante el semblante y divisa, allá lejos, un trozo de cielo hacia al norte, que en su imaginación intenta juntarse con el mar en el horizonte, en ese mismo mar donde desemboca el río Magdalena.

Bolívar había estado en aquella tierra muchas veces; podía recordar algunas de sus luchas militares en aquella tierra sembrada de plátanos, tabaco y algodón, donde las reses se desplazaban lentas por los campos. Se recordó paseando alguna vez por aquellas calles donde estaban la Catedral y la Fortaleza de San Fernando, o las ruinas del Monasterio de Santo Domingo, por cuyas veredas se vio caminando como un hombre más, un ser humano como cualquier otro. Se quedó un rato sumido en una ensoñación sublime, mirando hacia un cielo donde se dibujaban las siluetas de su madre María Concepción y de su esposa María Teresa del Toro, siluetas que se quedaron flotando por un momento en el firmamento dibujadas por su imaginación, hasta que fueron disipadas por el viento y las nubes, creía él, pues en verdad estaban dentro de sí, como presencias celestes. Mientras se devolvía caminando por uno de los corredores de la casa, apoyado en sus fieles amigos,

pensó en las sublimes caricias de Manuelita Sáenz, la adorable mujer, por la cual vertió varias lágrimas de regocijo, agradeciendo al cielo el haberla conocido.

Se sentó luego, por la tarde, frente a una mesita de madera a hojear unos libros sin leerlos, entre los que se hallaba un tomo de su autor preferido, Voltaire, luego dictó su testamento y lo hizo entregar a un notario. En aquel documento declaraba cuál era su origen, quiénes eran sus padres y quién su legítima esposa fallecida. No poseía bienes sino solo unas minas llamadas Minas de Aroa, situadas en las tierras de Carabobo, allá en donde se produjo la mejor de sus batallas, donde pudo demostrar el alcance de sus sueños e ideales: quizá con ese triunfo de Carabobo él había sembrado la verdadera semilla de libertad en su país y algunos lo recogerían en el futuro, estaba seguro de ello, que los hombres libres de Venezuela, Bolivia, Chile, Ecuador y Perú podían ser hermanos de Buenos Aires, Brasil y Uruguay, Panamá; quizá algún día también en los Estados Unidos comprenderían la naturaleza de ese sueño, de ese ideal, y aquello sería un ejemplo para la vieja Europa; los hombres valientes del porvenir podían compartirlo para que el mundo contemplara, orgulloso, cómo la raza humana había podido superar todos sus males.

Después, el Libertador se empina un poco desde la cama, para decir:

—Quiero que devuelvan las condecoraciones y medallas que me han otorgado. Es hora de que haga mi testamento, que se hagan las cosas correctamente.

Eran objetos muy costosos los que poseía, y aunque él no tenía un centavo, pensó que con ese gesto podía hacer meditar al pueblo en cosas más dignas. En aquel testamento exigió que la medalla que le presentó el Congreso de Bolivia se le devolviera a ese país, en prueba del verdadero afecto que en sus últimos momentos conservaba por aquella república. Quiso también que sus queridas obras *El contrato social* de Rousseau y *Las obras selectas* del

barón de Montesquieu se entregaran a la Universidad de Caracas. Y que de sus bienes se donaran a su mayordomo José Palacios la cantidad de ocho mil pesos, en remuneración a sus constantes servicios. A sus albaceas les dejó dicho que la espada que le regaló el Gran Mariscal de Ayacucho se devuelva a su viuda para que la conserve, como una prueba del amor que siempre profesó al gran hombre, al que amó como a un hijo. Y que sus albaceas den las gracias al coronel Robert Wilson por el buen comportamiento de su hijo Bedford Wilson, que tan fielmente lo había acompañado en los últimos momentos de su vida. Y que se pagaran y cumplieran todas las deudas de su testamento, y sus bienes los mandó repartir equitativamente entre sus familiares, hermanos y sobrinos. El testamento fue redactado el 10 de diciembre y el notario fue el señor José Catalino Noguera.

—Hay aquí en América —dijo Bolívar—, en su paisaje y su geografía, elementos extraños y perturbadores; a veces siento que cualquier cosa que intentemos está destinada al fracaso. Hay un desorden...no sé cómo explicarlo, algo vertiginoso en este paisaje, en la vastedad de las selvas, el caos de los elementos y en este fuerte clima del trópico, que afectan nuestra voluntad y nuestras razones para vivir. Uno intenta seguir, pero en el camino nos perdemos, en esta violencia sanguinaria que todo lo arrasa. Queda una conciencia que nos dice que debimos hacer algo y no lo hicimos, nos perdemos en la retórica y entonces nos frustramos y debemos volvernos astutos, inconformes.

—Sí, es cierto, siempre surge algún elemento incomprensible, que uno no sabe cómo explicar —dijo Andrés Ibarra.

—Cuando yo pedí la libertad para los esclavos —dijo Bolívar—, las voces que conspiraron contra el proyecto de salir de la esclavitud fueron las voces de mis compañeros de lucha, los mismos que habían padecido prisión en las cárceles de El Callao, Cádiz y Cartagena. Es inexplicable. Hay una gran pobreza de espíritu, que uno no comprende. Ahora me he convertido en un profeta incómodo para ellos, parezco estar sobrando en toda esta historia...

Bolívar se excitó mucho diciendo esto; le volvió la tos y la náusea.

—Debe usted descansar, Bolívar. No le convienen estos sustos. Yo creo que en todas partes del mundo es más o menos lo mismo. La historia de Europa también está llena de casos así, créame usted —dijo Andrés Ibarra.

—Ya no hay mucho más que hacer...cuando la enfermedad y el cansancio se apoderan del cuerpo... —dijo Bolívar.

—En Europa la crisis está viva todavía. Hablando de otra cosa; por ahí acaban de llegar otras cartas para usted. Extendió unos pliegos de papel a Bolívar. Con permiso, Su Excelencia —dijo Ibarra, y se retiró.

Bolívar comenzó a leer las cartas, y su semblante cambió. Al parecer eran cartas de Manuela Sáenz, pero no dijo nada. Estuvo mejor durante unos días, hasta aquel en que le trajeron una carta proveniente del gobierno de Bogotá, que venía en manos del capitán Vicente Arrazola.

—¿Cómo están las cosas por allá en Bogotá? —preguntó el Libertador.

—Muy agitadas, Excelencia. Pero la noticia que le traigo ahora no le va a gustar, es una noticia muy mala...

—¿A qué se refiere? —preguntó Bolívar, abriendo más los ojos.

El capitán Arrazola sacó de su maletín una carta y se la entregó a Bolívar. Este rasgó el sobre y comenzó a leer; mientras lo hacía su rostro palidecía más y más, hasta que de su garganta se dejó oír un gemido inmenso que invadió a todos los presentes. saltó del lecho y tomó de las solapas al capitán.

—¡¡Miserales!! ¡¡Quién hizo esto!! —gritó.

El capitán Arrazola lo miraba espantado. Ibarra y Montilla acudieron a separarlos. Bolívar salió de la cama y se dirigió tambaleando hacia una silla, donde se derrumbó. Todos salieron del cuarto, dejándolo solo. Después comenzó a gemir con llanto profuso y desolado.

Habían asesinado al general Sucre en Berruecos. Bolívar se metió otra vez en la cama, con un acceso de fiebre, y se envolvió en una sábana, empa-

pándose en sudor. Tenía los ojos hundidos y la expresión desencajada. Se levantó animado por una especie de cólera triste, y preguntó:

—¿Cuántos años tenía Sucre? ¿Quién lo sabe?

—Treinta y cinco, Excelencia... los cumplió en febrero —respondió Arrazola.

—¿Y dónde está su esposa ahora, Mariana Carcelén?

—En Quito, Excelencia. Iba para allá a reunirse con ella —repuso Arrazola.

Bolívar estaba temblando y casi no podía tenerse en pie, así que retornó a la cama. José Palacios fue a buscar té para bajarle un poco la fiebre, y se lo dio. Bolívar se encontraba apoyado en el lecho de un gran almohadón de plumas.

—Berruecos, Berruecos —murmuró, con los ojos hundidos, ya saliendo de la fiebre—. Berruecos es un bosque sombrío —dijo—, lleno de búhos y aves agoreras. ¿Por qué tomaría ese camino tan malo? ¡Han matado al Abel de América! Y nosotros aquí esperando para irnos a Europa, esto es absurdo. ¡De aquí no nos movemos, aquí nos quedamos entonces! —exclamó.

Empezó a sentir un gran malestar orgánico que lo hizo inclinarse, una gran náusea que le subió hasta la garganta y le hizo vomitar una flema sanguínea, producto de la enfermedad.

—¿Por qué a Sucre, por qué a él? —se preguntaba, intentando incorporarse otra vez del lecho.

Después le explicaron a Bolívar cómo había sido el complot. Sucre había partido hacia Quito. Primero llegó con sus dos asistentes, Carcedo y Colmenares, a un sitio llamado Salto del Río Mayo, donde descansó en la casa de un tal José Erazo, quien ya estaba avisado del paso de Sucre; Erazo, con otro de apellido Sarría, eran parte del plan para asesinar a Sucre, cosa que lograron más adelante en el bosque de Berruecos, un bosque oscuro donde

quedó tumbado el cuerpo de Sucre, sin vida. José Erazo, Apolinar Morillo y José María Obando habían trazado el plan para asesinar a Sucre, contratados a su vez por gente más poderosa que ellos.

Después de conocer y padecer la nefasta noticia del asesinato de su querido general Sucre, Bolívar se sumió en una triste cavilación por unos días. Se golpeaba las sienes con los puños cerrados y comentó que aquel era el crimen más monstruoso del mundo. Dormía poco, y cuando lo hacía tenía sueños delirantes que le gustaba contar, para despojarse de los malos recuerdos.

Además de sus edecanes y secretarios, se reunían en la residencia visitas ocasionales de gente relacionada al capitán Arrazola, para ayudar en cuestiones domésticas, o traían medicinas para aliviar a Bolívar, quien en esos días sigue teniendo sueños delirantes, y también sueños benignos. Se levanta sobresaltado, con la necesidad de contarle el más reciente que ha tenido a alguien, esta vez lo oyen José Palacios, Ibarra y Arrazola.

—Amigos, en estos días soñé que andaba caminando por los jardines de Aranjuez, en España. Allá también me sentía cansado y con los miembros pesados. Pero viendo aquellos jardines tan hermosos, comencé a olvidarme y a tener más energías para caminar e infundirme ánimos para vivir. Los jardines de Aranjuez eran largos, larguísimos, se extendían hasta el horizonte en suaves ondulaciones; me fui dejando llevar por un sendero, atravesando neblinas que se coloreaban de repente de luces anaranjadas y tornasoladas, y llegué hasta una escalera que conducía a un corredor, y seguía más allá hasta una especie de laberinto; me aventuré a bajar los peldaños y hasta me senté en uno de ellos; al sacar mi pañuelo para secarme el sudor —yo iba vestido como un inglés del siglo pasado— noté que llevaba un reloj en el bolsillo atado a una pequeña cadena; al ver la hora sentí en ese momento un dolor punzante que me subía hasta el pecho y me dificultaba la respiración, pero al retirar los dedos del reloj que estaba en mi bolsillo, podía detener el dolor

que sentía, hasta que casi desaparecía por completo. Pero al sacar el reloj del bolsillo, el reloj se partió y sus agujas se doblaron, de modo que decidí deshacerme de él. Y cuando iba a botarlo, vi que una presencia me vigilaba desde una altura, una mujer enorme, oculta tras las ramas de un viñedo que dejaba ver parte de sus grandes pechos, firmes y de pezones rosados, sus bellas piernas y su sexo, quien después se echó a reír estruendosamente y me estremeció. Sus pezones crecían mientras ella reía y me dirigía palabras burlonas. “Eres muy fino, muchacho”, me dijo la mujer, “debe ser por el miedo que eres tan fino”, repitió, mientras bajaba unos escalones. A pesar de las prendas inglesas, ya no eres casi nada”, dijo, mirándome con sus grandes ojos verdes, e inundándome con su aliento. Era una mujer muy provocativa. Intenté tocarla, pero entonces volvió el dolor y me paralicé. “Ni siquiera lo intentes”, me dijo. “No habrá otra ocasión para ti. Pero eres valiente, y lo que debes hacer, hazlo bien”. La seguí con la vista hasta que se perdió detrás de unos arbustos: me sentí solo en un laberinto de corredores que no sabía a dónde conducían. De vez en cuando, aparecían nubes de pequeños insectos que me molestaban y podían ser venenosos, creía yo, y revoloteaban por encima de mí y se perdían hacia el fondo de los corredores, sin emitir ningún sonido que pudiera alertarme de su presencia. A medida que avanzaba, la vegetación se hacía más densa, y los insectos continuaban volando. Así continué hasta hallar una pared para recostarme, una especie de muro reluciente desde donde pude observar también a un mendigo ciego rasgueando una guitarra, cuyas cuerdas resonaban en el ambiente a la manera de un clavicordio. Al pasar a su lado, el ciego se dirigió a mí rogando: “Una limosna, una limosna para el monumento al mariscal de Berruecos”, y mientras me decía eso, me confundí con él y me di cuenta de que yo tampoco podía ver...

Después de narrar este sueño, Bolívar quedó lleno de ansiedad. Ni Ibarra, ni Arrazola, ni Palacios sabían qué decirle.

—Tal vez es el sueño de la muerte —dijo el propio Bolívar—. Pero de eso no hay que preocuparse, porque eso nos llega a todos. Lo raro es que ese sueño se repite a veces, con pocas variantes. Es impresionante cómo trabaja el cerebro para proteger el alma de todos nosotros, y de cómo a su vez el alma debe retribuirle al cerebro las cosas que por ella pasan.

A los pocos días llamó a José Palacios para dictarle su postrera proclama, pronunciando las siguientes palabras:

Habéis presenciado mis esfuerzos para plantear la libertad donde reinaba antes la tiranía. He trabajado con desinterés, abandonando mi fortuna y aun mi tranquilidad. Me separé del mando cuando me persuadí que desconfiabais de mi desprendimiento. Mis enemigos abusaron de vuestra credulidad y hollaron lo que me es más sagrado, mi reputación y mi amor a la libertad. He sido víctima de mis perseguidores, que me han conducido a las puertas del sepulcro. Yo los perdono.

Al desaparecer en medio de vosotros, mi cariño me dice que debo hacer la manifestación de mis últimos deseos. No aspiro a otra gloria que a la consolidación de Colombia. Todos debéis trabajar por el bien inestimable de la Unión; los pueblos obedeciendo al actual gobierno para libertarse de la anarquía; los ministros del santuario dirigiendo sus oraciones al cielo; y los militares empleando su espada en defender las garantías sociales.

¡Colombianos! Mis últimos votos son por la felicidad de la patria. Si mi muerte contribuye para que cesen los partidos y se consolide la Unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro.

Pasaron siete días, que se alargaron más en el sufrimiento de su terrible enfermedad. Estaba débil, su tez pálida. No hallaba cómo acomodarse en el lecho. Le dolía todo el cuerpo. Casi no podía moverse. Ahí en la cama ahora apenas se inclina ligeramente hacia arriba, con ayuda de una almohada. Cerca de él están José Palacios y el doctor Reverend. Cerró los ojos

por un momento. Vio entonces dentro de su cabeza un desfile de imágenes de sucesos sentimentales y acontecimientos de guerra, todos mezclados, imágenes terribles unas, delicadas otras; percibiendo los rasgos del rostro de Manuela Sáenz, sus tiernos besos y sus caricias maravillosas que lo hacían ascender al reino de lo sublime; vio las caras sonrientes de la negra Hipólita y de la negra Matea, y el rostro de su madre que lo aguardaban más allá, en una habitación blanca, poblada de suaves nubes; y el rostro de su padre y el santo rostro de Jesús de Nazaret que lo redimía y lo perdonaba de todas sus faltas; después vio unas escenas de combate donde sus soldados salían victoriosos proclamando para siempre la libertad de su país en la Batalla de Carabobo. Con los ojos cerrados, sacó sus últimas fuerzas para preguntarle a José Palacios:

—¡José, José...!

—¡Sí, mi general...?

—¿Te han contado alguna vez cómo fue la Batalla de Carabobo?

—Sí, mi general, por supuesto...

—¿Y qué te han dicho?

—¡Pues me han dicho que ha sido la batalla más bella que se ha librado en el todo el mundo!

—Sí, esa es la verdad —contestó Bolívar, con los ojos cerrados y un gesto apacible.

Luego de haber dicho estas palabras, transcurrió un minuto.

Después, expiró.

Al cabo de otro minuto, José Palacios vio cómo en los labios de Bolívar se dibujaba una sonrisa.

P O S D A T A

El presente libro fue escrito desde las ideas del propio Simón Bolívar, usando un lenguaje que propiciara la cercanía con el lector, mediante una forma dialogal y coloquial. Los personajes están contruidos sobre una base documental, y sus movimientos se hallan asumidos desde una perspectiva brindada por la historia. Por un lado, está basado en varios documentos, proclamas, cartas y discursos de Bolívar y en otros testimonios sobre su hacer o relatos de ficción*, redactados en su tiempo con un lenguaje que no es el utilizado en la vida cotidiana de los personajes, sino con un lenguaje fino y adornado al modo romántico y elocuente, bien distinto de una realidad la más de las veces precaria, poblada de innúmeros problemas materiales, económicos, morales y políticos que alcanzaron su cúspide en el siglo XIX. Fue a partir de la tercera década de éste siglo, cuando fallece Bolívar, que estos problemas persisten y se recrudecen en el resto del siglo. Justamente las obras de filosofía, literatura, ciencia, arte, leyes, moral y disciplina militar

* Usé en este caso las obras literarias de Luis Perú de Lacroix, Eduardo Blanco, Álvaro Mutis y Gabriel García Márquez.

que se leían en la época, obedecían muchas de ellas a las ideas de la Ilustración europea y a la filosofía moderna liberal, desde los empíricos ingleses a los positivistas y enciclopedistas franceses, mezcladas a las de los clásicos griegos y latinos, cuyas obras, usualmente traducidas al francés, eran frecuentadas por Bolívar, y alimentaron la conciencia intelectual, moral y militar de muchos líderes de América hispana como Miranda, O'Higgins, Hidalgo, San Martín, Santander, y en el norte al mismo Washington. Todos ellos se verían por un tiempo amenazados por los imperios europeos, especialmente por España, país que por entonces llevó a cabo el peor genocidio de naciones indígenas perpetrado en la historia, reforzado luego por la esclavitud, los terratenientes, los negocios ilícitos y los monopolios financieros.

Después de la gesta de Independencia, tuvieron lugar en Venezuela las llamadas guerras federales, inspiradas también en Bolívar y protagonizadas algunas de ellas por viejos generales como Páez o Soublette, pero donde descuella sobre todo la figura de Ezequiel Zamora como representante del pueblo, inspirado también por Bolívar. A finales del siglo XIX y principios del XX nuestros países son dominados por una tradición de tiranías liberales, déspotas ilustrados o dictaduras militares que, poco a poco, van propiciando y abriendo campo a los parámetros societarios del neoliberalismo, tentados por un orden de progreso y prosperidad inspirado en la razón científica y en un crecimiento económico desbocado, basado en el desarrollismo material, dentro de los cuales las ideas libertarias de Simón Bolívar, Francisco de Miranda y tantos otros líderes pasan a ser solo símbolos envejecidos de un pasado remoto. Surge entonces, con toda su potencia demoledora, el capitalismo de Estado, que arrasa con cualquier tipo de tradiciones raigales, mitos, símbolos, leyendas y enseñanzas antiguas para sustituirlas y reducirlas mediante una ideología de mercado basada en el valor de cambio, que es la base del nuevo esquema de dominación. Y así transcu-

rimos hasta finales del siglo XX, pese a todos los intentos realizados para crear nuevos modos de cohabitar, sostenidos en modelos socialistas o comunitarios, pero escamoteados siempre a lo largo de lo que va del XXI, por los intereses de un nuevo imperio con características globales, con varios aliados que operan en Europa y en la misma América Latina. No proponen nunca nuevos modos de relacionarse mejor, pero en cuanto divisan en su horizonte una posibilidad distinta, no vacilan en exterminarla.

Justo a principios del siglo XXI el liderazgo de Hugo Chávez Frías se construyó sobre la base de una doctrina bolivariana, cuestión que abrió una nueva posibilidad de interpretar la cultura y la política de América Latina desde una perspectiva liberadora y enriquecedora. Esta visión es justamente la que intenta mostrarse en este libro. En cualquier caso, en mi humilde tentativa narrativa —que yo llamaría relato histórico— he querido mostrar signos resaltantes del legado de Bolívar que, en este año bicentenario de la Batalla de Carabobo, tornan a contener algunos de los símbolos más originales y vigentes de la venezolanidad. Venezuela está ubicada ahora en el ojo del huracán mundial de las ideologías, (cuya presencia benigna es calificada por el imperio como “amenaza inusual y extraordinaria”; si analizamos bien esta frase, nos cercioramos de que ella es cierta, por el ejemplo ético potencial que contiene) y ha convocado a un Congreso Bicentenario de los Pueblos a objeto de hacer frente a los desmanes efectuados por un capitalismo de estado que ha echado mano de todos sus dispositivos para agredir la vida libre y pacífica de los pueblos, mediante una guerra híbrida.

Debemos sentirnos orgullosos, entonces, de que un venezolano como Bolívar haya librado este combate —sintetizado en la Batalla de Carabobo— en varios países del continente para liberarlos, y que doscientos años después sus ideas y su fuerza se hallen aun presentes en la conciencia de los venezolanos y de los americanos.

NOTICIA SOBRE EL AUTOR

GABRIEL JIMÉNEZ EMÁN es narrador, ensayista y poeta. En el campo del microrrelato ha publicado obras consideradas referentes del género en Hispanoamérica, como *Los dientes de Raquel* (1973), *Salto sobre la sogá* (1975), *Los 1001 cuentos de 1 línea* (1982), *La gran jaqueca y otros cuentos crueles* (2002) y *Consuelo para moribundos* (2012); y entre sus libros de cuentos más conocidos están *Relatos de otro mundo* (1988), *Tramas imaginarias* (1990) y *La taberna de Vermeer y otras ficciones* (2005), entre otros. En el campo de la ciencia ficción son conocidas sus novelas *Averno* (2006) y *Limbo* (2016) y dentro de la novela histórica *Sueños y guerras del mariscal* (1995) y *Ezequiel y sus batallas* (2017), y varias novelas cortas como *Una fiesta memorable* (1991), *Paisaje con ángel caído* (2002), *El último solo de Buddy Bolden* (2016) y *Wald* (2021). Ha publicado numerosos ensayos, algunos de los cuales se hallan en sus libros *Provincias de la palabra* (1995), *El espejo de tinta* (2007), *Mundo tórrido y caribe. Cultura y literatura en Venezuela* (2017), y sendos estudios sobre César Vallejo, Elías David Curriel, Franz Kafka, Armando Reverón, Rómulo Gallegos, y un ensayo sobre filosofía moderna, *La utopía del logos* (2021). Su obra poética se encuentra reunida en los volúmenes *Balada del bohemio místico* (2010), *Solárium y otros poemas* (2015), *Los versos de la silla rota* (2018) y *Hominem 2100* (2021). Ha realizado antologías del ensayo, el cuento y el microrrelato venezolanos, y representado a Venezuela en varios eventos literarios internacionales con lecturas, talleres y conferencias en numerosos países de América y Europa. Muchos de sus cuentos y poemas han sido traducidos al inglés, francés, alemán, italiano, árabe y ruso. Por años, Jiménez Emán ha trabajado por años en la parte editorial y gerencial del Ministerio de la Cultura de Venezuela. Entre algunos de sus reconocimientos se cuentan el Premio Municipal de Literatura del Distrito Federal, el Premio “Romero García” del Consejo Nacional de la Cultura, el Premio Nacional de Narrativa “Orlando Araujo”, el Premio de Poesía “Francisco Lazo Martí” y el Premio Solar de Ensayo en Mérida. En 2019 recibió el Premio Nacional de Literatura de Venezuela, por el conjunto de su obra.



ESTE LIBRO DEL CENTRO DE ESTUDIOS SIMÓN BOLÍVAR
FUE IMPRESO EN JUNIO DE 2022, EN LOS TALLERES GRÁFICOS
DE LA GALAXIA, EN CARACAS, VENEZUELA.

De la pluma de **Gabriel Jiménez Emán** nace esta obra, donde se fabulan las cavilaciones, situaciones y dilemas que vivió el Libertador Simón Bolívar poco antes de la victoria decisiva para Venezuela en la Batalla de Carabobo. Si bien a lo largo de sus capítulos se describen maniobras y estrategias de la gesta emancipatoria, el tiempo y la memoria juegan un papel preponderante en cómo las reflexiones en torno a las acciones pasadas van hilvanando el contexto de las mismas. El tono épico moderno de *El fuego perpetuo* se combina con la reconstrucción de un arco argumental de los últimos y difíciles años de la Campaña del Sur, así como las adversidades que enfrentó el Libertador hasta el fin de sus días. El Centro de Estudios Simón Bolívar se complace en presentar esta novela a 201 años de la victoria de Carabobo como una forma de honrar uno de los momentos decisivos de nuestra historia patria.

Gabriel Jiménez Emán

Narrador, ensayista y poeta. Ha realizado antologías de ensayos, cuentos y microrrelatos venezolanos, y representado a Venezuela en eventos literarios internacionales en numerosos países de América y Europa. Muchos de sus cuentos y poemas han sido traducidos al inglés, francés, alemán, italiano, árabe y ruso. Entre algunos de sus reconocimientos se cuentan el Premio Municipal de Literatura del Distrito Federal, el Premio Romero García del Consejo Nacional de la Cultura y el Premio Nacional de Literatura 2019. Entre sus obras podemos mencionar: *Consuelo para moribundos* (2012), *La taberna de Vermeer y otras ficciones* (2005), *Limbo* (2016), *Sueños y guerras del Mariscal* (1995), *Ezequiel y sus batallas* (2017) y *Mundo tórrido y caribe. Cultura y literatura en Venezuela* (2017).

Centro de Estudios

**Simón
Bolívar**



ISBN: 978-980-7975-06-3



9 789807 975063